

SERES CIENTIFICOS



Karl Zeigfreid

CERO MENOS X

Andreu



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



Karl Zeigfreid

CERO MENOS X

Título original: *Zero Minus X*
Karl Zeigfreid, 1962

CERO MENOS X

Karl Zeigfreid

CAPITULO I
RAPTADOS

El cochecito de niño no era particularmente nuevo. De hecho estaba algo gastado. Hablaba de la reciente presencia de más de un ocupante. Una vieja cesta de la compra estaba colgada del cochecito con dos trozos de cuerda. Había sido dejado frente a una de las ventanas que daban al supermercado. La propietaria de aquel cochecito estaba dentro del supermercado. Era uno de aquellos establecimientos modernos, ultramodernos, donde la música brotaba de altavoces ocultos, y donde los brillantes anuncios de «Oferta especial de esta semana» brillaban en sus vivos colores, donde una voz grabada en cinta magnetofónica no cesaba de aconsejar al comprador o compradora que adquirieran aquello que en realidad no necesitaban. Habían por todas partes buenos vendedores, modernos, eficientes.

Le pequeña mujercita gris estaba luchando desesperadamente en busca de la lata de guisantes más barata, calculando mentalmente qué le saldría más a cuenta si comprar el bote grande por cuatro peniques o el pequeño por sólo dos peniques. Mientras estaba tratando de concentrarse en está difícil tarea de economía doméstica, una máquina que había allí cerca estaba dejando oír una voz electrónica que la estaba engatusando, si esto fuera financieramente posible, a gastar 12/6 en un tamaño de oferta de pollo en conserva. La pequeña mujercita gris se decidió al fin por el bote pequeño de guisantes... Cogió un bote que dejó dentro del cesto y se dirigió hacia el mostrador, donde se hacía la gran oferta del detergente.

Era una necesidad ciertamente vital vigilar el gasto de cada penique. Estaba absorbida con los problemas de la compra y con el interminable problema de conseguir alargar el dinero, cuando su elasticidad se había extendido ya a un grado imposible, que ya no miraba hacia la ventana para ver si el cochecito y su chiquitín ocupante seguían bien... Había dejado al de dos y tres anos con un vecino muy amable. Los de cinco, seis y siete anos estaban en la escuela. Sólo la acompañaba el bebé en su semanal batalla con los duros hechos económicos de la vida.

En realidad nadie se da cuenta de lo que sucede entre el gentío; en realidad nadie se interesa. Rick Hunter era un hombre alto, de aspecto distinguido en el amplio sentido de la palabra. Poseía unos rasgos bien definidos, sensibles, una nariz algo protuberante, afilada; sus ojos estaban ligeramente demasiado cerca uno del otro y sus orejas eran anormalmente bajas. La parte superior de las orejas terminaba

precisamente debajo del nivel del ojo. La frente de Hunter era amplia y denotaba inteligencia, con algunas arrugas producidas por los gestos hechos mientras pensaba durante muchos años, pues Hunter no era en modo alguno un hombre joven. Llevaba gafas gruesas, con montura que le daban un aire de estudiosidad y ciencia. Un sombrero flexible, nuevo, elegante, de color gris cubría su cabeza dejando al descubierto aquella frente inteligente. Un coche, una especie de furgoneta, sin separación para el conductor, un coche corriente, de color gris estaba con el motor en marcha junto al paseo. Hunter se acercó a la ventana del supermercado y echó una ojeada al ocupante del cochecito gastado. Debía tener la edad adecuada, pensó. Con fría impasibilidad y un aire de indiscutible paternidad, cogió al pequeño de sus poco higiénicas envolturas y se lo llevó hacia el coche. Entre aquel gentío nadie, ni un hombre ni una mujer se había dado cuenta de nada que llamara la atención. Rick Hunter había actuado con tan perfecta precisión, con tan completa confianza y tan absoluta normalidad, que nadie se había dado cuenta ni nadie había sospechado nada. Se dirigió apresuradamente hacia el borde de la acera. La puerta de aquel coche corriente, cotidiano, que tenía el motor en marcha, se abrió y un hombre bajo, algo rechoncho, sentado tras el volante, acogió con un signo de aprobación al pequeño bulto.

—¡Vale, Clem, en marcha! —dijo Rick.

Clem Gradey apretó el pie cuidadosamente y el coche se puso en marcha mezclándose con el enorme tráfico de la calle. Un policía de tráfico situado en su puesto se encargaba de regular la circulación de vehículos y peatones. Clem Gradey esperó pacientemente, indicando con la mano que deseaba seguir recto adelante y saludando también con la mano al guardia tras la indicación de éste de poder seguir su camino, con la misma naturalidad que si hubiera sido un raptor desde toda su vida.

Nuevos edificios, nuevos establecimientos se alzaban orgullosos a su izquierda; el tráfico era extraordinario, y a su derecha, mas allá de las luces de tratico, con una apariencia georgiana o por lo menos victoriana, que parecían mirar con el ceno fruncido la amplitud de la nueva calle que los intrusos se habían atrevido a construir dentro de la arquitectura del siglo XX en aquella calle del siglo XIX.

Las piezas triangulares de guijarros a la derecha, tenían cierto número de coches aparcados y uno de aquellos puestos móviles de té que son como un rasgo agradable en los lugares tales como mercados, recintos para carreras, y centros de diversiones.

Tras el área triangular de guijarros había un paso cebra. Esperaron

educadamente a que un número de viandantes atravesaran satisfechos la calzada a través de aquellas rayas salvavidas.

—¿No crees que hayan dado todavía la alarma, pues? —preguntó Gradey.

—No creo —repuso Hunter—, y de todas formas ¿qué crees que será la alarma? Nadie nos ha visto. Éramos como hombres invisibles.

—¡Eso espero! —murmuró su compañero.

A su izquierda había algunos establecimientos y a su derecha la fortaleza medieval, que había guardado la ciudad desde tiempos de los normandos, se alzaba fuerte y rectangular. Condujeron el coche alrededor de la base donde se erguía la fortaleza. Habían luces de tráfico, muchas luces de tráfico en los siguientes cruces. Siguieron avanzando en dirección a la estación de ferrocarril. Los edificios de aquella parte habían sido en otro tiempo el área residencial de la clase alta, pero ahora la mayoría de ellos eran empleados por gente profesional. Un número de brillantes placas anunciaban discretamente que allí podían encontrar servicios dentales, médicos y legales.

Pasaron frente a los dos restaurantes chinos y frente a un cine. Sólo el puente sobre el rio les separaba ya de la estación de ferrocarril. Giraron a la derecha sobre el puente y aparcaron a lo largo del rio. El bebé que habían raptado dormía pacíficamente en la parte posterior.

—Vete a dar un vistazo en la sala de espera mientras yo veo si hay algo en el bar —dijo Hunter.

—De acuerdo —dijo Gradey.

Se dirigieron tranquila e indiferentemente hacia la estación. Hunter no podía dejar de sorprenderse, al haberlo observado recientemente, mientras meditaba acerca de los raptos, ver la cantidad de gente que acostumbra a dejar los cochecitos de sus bebés abandonados sin vigilancia alguna, aunque sólo sea por poco rato. Había dos en la estación sin un alma siquiera a la vista. Seguramente los padres debían estar haciende alguna pregunta o bien tornando algún refresco. Hizo un gesto casi imperceptible a Gradey y los dos hombres salieron de la estación llevando cada uno de ellos un pequeño bulto con la mayor tranquilidad y naturalidad. Llegaron al coche y colocaron a los dos bebés en el suelo, donde eran apenas visibles desde fuera.

—Sólo nos falta uno más —anunció Gradey.

—¿No crees que deberíamos dejar a éstos a buen recaudo primero? —dijo Hunter.

—Es una buena idea —convino Gradey.

—¿Dónde iremos ahora? —dijo Hunter interrogativamente.

—Creo que el mercado es el mejor lugar —sugirió Gradey.

Hunter meditó unos momentos.

—Seguramente tengas razón —dijo.

Los tres bebés dormían con la inocencia de la primera infancia.

—Me parece que todos son suficientemente jóvenes, ;,eh? —dijo Gradey.

—Era esencial —convino Hunter.

—Me gustarla saber si hemos cogido chicos o chicas —indicó Gradey.

—Idealmente, para conseguir un experimento bien logrado, lo ideal sería dos de cada —dijo Hunter—, pero las posibilidades en contra son muy considerables.

—Oh, no sé —dijo su compañero—. Yo creo que en realidad las posibilidades pueden inclinarse a uno u otro lado. No soy un estadístico, viejo, las matemáticas son más bien cosa tuya...

—No tengo mucho de matemático, tampoco —dijo su colega—, pero no importa demasiado.

Condujeron con tranquilidad e impasibilidad como si hubieran estado recogiendo flores en lugar de vidas humanas.

Al llegar al primer semáforo, torcieron hacia la derecha.

—Creía que íbamos hacia el mercado —indicó Hunter.

—Maldita sea —explotó Gradey—, me he equivocado de dirección.

Estaban en una de las partes viejas de la ciudad. La catedral se alzaba a su derecha, una sala de baile a su izquierda...

Dieron la vuelta y retrocedieron hasta el semáforo donde giraron hacia la derecha y al encontrar otro semáforo volvieron a girar a la derecha. A su izquierda una sala de juegos de billar, Atravesaron un paso cebra y giraron hacia la izquierda donde estaban las oficinas de un gran periódico provincial. La hilera de anuncios luminosos les mostraban todas las películas que se proyectaban o proyectarían dentro de poco, en la localidad, si bien no prestaron apenas atención alguna a los mismos.

E1 disimulado salón gris quedó atrás, y al llegar a un nuevo paso cebra, Gradey se detuvo de nuevo para dejar que los peatones pudieran cruzar sin prisas y con seguridad. Algo más adelante cruzó de nuevo a la izquierda. En la callejuela había varios drogueros y carniceros. A la puerta del establecimiento más cercano había un cochecito de bebé solo.

—Este nos irla muy bien. No tendríamos necesidad de ir hasta el mercado —dijo Gradey.

—En efecto —convino Hunter—. Lo mismo da aquí que en otro

lugar cualquiera. Lo mejor será, para asegurarnos, que te dirijas a la zona de aparcamiento, des la vuelta y retrocedas. Me recoges en aquel lado de la calle. Podemos encontrarnos en el bordillo como has hecho al recoger al primero.

—De acuerdo, así lo haré —convino Gradey, con una sonrisa.

Puso el coche en marcha alejándose. Uno de los bebés comenzó a lloriquear. Gradey canturreó en voz baja; el llanto seguía...

—Sera un poquito sólo —dijo mitad al infante, mitad para si mismo—, no durará mucho y todo se arreglará...

Torció a la derecha y entró en la zona de aparcamiento, sonriendo ampliamente al asistente, y atisbando por la ventana mientras conducía.

—No nos detendremos más que un par de minutos —anunció brillantemente.

—Temo que así y todo será un chelín, señor —dijo el asistente.

—Oh, no importa; mejor un chelín para un aparcamiento que cinco libras por una multa, ¿no cree?

—Cierto señor.

El asistente estaba demasiado atareado escribiendo para darse cuenta de los pequeños bultos vivientes que yacían en el suelo de la parte posterior del coche, y había algo tan totalmente encantador y agradable en la sonrisa de Gradey, que fácilmente podría haberle tornado por un santo, o por Io menos por un obispo en vacaciones... lo cual viene a demostrar lo engañosa que puede ser a veces la apariencia.

No es que Gradey fuera un hombre malo dentro del amplio sentido de la palabra..., sino uno inusitado. Aparcó durante un par de minutos y tras consultar su reloj, dio la vuelta a la zona de aparcamiento y salió de nuevo a la calzada. No había mucho tráfico a aquella hora, no tanto como a la hora del almuerzo, ni por la tarde, cuando la gente que trabaja se dirige de casa a la oficina, o de casa a la fábrica; o tal vez de casa a la compra; torció a la izquierda y condujo unas cincuenta o sesenta yardas hacia la callejuela donde Hunter se había dirigido en busca del bebé del cochecito que estaba solo. Hunter estaba ahora en la cola del autobús, con el pequeño en brazos, con un aire tan inocente como si nada. Podía habérsele tornado por un padre provincial en su día libre, haciendo la compra y llevando al bebé a pasear al mismo tiempo. Llegó basta la pequeña furgoneta gris. Gradey sonrió y abrió la puerta. Hunter subió al coche que se puso inmediatamente en marcha, mezclándose con el tráfico.

Torcieron a la izquierda después de pasar frente a una vieja

posada. Sólo les quedaban unas pocas yardas para llegar al puente, donde las oscuras aguas seguían su camino lentamente entre los acantilados. La pequeña furgoneta gris se perdía a lo lejos entre el tráfico, de cara siempre a la costa.

CAPITULO II
EL EXPERIMENTO

Afuera de la ciudad tenían aparcado otro coche en la consigna. Dejaron la vieja furgoneta que «habían pedido prestada» para aquella ocasión, tornando el otro coche que tenían allí. El otro coche también había sido «pedido prestado». Condujeron con mucha precaución hacia la parte sur de la ciudad donde su coche particular estaba aguardándoles en otra consigna. Allí abandonaron al segando vehículo «prestado» conduciendo de nuevo hacia el nornordeste. Siguieron conduciendo hasta detenerse en un pequeño caserío. Dieron la vuelta antes de llegar al mismo caserío.

El camino por el que avanzaban ahora, tema una milla y media antes de llegar frente a una de aquellas maravillosas casas solariegas de estilo Regencia, cuyo aspecto parece una mezcla de algo salido de la novela de Bronte y de una de aquellas deliciosas residencias en las que habitaban los espíritus de las Navidades de Dickens.

Era una mansión vieja pero no siniestra. Tenía carácter sin ser indebidamente grotesca. Era la clase de casa de la que los charabanes dirían al pasar por la carretera:

«—Oh, qué lugar tan encantador».

Pero no invocarla más que el comentario pasajero. No era lo bastante vieja ni lo bastante graciosa para conseguir el más ligero interés por parte del *National Trust* o cualquier organización similar. No era lo bastante nueva, ni se levantaba en un terreno común bueno para convertirlo en una valiosa proposición comercial. Era el lugar ideal por lo que a Hunter y Gradey se refería...

Dejaron el coche en el garaje y llevaron a los chiquillos, dos de los cuales estaban llorando ahora, hacia la parte trasera de la casa. La puerta de la cocina estaba abierta. Una mujer de cabellos grises les contempló a uno y otro con un gesto de aprobación.

—¿Lo han conseguido, pues, caballeros?

—Si, Maggie. Lo hemos conseguido —convino Hunter.

Los ojos de Gradey parpadearon.

—¿No lo esperaba de nosotros?

—No lo sé en realidad —murmuró Maggie—. Supongo que sí o supongo que no... ¿tiene algún sentido?

—Gramaticalmente, no —contesto Hunter—, psicológicamente... —sonrió—. ¡Si!

Maggie estaba secándose las manos en el delantal apartando algunos cabellos que le caían por debajo de la cofia.

—Lo tengo todo dispuesto —dijo.

—¡Estupendo! Bajemos al sótano y veamos Cómo disponemos las cosas, ¿eh? —dijo Gradey.

Maggie cruzó la cocina y abrió la puerta que conducía al pasadizo. Este estaba artesonado con roble y todos los paneles parecían casi idénticos, y sin embargo, el tercero se movía cuando se apretaba adecuadamente un resorte oculto. Se apartaba a un lado dejando paso a unas escaleras de piedra. Maggie encendió la luz y una cascada de iluminación inundó las escaleras. Se apartó a un lado dejando pasar a los dos hombres que empezaron a bajar. Gradey le pasó uno de los chiquillos.

—No veo porqué no has de llevar uno de tus futuras cargas, Maggie —señaló—. Ese pequeño bribón pesa bastante.

Maggie sonrió, mostrando sus dientes desiguales.

—Cosita linda, ¿eh?

—No sé si es «él» o «ella» todavía —dijo Gradey.

Siguieron bajando las escaleras. Al final había una puerta gruesa, maciza.

—No está cerrada con llave —dijo Maggie—. La he dejado abierta.

—Bien —aprobó Hunter.

Apretó la puerta, no sin cierta dificultad, pues era excepcionalmente maciza. Al quedar abierta entraron.

La habitación parecía una mezcla de aposento destinado a los niños ultramodernos, cuarto de baño y una especie de laboratorio. Había cuatro camitas alineadas pulcramente, o más bien clínicamente, contra una pared.

Hunter miró a su alrededor.

—Lo has preparado todo espléndidamente, Maggie —cementó—, tal como te dijimos. ¡Estupendo! Ahora, veamos, acostemos a esos bribonzuelos, hay que darles de comer y tomarles los datos y todo eso.

Maggie se hizo cargo de los recién llegados y muy pronto los cuatro chiquillos estaban muy satisfechos en sus cunitas chupando con fruición de sendos biberones.

Maggie tras terminar con su tarea doméstica, sonreía mostrando los dientes, o mejor tal vez mostrando la falta de dientes, sería más acertado; de poder emplearse una palabra que permitiera una exacta definición de su sonrisa habría que decir que su sonrisa era notablemente dentada.

—¿Y bien, qué son? —preguntó Hunter.

—Lo que ustedes querían. No hacen las cosas a medias.

—¿Dos de cada? —repitió Gradey—. Vaya, es una suerte.

—Si, es realmente espléndido —dijo Hunter—. ¡Realmente espléndido! Ahora podremos, si todo va bien, llevar a cabo nuestro proyecto.

—¿Desean que me cuide de ellos tal y como dijeron? —preguntó Maggie.

—Si.

—Bien, ¿y corno conseguiremos todo lo que necesiten? Vamos a necesitar muchas cosas, además de lo que ya tenemos. Quiero decir comida y otras cosas...

—Tendremos que tener muchísimo cuidado con esto —dijo Hunter— porque tan pronto como encuentren a faltar a esos chiquillos cundirá la alarma. Por consiguiente lo que hemos de hacer será comprar toda la comida para ellos en Londres, yendo cada vez a mi establecimiento distinto. Vamos a la ciudad con frecuencia... Luego las demás cosas que puedan necesitar, ropitas, etc., en otros establecimientos de la Metrópolis. Bajo ninguna circunstancia, bajo ninguna, Maggie, comprarás nada localmente. Ni siquiera en las grandes ciudades, como Norwich o Lynn, ni en Norfolk, puesto que podría ser relacionado, con mucha imaginación, con el rapto de los niños... Sera un inconveniente por la pérdida de tiempo que ello ocasionará, pero sería mucho peor que cogieran a alguno de nosotros... —Hunter miró de nuevo a la mujer, pensativamente—. Maggie, podemos confiar en ti, ¿verdad?

—Mira, amigo —dijo Maggie—. Vosotros me disteis trabajo cuando salí de Holloway... ¿no es cierto?

—Si —convino Gradey.

—Me pagáis veinte libras a la semana; tengo mi propio apartamento aquí; tengo televisión; tengo todo cuanto pueda desear. ¿Creéis de verdad que puedo desear perderlo? ¿De qué me serviría hacerlo?

—Según tu exposición —indicó Gradey— no te serviría de gran cosa. Pero como muchos filósofos y sabios han venido diciendo, la mujer es una criatura de reacciones imprevistas. Lo que me gustarla saber, Maggie, es lo que tu, personalmente, sientes con respecto a este experimento. Comprende, yo soy un científico. Soy un hombre. No siento acerca de los niños lo mismo que puedes sentir tu. Para mí son pequeños seres humanos. Para mí son seres sobre los cuales va a realizarse un experimento muy, muy interesante biológicamente. Pero como ya te he dicho, son objetos y yo les veo objetivamente. No siento pasión hacia ellos, ni particularmente amor. No me gustan los chiquillos, pero no me hacen sentir nada especial... ¿comprendes lo

que quiero decir?

—¿Qué quiere decir? —preguntó Maggie.

—Quiero decir —indico Hunter—, si podemos confiar o no en tu lealtad, no sólo desde el punto de vista nacional, sino también bajo el punto de vista emocional. Podemos confiar en tu cabeza, Maggie, ¿pero podemos confiar asimismo en tu corazón? ¿No vas a darte cuenta de pronto de que tu conciencia te avisa que esos pequeñuelos deben ser reintegrados a sus desolados padres?

—No Io creo —respondió Maggie—. Comprended. Son muy encantadores. Sé que he cometido casi toda clase de crímenes del calendario, pero nunca he hecho nada realmente malo, cosas de poca importancia, en realidad. Coger un poco de aquí, o de allá, pero no he hecho daño a nadie, ya lo sabéis.

—Precisamente, Maggie. Según tus costumbres y de acuerdo con tu código, eres una mujer con ciertos principios. Principios que pueden ser reconocidos por mí, o por ti, pero no por el modalismo puritano que se apoya en la ley, podríamos decir la ética tradicional que se apoya en nuestro Código Británico.

—Me gustarla que no emplearas palabras tan complicadas —se quejó Maggie.

—Esto, querida Maggie, es una de las desventajas de trabajar para un científico —dijo Gradey—. Los científicos son acusados precisamente por emplear innecesariamente grandes frases. Tal vez alguno de nosotros lo haga. Sin embargo, la ciencia posee su propia jerga. Para el verdadero científico la palabra «ciencia» en si es tan vaga y general que significa poca cosa. La ciencia es un método de estudiar algo. La ciencia es la manera de acercarse a un problema. No respondemos tan sólo a preguntas. Debemos descubrir, saber, cómo formular las preguntas adecuadas.

—Muy bien expuesto —dijo Hunter—. Muy bien expuesto.

—La ciencia consiste —siguió Gradey— en observar, ante todo. los fenómeno!?, Cuando éstos han sido observados, el resultado de las observaciones debe ser registrado y clasificado. De modo que tenemos primero: observación. Segundo: clasificación. De aquí pasamos al tercero, que es la formulación de una hipótesis, una teoría, una teoría que se ajustará con todos los datos clasificados de la observación. Una vez hecha la hipótesis debemos probarla. Tras haber probado la hipótesis probaremos otra vez, y otra y otra. l e aplicaremos todas las pruebas concebibles por el cual pueda ser aprobado o no. Empleo las palabras cautelosamente... Una vez la hipótesis aprobado o desaprobado, se pasa, en el primer caso, a este selecto cuerpo de

información conocido por Ley Científica, o, en el segundo caso, se pasa a este limbo de hipótesis rotas que llenan la mente y a veces la libraría de muchos investigadores.

—Ante todo —indico Hunter— un científico debe ser objetivo en sus observaciones. Para nosotros, un niño tiene que ser un ejemplar; hemos de observarle objetivamente. No podemos permitirnos el lujo de que nuestros poderes de observación estén gobernados por nuestras emociones. Si lo hacemos así habremos terminado como científicos.

—Por completo —convino Gradey.

—Debido a que estamos acostumbrados a ser completamente desapasionados y tan objetivos como es posible, temo que estamos inclinados a olvidar que las demás personas no tienen este entrenamiento y tendemos a pasar por alto el proceder emocional. El proceder emocional indebido, aunque sea motivado por los más altos motivos posibles, puede destrozar lo que hubiera podido ser el experimento más importante toda nuestra vida dentro del campo de la neurobiología. Por tratarse de un experimento prohibido, de un experimento ilegal, debemos obrar en completa colaboración.

—Hunter y yo —interrumpió Gradey— somos los únicos, aparte de ti, que «estamos» en este experimento particular. No podremos publicar nuestro trabajo...

—Lo publicaremos póstumamente —dijo Hunter—. Diablos, hombre. La fama póstuma es mejor que nada.

—Sí, la fama póstuma es mejor que irse a la «sombra» por unos quince anos, donde iremos a parar si publicamos nuestros trabajos antes de morir —dijo Gradey.

—No creo que tuvierais que ir a la «sombra» por la primera cosa que hicierais —dijo Maggie, pensativamente.

—Tu experiencia sobre el sistema penal es muy valiosa, sin duda alguna, pero no es muy alegre —dijo Hunter—. Vamos, Maggie, mientras hemos estado hablando tú has estado pensando. ¿Qué sientes acerca de este experimento? ¿Te ves capaz de hacerlo objetivamente? ¿Tu lealtad hacia nosotros, la alegría por la vida que llevas aquí con nosotros es más fuerte que cualquier instinto latente, maternal que pueda brotar?

Maggie permaneció unos momentos silenciosa, y al mirarla Hunter pensó que ya no parecía una vieja bruja desdentada. Parecia casi una mujer. Cierto, era gris y su rostro estaba lleno de arrugas, pero había cierta nobleza de espíritu humano en su viejo rostro que no podía negarse. Se oyó cierto ruido en el sótano. Uno de los bebés había empezado a llorar.

—Bien, reconozco que siento afecto por ellos —dijo Maggie—, pero creo que ello me inclinará todavía más a mantener el secreto. Reconozco que con el tiempo llegaré a pensar en ellos como si fueran míos. Pero no quiero que se vayan. Incluso, ahora, lamentarla tener que separarme de ellos…

—Espléndido —dijo Hunter—. Estoy seguro de que has hecho un correcto análisis de tus íntimas emociones, Maggie. Absolutamente espléndido. Ahora…, veamos las demás precauciones a tornar, y que son absolutamente necesarias en este experimento.

—No creo que puedas expresarlo con palabras sencillas, ¿verdad? —preguntó Maggie—. Quiero decir de forma que yo pueda comprenderlo.

—Pues creo que podré hacerlo, si —indicó Hunter—. Brevemente…

CAPITULO III
EXPLICACION

—Es difícil expresarlo en lenguaje sentirlo —dijo Hunter— y a pesar de que me has pedido que me exprese con sencillez, sé que tras tu vocabulario simple y tu apariencia particularmente antiacadémica, se esconde un cerebro muy despierto, y me sorprenderla mucho que algo de lo que pueda decir en el curso de está explicación no estuviera al alcance de tu comprensión.

—Si te expresas en palabras que yo pueda entender, podré seguirle —dijo Maggie.

—Ya lo sabía —murmuró Hunter—. Veo que no me equivoqué al juzgarte, querida. Ahora imaginemos que tenemos aquí un cerebro humano. —Encima de la mesa tenía un pedazo de papel sobre el cual trazó un diagrama mientras hablaba—. El cerebro humano está dividido en tres partes. Aquí está el cerebro interior que controla simplemente las funciones animales. Aquí está la materia gris del cerebro exterior conocido como corteza cerebral. Luego, aquí detrás, está el cerebelo, que puede ser comparado a un piloto automático. Cuando aprendemos a llevar una bicicleta, por ejemplo, encontramos cierta dificultad hasta que poseemos la suficiente destreza para hacerla rodar sin tener que pensar en ello.

—Yo no puedo —dijo Maggie.

—Bueno, pongamos pues el ejemplo de andar, o cualquier otra habilidad que requiera un largo entrenamiento, y que luego podamos efectuar con absoluta normalidad mientras nuestra consciencia está ocupada con algo totalmente diferente.

—Comprendo —dijo Maggie—. Si, lo entiendo bien.

—La siguiente cosa —dijo Hunter— es la composición del cerebro. El cerebro está formado por un increíble número de diminutas células nerviosas, por así llamarlas. Estas células nerviosas se llaman neuronas. Nacemos con todas las neuronas que hemos de tener. Se calcula que son unas 100 000 000 000 000 células.

—¡Caramba! —murmuró Maggie.

—Si… es un buen número, ¿eh? Está más allá de la comprensión humana —interrumpió Clem Gradey.

—Desgraciadamente 1 000 000 de estas neuronas son destruidas diariamente. Parte de esta destrucción se debe, después de haber cumplido los 25 años, a simple proceso de envejecimiento. Pero más importante que esto es la destrucción ocasionada por influencias radioactivas naturales y artificiales. La potencialidad de nuestro

cerebro no llega a alcanzar jamás su plenitud, debido a que la radiación forma parte de nuestro desarrollo.

—Comprendo —dijo Maggie repasando con los ojos la gruesa defensa de plomo que cubría la habitación del sótano, y una expresión de súbita comprensión iluminó su rostro—. ¡Comprendo! —dijo.

—Me alegro —dijo Hunter.

—Lo que quieres decir es —dijo Maggie— que aquí abajo no hay radiación alguna. Que vamos a producir cerebro para estos pequeños que no se verán atacados por los mordiscos de la radioactividad.

—No estoy muy de acuerdo con tu análisis sobre la teoría atómica, pero tus principios generales son correctos —dijo Gradey.

—¡Diantres! De modo que estos pequeñajos —miró a los bebés que seguían chupando de sus biberones muy satisfechos—, estos chiquitines —repitió— estarán defendidos contra la radiación que destruye esas… ¿cómo las ha llamado, doctor?

—Las he llamado neuronas —dijo Hunter— Células nerviosas.

—Eso es —convino Maggie—. Neuronas. —Miró a su alrededor pensativamente durante unos momentos y luego continuó—: Estos pequeños personajes no sufrirán la destrucción de sus neuronas.

—Temo que alguna destrucción será inevitable —dijo Gradey—, pero esperamos poder cortar toda entrada exterior de radiación, exterior por lo que a nosotros se refiere, por lo que a esta habitación se refiere, de modo que seremos capaces de producir una mente tan eficiente como ninguna que haya existido hasta ahora.

—Naturalmente, contando con que nuestra suerte no nos haya deparado la ventura de escoger a cuatro idiotas congénitos —dijo Hunter.

—Todos ellos parecen absolutamente normales —dijo Gradey—. Creo que sería conveniente hacerles alguna prueba para comprobar el promedio.

—Tendremos que someterles a algunos tests —indicó Hunter.

—¡Tests! —exclamó Maggie, con voz extraña—. ¿Cómo? ¿Cómo vais a probar su inteligencia?

—Sí, ya sé que es prácticamente imposible hacer nada teniendo en cuenta que sólo cuentan pocas semanas de existencia —dijo Hunter—. Pero puedo asegurarte que los tests psiquiátricos pueden aplicarse mucho antes de lo que la mayoría de la gente cree —dijo.

—¿Es cierto? —Maggie parecía ciertamente interesada—. ¿De qué forma se efectúan estos tests?

—Creo que el empleo de la palabra «test» no está bien indicada en este caso —dijo Hunter—. En realidad, tendremos que contar con tu

valiosa ayuda, Maggie. Deseo que anotes cuidadosamente la conducta de cada uno de los niños.

—Comprendo —dijo Maggie.

—Debemos tener en cuenta, que todos estos niño s deben tener aproximadamente seis semanas. Algunos tal vez cinco, otros quizás siete u ocho. Pero creo que podemos contar seis semanas por término medio. Ahora veamos qué cosas podemos intentar. —Hunter se dirigió hacia más bien alineadas cunitas. En la mano sostenía una linterna eléctrica. La bombilla estaba protegida. Producía mucha luz, pero no brillante ni perjudicial. Los ojos del primer chiquillo seguía la luz sin dificultad. Hunter pasó de una cama a la otra y cada chiquillo siguió la luz con sus ojos.

—Esto no nos sirve de mucho para identificar las edades. Muchos niños pueden seguir una luz con los ojos a los 1 ó 20 días —dijo Gradey.

Maggie habla dispuesto las camas de forma que las dos primeras estaban ocupadas por los dos niños, mientras que las otras dos eran para las niñas.

—Tendremos que darles alguna clase de nombre para entendernos —dijo Hunter—. No me parece muy adecuado referirnos a ellos como al Primero o al Segundo. Creo que podríamos servirnos del Alfabeto griego. Ha sido el refugio de muchos científicos en busca de nomenclaturas adecuadas. Serán Mr. Alfa, Mr. Beta, seguidos de Miss Gamma y Miss Delta.

—¡Qué nombres más extraños! —comentó Maggie.

—Otra de nuestras científicas idiosincrasias, temo —dijo Hunter—. La ciencia, Maggie, no es un campo romántico de tentativas. En todo esto hay una poca belleza o poesía. Somos prosaicos, somos mundanos.

—No sé —expuso Gradey—. Creo que la ciencia requiere más imaginación que muchas de las llamadas «artes».

—No vayamos a resucitar una antigua controversia —rogó Hunter —. Tenemos muchas Cosas importantes por hacer.

—Cierto —convino Gradey—. ¡Sí, señor! Muy cierto.

—Alfa parece estar mirándonos —comentó Gradey.

—Sí, sin lugar a dudas está observándonos —dijo Hunter—, esto es estupendo.

Beta sonrió al poco rato.

—Hmmm —murmuró Gradey—, esto le anima a uno.

—Sonrisa y observación —dijo Hunter— lo cual me hace suponer que tiene unas seis semanas, ¿estás de acuerdo?

—Por lo menos seis semanas —dijo Gradey.

Delta, la niñita de la última cunita estaba levantando las manitas al aire, Maggie le dio un sonajero.

—Creo que debe tener unos dos meses, si es capaz de sostener el sonajero —dijo Hunter.

—Poca diferencia —convino Gradey.

—¿Comprendes lo que queremos que nos anotes? —dijo Hunter dirigiéndose a Maggie—. La clase de movimientos que hacen, los ruidos que hacen, y toda clase de actividad que intenten.

—Sí, ya entiendo —dijo Maggie.

—Bien —dijo Hunter—. Creo que hemos hecho una buena jornada de trabajo hoy, Clem, y me parece que nos merecemos un poco de descanso.

—¿De qué tipo? —preguntó Gradey.

—Podríamos discutir el futuro de este gran experimento —dijo Hunter.

—Digno proyecto —dijo Gradey—. Muy digno.

—Menudo trabajo para poder convencer a los magistrados —dijo Rick.

—Sí, estoy seguro de que tendríamos mucho trabajo —con vino Clem.

Pasaron los días, y las semanas, Los niños tenían toda clase de juguetes adecuados a la educación que iba dándoseles, y Maggie, con los dos científicos, les animaban a hablar, a andar y a madurar tan rápidamente como era posible.

Los dos científicos estaban consultando el diario que hablan hecho para las anotaciones de sus observaciones y de las de Maggie. En dos meses, tres semanas, todos los niños eran capaces de girarse de un lado a otro sin ayuda.

—Sí, algo antes que lo normal, ¿no es cierto? —dijo Gradey.

—Sí, algo antes que lo normal. No mucho, pero algo, si.

—Mira esto —dijo Gradey— a los cuatro meses, si nuestros cálculos son correctos, Alfa y Beta empiezan a arrastrarse. Gamma y Delta tiran del cabello a Maggie y empiezan a hacer algunos sonidos monosilábicos.

A los cuatro meses, tres semanas, Delta era capaz de pasar un juguete de una mano a otra, y aparentemente distinguía a Maggie de nosotros. Beta chapoteaba en el baño y Alfa gritaba —dijo Gradey.

—¿Todos a los cuatro meses, tres semanas? —preguntó Hunter.

—Si —repuso Gradey.

Hunter estaba haciendo unas comparaciones con un mapa de

desarrollo promedio.

—Bien, muy bien —dijo.

—Cinco meses, dos semanas —leyó Gradey en el diario—. Alfa hizo los siguientes sonidos: *kikii*, *dada*, *urrr*. Dio la vuelta entera, es decir, estaba de espaldas a la cama y quedó boca abajo. Luego rompió un pedazo de papel que Maggie le había dado para jugar.

—Excelente progreso. El avance parece ir aumentando…

—Quieres decir que la proporción de avance aumenta —dijo Gradey, que era siempre la precisión hablando.

—Si —dijo Hunter algo impertinentemente, pues odiaba ser corregido en cuestiones de tan poca importancia. La proporción de avance, la proporción de aceleración está aumentando.

—Seis meses, una semana —leyó Gradey—. La niña Gamma empieza a balbucir «mama» cuando llama, aparentemente a Maggie. Delta da vueltas de un lado a otro sin dificultad y Alfa muestra su primer diente. Beta empieza a arrastrarse y Gamma muestra ansias o anhelos de ir de paseo y de correr, algo antes de las horas acostumbradas.

—Sí, está rutina de llevarles de paseo, un poco cada día a la misma hora, esa costumbre que Maggie ha iniciado es muy buena. Creo que es la ayudante ideal, en este experimento. Es una mujer que conoce desde luego, la rutina del cuidado de los niños, posee además, la inteligencia necesaria para comprender Io que son rutinas normales en el desarrollo de los niño s, como por ejemplo esto de llevarles de paseo en el cochecito, es decir, de hacerles dar unas vueltas en el cochecito uno después del otro, por todo el sótano, aunque no sirve de mucho, es una experiencia que todos los niño s en circunstancias normales disfrutan. Cualquier clase de experiencia puede contribuir al descubrimiento total de experiencia que hace despertar a la memoria y al incalculable enorme montón de información que nosotros llamamos «datos de supervivencia». Si les faltara alguna de estas experiencias en lugar de acelerar la madurez de estos niños, Io retrasaríamos, lo cual debe evitarse a toda costa.

—A los siete meses Alfa se sentaba en su camita, Beta soplaba imitando un silbido y Gamma empezó a decir «nono», que por lo visto iba ligado con cierto significado negativo. A los siete meses, tres semanas, es decir hace un mes… —leyó Gradey—. Gamma se arrastraba enérgicamente y Alfa añadió «tete» a su repertorio. Delta sonreía a los otros, comprendiendo aparentemente el significado de «no» cuando Maggie lo empleaba. Alfa decía: «gagá» cuando se refería al perro…

—¿Crees que es conveniente dejar entrar al perro en algunas ocasiones? ¿No será portador de radiación?

—No más de la que Maggie pueda llevar.

—Sí, pero es una fuente adicional de contaminación.

—¿No crees que exageras las cosas cuando empleas la palabra «contaminación»? —preguntó Gradey.

—Pues... no lo creo así. En circunstancias como éstas, debemos tratar de cortar toda fuente de contaminación, todo.

—Esto no es posible —argumentó Gradey.

—No lo sé. Creo que podría hacerse si fuéramos más persistentes. Si tú, yo y Maggie nos bañáramos cada vez antes de bajar aquí sabríamos que no éramos portadores de ninguna partícula de polvo radioactivo, por muy poco infectadas que pudieran estar dichas partículas.

—Sí, pero la comida tiene que ser adquirida de la manera más normal. La comida está afectada por la radiación del medio ambiente, que sabemos es minúscula, pero...

—Míratelo de esta manera —dijo Hunter súbitamente— al suprimir toda la radioactividad que podamos, acrecentamos la posibilidad de éxito de nuestro experimento.

—Sí, pero hay cosas que no van así —dijo Gradey—. Quiero decir que hay que recordar que hay experimentos y experimentos.

Hunter le interrumpió:

—Si la gente te hubiera escuchado, o mejor dicho si hubieran pensado como tú, Gradey, nunca hubiéramos conseguido el milagro de la cirugía aséptica. Si todos se hubieran encogido de hombros y hubieran dicho: «Oh, no es posible evitar que los gérmenes entren en la sala de operaciones», no se hubiera conseguido nunca mantener a los gérmenes alejados de allí.

—No estoy de acuerdo —contestó Gradey—. Puedes eliminar a un germen, si tienes suficiente cuidado, puedes matar todos los gérmenes mediante varios antisépticos, antibióticos y todo eso. Puedes eliminarles mediante calor, puedes apartarlos mediante una completa limpieza. Una vigorosa rutina anticontaminación te librará de bacterias, pero no puedes librarte de algunas diminutas partículas de radioactividad. Supón que una diminuta cantidad de materia radioactiva se encuentra en la comida del niño. Nosotros sabemos que las oportunidades de que esto suceda son muy esporádicas, pero sin embargo, existen.

—Bien, sigamos... —dijo Hunter.

—Yo creo —continuó Gradey— que si sucede esto, cuando la

comida entra en el cuerpo del niño, éste absorberá en su sistema varias moléculas radioactivas. Estas penetraran en los tejidos. Algunas seguirán su camino hasta mezclarse con la sangre y de ahí pasarán al cerebro. Al llegar al cerebro, la radioactividad destruirá algunas neuronas, pocas. El número de neuronas destruidas puede ser demasiado pequeño para ser calculado. Puede absolutamente infinitesimal, pero…, si pones un número suficiente de cosas infinitesimales juntas formarán uno que será calculable, formarán uno que será posible tener en cuenta, y podrían incluso, tener cierto efecto sobre nuestro experimento. ¿Comprendes mi punto de vista?

Reinó durante unos momentos un profundo silencio. Entonces se oyó de pronto la llamada de alguien en la puerta de la vieja mansión. Los dos científicos intercambiaron una mirada.

—Será mejor que salga Maggie. Yo me voy a la biblioteca —dijo Hunter— y tú será mejor que te quedes en mi estudio.

Maggie acababa de salir del sótano. Una vez la puerta disimulada por los páseles de madera quedó debidamente cerrada, subió las escaleras, dirigiéndose apresurada hacia la puerta. Hunter estaba ya en la biblioteca y Gradey estaba sentado en el estudio. La puerta se abrió al hacer funcionar Maggie el resorte.

Dos figuras altas, con impermeable y con sombrero permanecían en el portal. Era una noche húmeda, la lluvia brillaba en sus impermeables y caían algunas gotas resplandecientes de sus sombreros flexibles. Los dos hombres tenían anchas espaldas, eran de mediana edad, de apariencia más bien indistinta, indeterminada. Asumían aquel aspecto deliberadamente, pretendiendo pasar de incógnito lo cual les denunciaba en seguida como policías aún a cinco millas lejos.

—Soy el superintendente Carlton y éste es el detective, sargento Frank Baker —dijo el que estaba más adelantado de los dos hombres.

CAPITULO IV
INVESTIGACION

—Será mejor que entren, caballeros —invitó Maggie.

—Gracias —dijo Carlton.

Se quitó el sombrero y el impermeable que colgó de la percha que había al lado mismo de la puerta, indicando con un gesto a Baker que hiciera lo mismo. Baker se quitó también el impermeable y el flexible. Maggie observó cómo las prendas goteaban lentamente sobre el suelo.

—¿En qué puedo servirles? —preguntó.

—Tengo entendido que el doctor Hunter vive aquí, ¿no es así? —comenzó el superintendente.

—Así es, señor —repuso Maggie.

—¿Vive alguien más? —prosiguió Carlton.

—Pues, el colega del doctor Hunter, el doctor Gradey.

—El doctor Gradey —dijo Carlton—. Ah, sí, naturalmente. —Hizo una pausa—. Ya sé que todo esto le parecerá muy extraño, pero se trata de simple rutina. Me gustaría ver al doctor Hunter y al doctor Gradey respecto a la desaparición de unos pequeños hace varios meses. Tal vez recuerde usted haber leído la noticia de su desaparición en los periódicos.

En aquel instante la experiencia criminal de Maggie y su larga familiaridad con los interrogativos policíacos le sirvieron de mucho, recordando en un momento el buen salario que recibía de Hiele Hunter. Ni el más leve parpadeo ni el movimiento de un solo músculo delató sus emociones. No hubiera sido tan afortunada si hubiera estado sometida en aquel momento con un detector de mentiras, pues su pulso había aumentado considerablemente de velocidad, y su corazón latía más de prisa de lo normal. Su voz, sin embargo, sonó completamente normal al responder:

—Sí, creo que algo leí sobre esto. Fue en la localidad, ¿no es cierto? ¿En Norwich o por ahí?

—Así es —murmuró el superintendente.

—Asunto horrible —repuso Maggie, con un tono tan maternal como le fue posible.

—Muy desagradable para los padres interesados —dijo Cari ton— muy desagradable desde luego.

—¿No les han encontrado todavía? —preguntó Maggie.

—No. Hasta ahora, no, pero me parece que siguiendo la nueva pista de investigación, tal vez consigamos un poco más de éxito. Por esto hemos ampliado nuestra zona de rutinaria investigación.

—Oh —dijo Maggie—. Bien, le diré al doctor que están ustedes aquí, caballeros. ¿Tienen la bondad de seguirme hasta la salita?

—Gracias —replicó Carlton.

Maggie condujo a los dos detectives hasta una salita bien acondicionada, saliendo en busca de Hunter y de Gradey.

—¿Crees que esto es otra caza a ciegas? —preguntó el sargento.

—Una pieza de rutina es siempre una cacería a ciegas, y una área de investigación es siempre una completa agua de cerrajas —sonrió el superintendente—. Algunas veces son más provechosas que otras, lo admito, pero has de mirarlo como un proceso de eliminación, sargento, y los procesos de eliminación son muy, muy esenciales dentro de cualquier clase de organismo, ya sea una sociedad o individual.

—Un poco filosófico, ¿eh? —preguntó el sargento.

—Ah, a veces incluso, un cobre puede tener su poco de filosofía —admitió Carlton—. Lo que quiero decir es, si están jugando a ese viejo juego que nosotros llamábamos «barcos» cuando era un chiquillo que iba a la escuela, cada uno de nosotros teníamos un pedazo de papel cuadriculado. En el papel señalábamos en un lado las letras A, B, C, T), y así hasta llegar al final de la línea horizontal, y en la vertical marcábamos números hasta el final también, partiendo, desde luego, del 1. Tu oponente poseía una pieza de papel igual a la tuya y nos sentábamos de manera que no pudiéramos ver el papel del otro. Entonces empezábamos a lanzar disparos imaginarios a la pieza de papel de tu oponente. El debía decirte entonces si le habías tocado, o si le habías hundido la nave puesta en aquel cuadro, o si por el contrario habías errado la puntería. Varias naves pueden estar colocadas en distintas partes del trozo de papel, pero nunca en los bordes de las esquinas. De modo que supongamos que tocas un buque de guerra, que nosotros diferenciábamos por tener seis cuadros, en alguna parte del centro del papel, lomo D, ya sabes que puede estar dirigido en casi media docena de direcciones, puede ir hacia arriba, o hacia abajo o seguir en la misma línea adelante, o hacia atrás, y las demás posibilidades son diagonales. No sabes qué parte del buque has tocado. Puedes haber tocado la popa o la proa, o al centro, pero después de haberle tocado una vez es cuestión de saber disparar sistemáticamente una vez tras otra.

—¿Bien y qué? —preguntó el sargento, que no veía qué relación tenía aquello con el asunto que ahí les había llevado.

—El proceso de eliminación —dijo el superintendente—, eliminación —repitió como si le gustara el sonido de la palabra—.

Eliminación —dijo otra vez, poco a poco—. Lo más importante es que tienes que seguir un método. Tienes que ser sistemático. Tienes que tener un método razonado y ordenado que seguir. Tiene que estar codificado. Tiene que ser lógico. No es buen juego si empiezas a decir Al, luego B7, después D9 y entonces saltas al E5 para saltar de nuevo al A6. De esta manera no conseguirás nada. Tienes que avanzar lenta pero seguramente marcando los cuadros de tu oponente siguiendo un modelo regular que te asegure que por muy bien colocadas que estén sus naves, muy pronto tocarás alguna.

»Tendrás que seguir un modelo en el cual no quede ningún lugar por reconocer. Cuando tengo tiempo me gusta jugar a esto —dijo el superintendente, con una sonrisa—. No lo tengo muchas veces, pero cuando lo tengo es así como me gusta pasar el rato. Lo que pido de un arma, es que con ella pueda conseguir un buen patrón. Si compras un arma barata con un pobre cañón, conseguirás un pobre patrón, es decir, si tienes una buena arma pero malas municiones no conseguirás nada bueno, pero si tienes una buena arma y buenas municiones conseguirás un buen patrón.

—¿Un buen patrón? —preguntó el sargento con una expresión desconcertada en su rostro.

—Un buen patrón —explicó el superintendente, pacientemente— es la forma en la que aparecen los agujeros al disparar sobre el blanco a treinta o cuarenta yardas. En un buen patrón no hay boquetes entre los disparos significantes.

De nuevo el sargento enarcó las cejas.

—Todo esto me parece una jerga técnica del pistolero —señaló—. Temo que no sea mi fuerte, jefe.

—Bueno, en un buen patrón —explicó el superintendente— no hay boquetes a través de los cuales pueda pasar desapercibido lo que persigues. Un buen patrón ha de ser siempre regular, consiguiendo lo que pretendes. Pero un pobre patrón significa que aunque tengas buena puntería, puede escapársete la presa porque ya haya un agujero en el patrón.

Iba a añadir algo más, pero la súbita reaparición de Maggie en la puerta de la salita, interrumpió su conversación con el sargento.

—Si tienen la bondad de seguirme, encontrarán al doctor Hunter en la biblioteca, y el doctor Gradey está en el estudio.

—Bien —dijo el superintendente siguiendo a Maggie y haciendo una señal con los ojos a Baker para que se dirigiera a la biblioteca, mientras él iba a hablar con Gradey. Era una suerte, pensó, que los dos hombres estuvieran separados. Siempre prefería entrevistar a los

sospechosos, aunque fueran sospechosos muy, muy remotos, por separado, de modo que sus relatos pudieran luego ser confrontados.

Había dos clases de historias de las que el superintendente sospechaba siempre. Aquellas que se contradecían por completo con los falsos testigos del juicio de Cristo.

La otra clase de historias que Carlton miraba de reojo, o mejor dicho escuchaba de reojo, si puede emplearse tal metáfora, eran aquellas ¡que concordaban de forma maravillosa, aquellas historias que iban llenas de verdad no sólo en idea sino en significado, y en palabras y en la totalidad de cada detalle. Cuando las historias iban en una armonía tan perfecta, el superintendente se encontraba preguntándose si no se habrían aprendido la lección con un determinado propósito, y entonces actuaba con precaución, hasta comprobar la veracidad de aquel relato.

El estudio estaba lleno de estanterías de libros en tres lados. No sólo contenía libros, sino que estaba literalmente abarrotado de libros por los tres lados desde el suelo al techo. Por lo menos habría unos dos mil volúmenes. Había un amplio despacho en el centro con una silla de alto respaldo. Un reluciente teléfono negro, estaba situado a la izquierda del ocupante de la mesa, en el centro de la cual había una máquina de escribir y algunas hojas de papel de notas. A la derecha había un equipo completo de bolígrafos y plumas. Como Carlton estaba ahora de pie frente al despacho, el teléfono quedaba a su derecha, y las plumas y papeles a su izquierda. Echó un detenido vistazo a la habitación. Sus ojos bien adiestrados se fijaban en todos los detalles, sin pasar nada por alto. La mayoría de los libros eran de tipo médico. Estaban colocados cuidadosa y lógicamente en orden. Los estantes estaban tan bien ordenados como cualquier biblioteca pública, incluso estaban numerados. El superintendente observó cuidadosamente los números. Por lo que podía recordar, se había empleado el mundialmente famoso sistema Dewey.

—Excelente biblioteca, Mr. Gradey —comenzó.

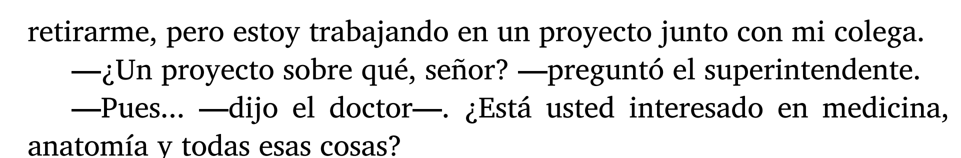
—Me satisface que piense así —contestó Gradey—, ¿superintendente...? ¿Cómo ha dicho que se llamaba...?

—Superintendente Carlton, John Carlton —dijo el detective—. ¿Cuál es su especialidad, señor, o es de medicina general?

—Bueno, un poco de todo, ya sabe. Un poco de esto, y un poco de aquello. En realidad, en estos momentos, estoy casi semi-retirado.

—Debe haber tenido una práctica muy satisfactoria, señor, o una carrera muy satisfactoria dentro de algún otro campo.

—Bueno, en realidad, financieramente hablando no podría



retirarme, pero estoy trabajando en un proyecto junto con mi colega.

—¿Un proyecto sobre qué, señor? —preguntó el superintendente.

—Pues... —dijo el doctor—. ¿Está usted interesado en medicina, anatomía y todas esas cosas?

—Sí, en conjunto —dijo el superintendente—, pero lo mío son las leyes, ya sabe.

—Me imagino que está empleando algo de modestia. La mayoría de los policías tienen un amplio conocimiento de muchos campos distintos —dijo el doctor, casi acusadoramente.

—Muy amable y cumplido, señor, pero me parece que me estima en demasía. En asuntos médicos estoy muy a menudo a oscuras. Tenemos los policías cirujanos y los que ejercen la medicina legal...

—¡No me gusta esa frase de «medicina legal», siempre me hace pensar en las autopsias desagradables y secretas!

—No hay nada de desagradable en una autopsia, señor —protestó el superintendente—, ya que, mediante ella, se descubre muchas veces la intervención de un criminal.

—Claro, claro —dijo Gradey, cambiando de tema, algo apresuradamente, pensó el superintendente.

—Me estaba hablando sobre este proyecto suyo —le recordó el superintendente.

—¡Ah, sí!, es cierto —dijo Gradey—. Estaba pensando en la manera de poder expresarme en lenguaje normal. En realidad estamos efectuando algunas investigaciones en la estructura del cerebro y sus funciones.

—¿Y cómo realizan estos experimentos, señor? ¿Empleando cerebros de animales?

—Oh, no, no. No se trata de experimentos prácticos, sino teóricos.

—Tal vez esté un poco «verde» en esta materia —dijo el superintendente— pero ¿cómo realizan estos experimentos teóricos? Yo creía que hacían experimentos para aprobar o rechazar teorías. O para ayudarles a formular teorías.

—Ya le he dicho que sería algo difícil de explicar —dijo Gradey, repiqueteando con la punta de los dedos la mesa, como deseando no haber dicho nada—. Verá, hay varios experimentos que pueden efectuarse mediante «tests» de inteligencia, esa cosa que...

—¿Y a quién les hacen estos «tests», pues? —preguntó el superintendente.

—A nosotros mismos, a la asistenta, y algunos estudiantes que se han prestado voluntariamente a venir y ayudamos.

—¿Y de dónde vienen estos estudiantes, señor? —insistió el

superintendente.

—Pues, verá, en algunas ocasiones damos algunas conferencias en las facultades de medicina de algunas Universidades…

—Comprendo, señor, ¿y dónde han dado conferencias recientemente…?

En Londres, Edimburgo…

—¿Cuándo, señor?

—En realidad, superintendente, no comprendo lo que pretende —protestó Gradey—. Había creído entender que estaba haciendo algunas averiguaciones respecto a la desaparición de unos chiquillos o algo por el estilo. Ahora, si me permite, tengo bastante trabajo…

—Claro, señor. Le ruego me disculpe si le he molestado —dijo Carlton, entornando los ojos al mirar al doctor.

«Hay algo en ti que me suena a falso», pensó para sí, «hay algo en ti que no me gusta. No obstante tu asistenta parece bastante vulgar». Estaba preguntándose dónde había visto antes el rostro de la mujer.

—¿Cómo se llama su asistenta, señor? —preguntó de pronto.

—¿Mi asistenta? Se llama Maggie.

—Si… Maggie, ¿qué?

—Déjeme pensar… siempre la llamo Maggie. —Hizo una pausa—. ¡Vaya, no me acuerdo…! hum… déjeme pensar… ¡Richmond! ¡Maggie Richmond!

—Comprendo… —Súbitamente en la mente del superintendente, dos y dos, dieron un flamante cuatro—. ¿Está enterado de que su asistenta tiene antecedentes penales?

—Estoy perfectamente enterado de que mi asistenta tiene antecedentes penales. No ha pretendido ocultarlo. Está viviendo aquí una vida absolutamente intachable desde que está con nosotros. Absolutamente intachable.

—Comprendo, señor.

—Creí que el trabajo de la policía consistía en proteger a la sociedad, apartando de ella cualquier elemento peligroso, no sólo con el fin de castigarlo, sino de redimirlo. Si nuestro sistema penal está basado únicamente en la teoría de justicia, entonces nunca seremos capaces de regenerar a aquellos miembros errantes de la sociedad que han roto el código y que están necesitados de ayuda o asistencia de una u otra clase. Un miembro de la sociedad castigada simplemente por razones de justicia es un miembro de una sociedad irrevocable e inexorablemente perdida. Pero, un miembro de una sociedad que puede ser regenerado, rehabilitado y vuelto a situar entre la sociedad, es un miembro social ganado.

—Cierto, señor —murmuró el superintendente, dando un paso atrás.

Los ojos del doctor brillaban con el fervor de un antiguo evangelista. Podía haber sido un John Wesley o un General Booth.

—Este es el problema —exclamó— necesitamos una reforma penal, una tremenda reforma; ¡necesitamos una reforma de la ley, una reforma de cárcel!

El superintendente estaba empezando a pensar que el doctor Gradey necesitaba cloroformo, pero hizo un esfuerzo para sobreponerse.

—Lo que me gustaría poder ver —decía el doctor, con voz que denotaba su fanático entusiasmo— es una sociedad en la cual los miembros equivocados puedan ser reformados y convertidos en nuevas criaturas... nuevas criaturas... —repitió.

Mientras Carlton pensaba en los viejos retrasados que conocía. No sólo los viejos retrasados, sino algunas piezas de flotamiento humano y pecios antropoides que encuentran su camino en alguno de los hostales de Londres para derrelictos y ancianos. Pensaba en aquellos que no pertenecen a la clase de personas amables, agradecidas, afables en quienes sueñan los reformistas. Estaba pensando en algunas de aquellas horribles caricaturas de la humanidad que se encuentran en los metafóricos arroyos de la alegórica Calle de la Ciudad, que los hombres llaman civilización del siglo XX. Estaba pensando en aquellos que se habían hecho viejos, amargados, duros, insensibles y egoístas, y se preguntaba si habría algún sistema en todo el universo, capaz de poder rehabilitar a personas que habían caído tan abajo...

—Está muy pensativo, superintendente —dijo el doctor.

—Sí, estaba pensando, señor —replicó Carlton.

El doctor sonrió tímidamente.

—Temo haberle apartado de lo que usted iba a decir, del motivo que le ha traído hasta aquí.

—Bien —contestó Carlton, con una sonrisa—. Hemos venido para hacer algunas preguntas rutinarias. Ya sabe que no hemos tenido éxito alguno siguiendo las normas ortodoxas. Desde luego, estos raptos no son de tipo financiero. Desaparecieron de la ciudad de Norwich, sin ton ni son, dos niños y dos niñas, ninguno de ellos tenía más de ocho meses de edad...

—Sí, recuerdo el caso... Una cosa horrible —dijo Gradey—. Muy desagradable.

—Mucho, sí señor —convino Carlton.

—Muy triste para los padres —indicó Gradey.

—Sí, mucho —dijo el detective—. Hemos probado por todos los métodos de rutina normales, luego nos hemos preguntado, como uno de los últimos recursos si algún científico podría haber querido a estos niños a fin de realizar alguna clase de experimento ilegal. Por esta razón estamos haciendo comprobaciones en todos aquellos que están en relación con la medicina y con todos los científicos de esta área.

—¡Ah...! —dijo Gradey—. Es una teoría interesante, superintendente, ¿Qué le hace suponer que puedan encontrarse en esta área? ¿No cree que estén en esta área? ¿No cree que de haber sido raptados por algún científico excéntrico, éste los habría raptado fuera del área donde tuviera que desarrollarse el experimento?

—Ya hemos pensado en esto —convino el superintendente—, pero primero vamos a comenzar con esta área, de todas maneras. Las conveniencias geográficas pueden ser toda una consideración consciente o subconscientemente.

—Veo que es todo un psiquiatra, dentro de sus propias facultades —dijo Gradey.

CAPITULO V
REGISTRO

Frank Baker y el superintendente John Carlton se alejaron por fin de la aislada mansión del doctor Hunter. Se iban profundamente disgustados y llenos de dudas de todas clases.

—¿Cree que hay algo ahí, señor? —preguntó el sargento.

—Estoy seguro de ello —respondió el superintendente— han sido demasiado amables, demasiado suaves. Ese individuo tiene una teoría acerca de la reforma de prisiones que no me suena a cierta, viniendo de él. Por consiguiente, lo que debemos hacer a continuación es pensar qué vamos a hacer ahora.

—¿Qué vamos a hacer ahora, señor? —interrogó Baker.

—Voy a pedir una autorización de registro —dijo Carlton.

—¿Una autorización, señor?

—Y media docena de hombres buenos. ¡Vamos a registrar la casa de arriba abajo!

—Estoy de acuerdo con usted. Parecen sospechosos; pero ¿y si nos equivocamos? Puede ser que no tengan las conciencias culpables; tal vez sólo sean neuróticos por esto o por lo otro, sin que tengan que ser necesariamente los raptores.

—Supongo que en este caso —dijo el superintendente, sonriendo— no se debería confiar demasiado en los presentimientos. Es mala cosa confiar demasiado en los presentimientos, pero llega un momento, incluso dentro de las investigaciones más rutinarias, en que el presentimiento, la premonición, si lo prefieres, ocupa un lugar sobresaliente en nuestras mentes. Puedo citarte media docena de casos que acuden ahora a mi recuerdo, de casos en los que al hacer caso de un presentimiento, significó la diferencia existente entre el éxito y el fracaso, entre resolver un caso o dejarlo sin solución. Ya sé que ahora puedo estar absolutamente equivocado con respecto a esos dos individuos...

Frank Baker sonreía.

—No lo creo, señor.

—Es posible que puedan dar una explicación del fondo psicológico del presentimiento, dar una explicación puramente racional que pueda ser satisfactoria por entero, pero no lo creo así. Creo que hay mucho más que eso.

—Bien, aunque haya una explicación racional —dijo Frank Baker — ello no significa necesariamente que el resultado, el producto final de la explicación racional sea menos cierta. El poder explicar de qué

modo funciona una cosa, no significa que no funcione.

—Te estás volviendo muy filosófico, sargento —replicó el superintendente—. ¡Felicidades! —dijo dirigiendo a Frank una sonrisa.

Subieron al coche y se alejaron.

John Carlton poseía la clase de informe que le facilitaba la obtención de la autorización de registro que deseaba. John Carlton había efectuado un número de arrestos espectaculares durante su carrera como policía y el magistrado que facilitaba las autorizaciones tenía suficiente confianza en el juicio de Carlton para arriesgarse a darle lo que solicitaba.

—Ya sabe que yo le respaldaré, superintendente —dijo, sincero—. Tengo toda la confianza puesta en su buen juicio. Ha sido muy franco al explicarme detalladamente la situación, y comprendo que hasta cierto punto está actuando «de oídas» en este caso. Ha ido haciendo averiguaciones por la región, y ahora cree estar sobre algo interesante.

—Eso es más o menos, señor —respondió Carlton.

—Debo ser franco con usted —dijo el magistrado—. No estamos jugando con «Don nadies»; estos tipos no son exactamente desconocidos: Rick Hunter y Clement Gradey son, podríamos decir, «conocidos» dentro de los círculos científicos. Los dos son hombres con reputación, por así decirlo.

—Hay varias clases de reputación, señor —interrumpió el detective, sargento.

Carlton estaba de acuerdo con su subordinado.

—Ya lo sé —convino el magistrado—, pero la clase de reputación a la que me refiero en este caso específico es la reputación de la cual un hombre se siente orgulloso.

Reinó el silencio durante unos instantes; el magistrado indicó la caja de cigarrillos que tenía encima de la mesa.

—¿Un cigarrillo, superintendente? ¿Sargento?

—No, gracias, señor —repuso Carlton—. No me apetece ahora.

—Ni a mí, gracias, señor —añadió el sargento.

El magistrado sonrió.

—Yo tampoco —admitió—, pero estoy tan acostumbrado, que los tengo siempre aquí como ritual social. En estos días casi nadie los toma. Es una de esas cortesías acostumbradas, creo. En realidad, los tengo como sustitutos —dijo tendiendo un bote de caramelos.

—No le importe que tome uno, señor —dijo el superintendente—. Gracias.

Quitó el papel del caramelo cuidadosamente arrojándolo a la papelera del magistrado.

—Sí, yo también tomaré uno, gracias, señor —dijo Frank Baker.

Cogió uno y quitó el papel que arrojó también a la papelera, errando la puntería.

—Me parece que tendrás que asistir a un curso de lecciones de tiro en el club de armas —comentó Carlton.

—Hmmm, parece que lo necesito —convino el sargento, sonriendo, mientras cruzaba la sala para recoger el papel que había caído al suelo.

Una vez obtenida la necesaria autorización, el superintendente consultó su reloj.

—Me parece que se nos ha hecho un poco tarde ya —dije—. Creo que será mejor que lo dejemos para mañana.

—De acuerdo, señor —dijo Baker.

* * *

Al llegar la mañana, Carlton, Baker y cuatro hombres escogidos se dirigieron hacia la residencia, en Norfolk, en la cual, Rick Hunter, Clem Gradey, con la ayuda de Maggie, estaban realizando su extraño experimento ilegal. Los detectives y su equipo se habían reunido en el porche y, por un instante, John Carlton pensó en los cantores de villancicos. Todo lo que les hacía falta era una luz y algunas hojas con las letras de las canciones más usuales.

Llamó fuerte con los nudillos, pero al no obtener respuesta, pulsó la pesada y antigua campanilla.

El sonido de la campana resonó por toda la casa. Melifluas reverberaciones resonaban por todas partes. El sótano protegido por la capa de plomo era a prueba de sonido, desde luego, pero como prueba de seguridad, los doctores habían conectado un cable oculto con la campana, para poder oír cuando llamaban desde el sótano. Estaba muy bien disimulada aquella instalación que funcionaba a la perfección. Maggie cerró cuidadosamente la puerta tras ella y subió la escalera.

Como otra medida de precaución, todos los documentos relevantes, la comida de los niños, etcétera, estaba cuidadosamente guardado en el mismo sótano. Una vez la puerta cerrada y el artesón secreto del final de las escaleras debidamente en su sitio, aquello se convertía en un refugio estupendo contenido dentro de una casa.

Había otro sótano —un departamento de almacenaje de vino, perfectamente inofensivo, en el otro lado de la vieja residencia. Los señores Hunter y Gradey sacaron la conclusión de que una casa sin

sótano alguno, sería un lugar que estaría muy expuesto a atraer la atención, en una casa tan antigua como aquella. La ausencia de cualquier clase de sótano habría conducido a alguna clase de investigación y en el peor de los casos habría producido una investigación de pasadizos secretos.

Por consiguiente, el sótano-bodega había sido dejado inocentemente abierto, Maggie llegó al final de las escaleras, cerrando cuidadosamente el artesón que disimulaba la entrada al sótano. Ocultó unos mechones de cabello que caían por debajo de la cofia y se dirigió a la puerta principal para abrir. El timbrazo había sonado con cierta imperiosidad. Ahora sabía por qué.

—¡Oh!, el superintendente Carlton, ¿verdad?

—Sí, Maggie —convino el detective—. El superintendente Carlton.

—¿Sucede algo, señor?

—Traigo una autorización de registro —dijo Carlton.

—¿Una autorización de registro? —murmuró Maggie—. ¿Por qué?

—Por estas posesiones —replicó Carlton.

—¡Oh...! —la voz de Maggie era casi inaudible—. ¿Pero por qué, señor?

¿Estaba haciendo comedia?, pensó Carlton. No parecía más enfadada ni más trastornada que cualquier otra asistenta de mediana edad estaría en circunstancias similares. ¿Me habré equivocado, pensó Carlton. ¿Me habré dejado llevar por un falso presentimiento?

Gradey salió en aquel momento del comedor y Hunter salía de la biblioteca. La voz de Hunter sonó fríamente educada.

—Buenos días, superintendente. ¿A qué debemos el honor, si me permite preguntarlo, de esta segunda y más bien inesperada visita?

—Temo que no quedé absolutamente satisfecho con el resultado de mis anteriores pesquisas, señor. Ahora traigo una autorización de registro —le informó Carlton.

—¡Una autorización de registro! —exclamó Gradey—. ¡Esto es un ultraje! Este asunto tendrá que ser llevado a las autoridades supremas.

—A las autoridades supremas —repitió Hunter—. ¿Cómo se ha atrevido, superintendente? Soy un médico retirado, perfectamente respetable, y por el simple hecho de haber decidido llevar a cabo cierto número de experimentos, usted parece pensar que ello le da derecho a entrar en mi casa con una autorización de registro. ¡Vamos, señor, esto es absurdo, absolutamente absurdo! —Su voz sonaba más como la de un coronel retirado en aquellos momentos que la de un médico retirado, pensó el superintendente, y sonaba además, como un coronel retirado algo teatral.

—Lamento que ello les cause molestias, señor. No tema, puedo asegurárselo. No le estropearemos nada.

—¡Por Dios, eso espero, para su bien! —explotó Gradey—. ¡Ya veremos cómo acabará todo esto! ¡Tenemos cierta influencia, no lo dude!

—En efecto, tenemos cierta influencia —repitió Hunter.

—Estoy bien enterado de ello, señor. Le aseguro que procuraremos molestarles lo menos posible. Le pido disculpas por lo que podamos molestarles.

—Bien, pues adelante, entonces, registren lo que les dé la maldita gana. ¡Pero le aseguro que no encontrarán nada! ¡Voy a telefonear inmediatamente a mi procurador!

—Está en su perfecto derecho de hacerlo si así lo desea, señor —replicó el superintendente, fríamente.

—¡Lo haré! —anunció Hunter—. ¡No tema! ¡Lo haré!

De nuevo ese aire teatral, pensó el superintendente. Cambió unas miradas llenas de significado con el sargento.

Dividieron el grupo en dos partes y empezaron a recorrer la casa.

Registraron desde el ático al sótano. El ático contenía poca cosa más de lo normal, es decir las cosas que uno espera encontrar en una casa de aquel tiempo. Había un armonio pequeño, antiguo en un rincón. El superintendente recordó la historia que había oído de la infancia de uno de los grandes compositores, no estaba seguro si era Haendel o Mendelssohn, pues no estaba muy versado en las biografías de los músicos geniales. Habían cabeceras de camas de bronce arrimadas contra la pared, dando la impresión de no haber sido utilizadas desde hacía varias generaciones. Había piezas de equipo de «camping», bastones rotos de cricket, una red de tenis enrollada. Aquí y allí, banderas que debieron haber ondeado alguna vez en el mástil al viento, treinta años antes. Habían polvorientos mástiles, Henos de traviesas que debían datar de los viejos días en los que la vieja residencia había sido el cuartel general administrativo de un gran estado agrícola de los contornos. Todo era perfectamente inofensivo, perfectamente inocente, perfectamente normal. Bajando desde el ático al primer piso encontraron las habitaciones destinadas a los antiguos sirvientes, ahora, vacías o cerradas y abandonadas desde hacía mucho tiempo, amuebladas con baratos palanganeros y delgados guardarropas.

Debajo del piso de los sirvientes, estaba el piso de las habitaciones de Hunter, Gradey y Maggie. La habitación de Maggie era confortable y bien distribuida, lo cual no dejó de sorprender al superintendente

Carlton quien pensó en los informes de la mujer. Tal vez había aprendido alguna cosa en Holloway, después de todo, pensó, tal vez Gradey tuviera algo de razón en lo que había dicho durante su primera visita. Las habitaciones de los doctores, la de Hunter y la de Gradey, estaban bien decoradas, limpias, ordenadas y respetables, sin el más mínimo defecto. Con una horrible sensación de mareo en el estómago, el superintendente Carlton comenzaba a preguntarse si no habría cometido una solemne tontería. ¿Le habría fallado por aquella vez su presentimiento? ¿Le habría obligado a hacer el ridículo en aquella ocasión? Casi deseaba tener alguien a quien colgarle las culpas, pero había sido idea suya y, por consiguiente, tenía que aguantar el paquete. Era la clase de fracaso, de ridículo que puede tener graves consecuencias en la carrera de un hombre. No hubiera tenido tanta importancia de no haber sido por el hecho de que Hunter y Gradey gozaban de aquella «reputación» que el magistrado había mencionado. Si tenían algún amigo en el mundo periodístico, y seguramente lo tendrían, Carlton veía ya lo que pasaría. Carlton se imaginaba ya los negros titulares hablando de la «profanación de los derechos del individuo» y cosas por el estilo... Carlton empezaba a sentirse mal, física y mentalmente. Si no encontraba algo para justificarse, las pasaría bastante apuradas. Sabía que estaba pensando en un desbarajuste de metáforas. Los hombres asustados piensan de esa manera. ¡A veces piensan en ello! Carlton no estaba asustado precisamente, porque no era de la clase de hombres que apenas se asustan por nada. Pero todo hombre siente cierto interés por su carrera. El grado de interés varía entre un individuo y otro, pero aunque Carlton no estaba obsesionado por su carrera, le preocupaba, como preocupa, por norma general, al resto de los hombres. Todos tienen el derecho de cometer alguna equivocación, suponía, pero cuando más uso hacían de estos derechos, más débiles se hacían sus posibilidades de promoción.

Bajaron al otro piso. Era la planta baja. En ella estaba el estudio, la biblioteca, dos grandes salones, el comedor, la sala del billar, la sala de tiro y un número de pasillos que conducían y partían de la cocina y de las despensas. Se paseaba desconcertado. Era la clase de planta baja que te da la impresión de que a pesar de haberla recorrido cuidadosamente, puede haber un ángulo, o una puerta en alguna parte que te ha pasado por alto. Era como si hubiera sido construido de acuerdo con los principios geométricos no-Euclidianos. Como si tuviera algunos triángulos cuyos ángulos no sumaran entre todos, los 10 grados; era como si tuviera un número de habitaciones que,

aunque pareciendo rectangulares, no lo fueran en realidad. Era una planta desconcertante. Había sido construida poco a poco, añadiendo ahora esto, luego lo otro, y Carlton sentía sobre sí la impresión de que dos siglos de arquitectos y de añadidos estaban riéndose de él. Se dirigió decidido hacia la puerta del sótano.

—Mire donde pisa —avisó Rick Hunter—. Supongo que debe ser mi parte médica la que me obliga a avisarle, aun cuando usted se halle aquí; en contra de mis deseos, pero mi aviso está completamente carente de afecto, es simple cuestión profesional, puedo asegurárselo.

—Lo recordaré, señor —replicó el superintendente.

El y el sargento comenzaron a bajar las escaleras que conducían al sótano-bodega. Coñacs de diferentes cosechas, raros champañas y pastosos vinos de borgoña, estaban bien alineados unos sobre otros en ordenadas hileras.

—¡Hmmm, todo parece en orden! Tienen buenas provisiones de vino, ¿eh? —señaló el sargento.

—Esto parece —exclamó el superintendente. Se frotó pensativamente la barbilla—. Todo esto parece como si yo estuviera atontado.

—Yo no diría esto, señor —repuso el sargento—. Todo esto me gusta tan poco como a usted. Si le sirve de consuelo, señor, y aunque tal vez no debiera decirlo, sepa que de haberme encontrado en su situación habría obrado de igual forma.

—Muy amable, sargento —dijo Carlton—. Aprecio su lealtad. —Sonrió—. Si me degradan por este asunto haré los posibles para que me pasen a su división.

—Oh, no irán tan mal las cosas, señor. Pueden echarle una bronca, pero… ¡diantres!, no hemos hecho nada malo. Hemos actuado de buena fe.

—¿Ha pensado que estos dos bribones pueden plantear algunas cuestiones? —preguntó el superintendente—. Si esto llega a suceder la Prensa se pondrá contra la policía y… ¡demonios! La culpa es mía. Yo he hecho lo que honestamente me pareció correcto. Sospechaba de este lugar. Creía que habríamos encontrado algo…

Se marcharon, muy desalentados…

CAPITULO VI
INFORMES DE LOS AÑOS PASADOS

Hunter y Gradey eran ocho años más viejos. Ninguno de los dos parecía más viejo de lo que era cuando habían comenzado el experimento. Tal vez fuera el interés que gradualmente iba absorbiéndoles lo que les había mantenido jóvenes.

—¿Te acuerdas de aquellos policías que nos seguían la pista? —preguntó Hunter.

—Naturalmente —repuso Gradey.

—Apuesto a que el superintendente tenía alguna pista —dijo Hunter, satisfecho.

—Seguro, de no haber protestado hubiera sido sospechoso después de haber armado tanto jaleo en casa —dijo Gradey—. Sin embargo, han pasado ya muchos años...

Estaban sentados en el sótano. Maggie parecía un poco más frágil; sus cabellos eran más bien blancos que grises. Los niños, tenían la apariencia de los niños normales de ocho años. El sótano había sido reformado con el paso de los años, engrandeciéndolo, pieza por pieza.

Los dos, científicos habían introducido un equipo de aire acondicionado y filtros, pero el mayor inconveniente había sido la ausencia de la luz del sol.

No se habían atrevido a emplear las lámparas de rayos solares, ni siquiera en dosis suaves, y la vitamina D que poseían los niños, no había sido manufacturada por sus propios cuerpos, sino que había sido administrada en forma de tableta. Su parecido con los niños normales de ocho años, terminaba en la blancura de su piel. Parecían más bien hechos de porcelana de Dresde, y sin embargo, eran robustos y musculosos. Sus ojos, que no habían visto nunca la luz del día, tenían tendencia a ser algo más grandes, más anchos y más redondos que los de los chiquillos del exterior, pero sin embargo, poseían una excelente salud y su apariencia era casi normal. La mayor diferencia consistía en la diferencia de inteligencia.

Gradey tenía una serie de formularios de «tests» adecuados para personas adultas. El sótano había sido dividido en varias habitaciones, de modo que era posible entrevistar a los niños por separado... Gradey y Hunter les habían ido haciendo varios tests periódicamente a medida que iba transcurriendo el tiempo y su avance era asombroso. El experimento bajo este punto de vista era el mayor éxito, mucho mayor de lo que ninguno de los dos científicos se habían atrevido a esperar. Los niños habían recibido toda clase de ventajas educativas,

todo cuanto pudiera desarrollar sus personalidades, todo lo que les hacía desarrollar el pensamiento. Pero aparte de haber recibido todas esas ventajas educativas, debía tenerse en cuenta como hecho más importante la protección que tenían sus cerebros dentro de aquel sótano, por lo cual sus neuronas estaban mucho menos sujetas a daños que las neuronas de los seres humanos corrientes que andaban por el mundo exterior. Las disposiciones protectoras habían sido perfeccionadas una y otra vez. De vez en cuando se filtraba alguna pequeña dosis de radiación, pero eran triviales comparadas con la radiación a que están expuestos diariamente los niños del exterior en su desarrollo normal, cotidiano y terrestre.

—¿Estás seguro de que pueden efectuar este «test» para adultos? —preguntó Hunter.

—Eso creo —dijo Gradey.

—Ello implicaría una calificación muy alta, si fueran capaces de pasar esta prueba.

Empezaron con la prueba del vocabulario. El joven Alfa fue el primero en pasar a una velocidad sorprendente setenta y cinco definiciones con la mayor facilidad. Su vocabulario era mucho más amplio que las 13.500 palabras estipuladas para un adulto superior.

—Ahora vamos a hacer la prueba del papel cortado —dijo Gradey.

El muchacho le miraba con sus grandes ojos, redondos, serios.

—¡Ah!, sí —fue todo lo que dijo.

—Quiero que te fijes bien en lo que hago —dijo Gradey.

Cogió un pedazo de papel cuadrado de seis por seis pulgadas.

—Ahora fíjate mientras; doblo el papel por el medio, y luego vuelvo a doblarlo así. —Los ojos del joven Alfa estaban fijos en el papel que Gradey iba doblando—. Ahora cortaré una muesca aquí —dijo Gradey. Cogió unas tijeras, cortó una muesca en el lado que presentaba un solo borde. Tiró el pedazo de papel cortado a la papelera situada al lado de la mesa en la que estaban trabajando. El papel plegado estaba a la vista de Alfa, pero estaba liso sobre la mesa.

—Coge un papel y lápiz —dijo Gradey, ofreciéndole un pedazo de papel de las mismas dimensiones que el que había plegado—. Quiero que me dibujes de qué manera ha quedado este papel después de haberlo cortado, suponiendo que estuviera desplegado. Quiero que me dibujes la muesca que ha quedado en el papel.

—¿Puedo plegar el papel?

—No, hijo, no puedes —dijo Gradey.

—Comprendo —dijo el muchacho… Cerró los ojos apenas un segundo y entonces se puso a dibujar rápidamente. Le tendió la hoja a

Gradey quien la miró, y desplegó la hoja de papel que tenía en su mano.

—Absolutamente igual —dijo.

—¡Estupendo! —dijo Alfa—. ¿Qué más?

—¿Quieres hacer otra prueba?

—Desde luego —dijo el muchacho—. Es muy divertido.

—Esta es casi tan excitante como la prueba del papel que acabamos de hacer. Se trata de repetir algunos números. Lo que deseo es que los repitas invertidos. Veamos. Escucha con atención.

—De acuerdo —repuso el muchacho.

—72 534 898; 49 853 762; 83 795 482 —dijo Gradey.

—¿Ahora he de repetírselos invertidos? —preguntó el muchacho.

—Eso es —convino Gradey—. ¿Puedes hacerlo?

—Sí, todos —respondió el muchacho—. Voy a invertir las tres series de acuerdo con sus deseos: 28 459 738; 26 735 894; 69 843 527.

—¡Caramba! —dijo Gradey—. Has mejorado mucho desde el último examen.

—¡Estupendo! —dijo el muchacho, simplemente.

Gradey empezaba a sentirse un poco asustado, empezaba a preguntarse si él y Hunter no habrían ido demasiado lejos; si, tal vez, como el legendario Frankenstein, habrían creado un monstruo que estaría más allá del poder de su control.

—Ahora —prosiguió Gradey, recobrando un poco su ecuanimidad —. Voy a leerte una selección de unas seis u ocho líneas. Cuando termine te diré que me repitas todo lo que puedas recordar. No es imprescindible que recuerdes las palabras exactas, pero debes escucharme con atención a fin de decirme luego todo lo que yo haya dicho.

—De acuerdo —dijo el muchacho.

—Bien, pues empiezo —dijo Gradey—. Los «tests» como los que estamos efectuando ahora tienen valor para el avance de la ciencia y para la información de la persona que es examinada. Es muy importante para la ciencia saber en qué difieren las personas y de qué factores dependen estas diferencias. Si podemos separar la influencia de la herencia de la influencia del desarrollo, seremos capaces de aplicar nuestro conocimiento como guía del desarrollo humano. De esta manera, en algunos casos, podemos corregir defectos y desarrollar habilidades que podrían de otra manera descuidarse.

—Ahora se lo diré empleando mis propias palabras —dijo Alfa—. Las pruebas que estamos realizando ahora sirven para el avance de la

ciencia y para la información de la persona examinada. De esta manera, por medios científicos, seremos capaces de diferenciar entre características derivadas del desarrollo. Esto nos capacitará para tratar cada caso por separado. Al hacerlo así podemos corregir con más precisión los defectos que puedan observarse. Estas pruebas sirven para dos fines: en primer lugar, nos ayuda a aplicarlo a la persona a la que hemos de ayudar. Estas pruebas nos capacitan para descubrir cuanto diferimos uno de otro, capacitándonos también para valorar y medir la diferencia entre la herencia y el desarrollo.

»Las pruebas sirven para comprobar si podemos separar la herencia del desarrollo y descubrir si podemos averiguar en qué se distingue una persona de otra y cómo difieren entre ellas. De esta manera será posible entonces corregir tales diferencias y enseñar a las personas de manera más efectiva... Esto es dicho a mi manera —dijo el muchacho quedamente.

—Comprendo —murmuró Gradey. Se le ocurrió una idea repentina—: Supongo que no debes recordar las palabras exactas que he leído, ¿verdad?

—Sí —respondió el muchacho—. Usted ha dicho: Los «tests» como los que estamos efectuando ahora tienen valor para el avance de la ciencia y para la información de la persona que es examinada. Es muy importante para la ciencia saber en qué difieren las personas y de qué factores dependen estas diferencias. Si podemos separar la influencia de la herencia de la influencia del desarrollo, seremos capaces de aplicar nuestro conocimiento como guía del desarrollo humano. De esta manera, en algunos casos, podemos corregir defectos y desarrollar habilidades que podrían de otra manera descuidarse.

Gradey había ido leyendo aquella selección mientras el muchacho iba recitando.

—¡Fantástico! —dijo—. Has conseguido..., casi me atrevería a decir una memoria fotográfica..., pero tú no has visto este escrito ¿verdad?

—No —convino Alfa.

—Has conseguido una perfecta memoria de registro auditor... ¡es increíble!

—¿Usted no lo tiene, pues? —preguntó el muchacho.

—No —respondió Gradey.

—Oh —dijo Alfa. Parecía muy interesado.

Gradey cambió rápidamente de tema.

—Pasemos a otra prueba —dijo.

—De acuerdo —convino el muchacho.

—Este, en realidad, es un «test» de ingenuidad —explicó Gradey.

—¡Oh!, sí —murmuró Alfa.

—Se trata de imaginar que una madre envía a su hijo al río... ¿has visto alguna imagen de un río, verdad?

—¡Oh!, sí. Sé lo que es un río —convino el muchacho, pues el sótano está equipado con un aparato de radio de alta fidelidad y un proyecto de films sonoro. Gradey y Hunter habían procurado dar a los chiquillos una experiencia de realidad. en lo que ellos no habían visto todavía. Esto unido a las vistas en 3 dimensiones y modelos que les llevaban del mundo exterior creaba una especie de mundo en miniatura, un mundo académico. Gradey comprendía lo innecesaria de su pregunta.

—Una madre envía a su hijo al río y le dice que le traiga exactamente siete pintas de agua —dijo el anciano doctor—. La madre le da una vasija de tres pintas y otra de cinco. Quiero que me digas cómo podrá medir el muchacho exactamente las siete pintas de agua, no empleando más que las dos vasijas que le ha facilitado su madre sin hacerlo a ojo.

—Cómprenlo —dijo Alfa, meditando un segundo antes de responder—. Bien, yo empezaría llenando la vasija de cinco pintas. Una vez llena vertería el agua en la de tres pintas hasta llenarla, lo cual significaría que quedarían dos pintas de agua en la vasija de cinco. —Hablaba lenta y muy claramente como si alguna especie de mecanismo mental estuviera actuando con inexorable eficiencia en su extraordinaria mente—. Después —dijo el muchacho— vaciaría la medida de tres pintas en el río y pondría las dos pintas que quedarían en la vasija de cinco, en la de tres que habría acabado de vaciar. A continuación llenaría de nuevo la vasija de cinco pintas. De esta manera tendría cinco pintas en una vasija y dos pintas en la otra que harían las siete pintas que se me habría pedido.

—Absolutamente correcto.

—Me parece un proceder extrañamente insensato —dijo el muchacho—. ¿Por qué no podía la madre emplear las ocho pintas de agua en lugar de mandar al chico en busca de agua haciéndole regresar con una vasija llena sólo en sus dos terceras partes?

—Sí, desde luego parece una insensatez.

—Y sin embargo, es un pasatiempo interesante —dijo el muchacho —. ¿Tiene algún otro problema?

—Pues, podemos volver a probar con la repetición de algunas series de números..., pero ya has probado que posees una memoria infalible, No le veo la utilidad.

—Probemos otra vez —dijo Alfa—. Me gusta ejercitar mi mente.

—Sí, me lo supongo —repuso Gradey—. Te divierte emplear la mente de la misma manera que un campeón de pesos pesados le gusta boxear, o un atleta se divierte en el campo de deportes…

—Ha empleado un buen símil —dijo el muchacho. Su completa serenidad, su absoluta presencia de mente, su fría relajación, le hicieron preguntarse a Gradey cuál sería su afinidad. Se sentía como si él y Hunter hubieran recaído en cierto modo a la posición de aquella gallina que había accedido a cuidar de los huevos de alguna «rara avis», y que los huevos habían incubado ahora algo que excedía de la habilidad y valor de la vieja gallina… tal vez algo peligroso que llegaría a destruir a la gallina que lo había incubado.

Se dio cuenta de que el muchacho le miraba de manera extraña. Se preguntó si se le estarla desarrollando una habilidad telepática. Si la tendría ya desarrollada… Se sintió extrañamente asustado ante la presencia del muchacho.

—Veamos, siete cifras; veamos si puedes repetir las series invertidas.

—Es decir, serán veintiuna cifras en total, ¿no es cierto? —dijo el muchacho.

—Sí, si quieres hacerlo más difícil —convino Gradey.

—Dispare —dijo Alfa.

—4 162 593; 3 826 475; 9 452 837.

—¿Eso es todo? —preguntó Alfa.

—Eso es todo —dijo Gradey.

—7 382 549; 5 746 283; 3 952 614.

Gradey había comprobado cuidadosamente los números a medida que el muchacho había ido repitiendo los números debidamente invertidos.

—Absolutamente correcto, desde luego —dijo.

—Desde luego —dijo el muchacho.

—¿Qué quieres decir con ese «desde luego» —preguntó Gradey algo enojado.

—Quiero decir que es perfectamente natural, honrado, que puedo hacerlo sin dificultad alguna. ¿Hay algo de extraordinario en ello?

Realizó el resto de las pruebas con los otros tres niños; Beta era tan bueno como Alfa, y las dos niñas igualaban a los chicos.

Salió del sótano.

—Hunter, amigo —dijo.

—¿Sí? —dijo Rick.

—Acabo de tener una extraña idea —dijo Gradey—. Una idea que puede tener una solución entre dos.

—Probablemente habremos pensado los dos en la misma cosa —dijo Hunter.

—Cuéntame lo que has pensado —dijo Gradey.

—Pues, si estos niños son tan similares en habilidad que las pruebas nos muestran, ninguna diferencia significativa en sus inteligencias en absoluto —dijo Hunter—, sólo puede significar una de estas dos cosas. Una, nuestras pruebas no son en realidad bastante buenas para hacer tal distinción, o, dos, los niños son realmente iguales porque están unidos por alguna especie de lazo psíquico, alguna especie de vínculo paranormal que les une entre sí.

—Así, pues —dijo Gradey—, ¿no crees que pueda haber alguna otra posibilidad, Riele?

—Ninguna en absoluto —contestó Hunter. Suspiró débilmente. Era el suspiro de un hombre fatigado—. ¿No crees que hemos creado algo que no podemos controlar? —dijo.

—No lo creo —contestó Gradey—. Después de todo no son más que unos niños. Admito que nosotros somos muy viejos, pero todavía podemos manejarles físicamente.

—¿Quieres... decir... matarles?

—Si un experimento se escapa de la mano hay que detenerlo —dijo Gradey.

—Sí, supongo que tienes razón —dijo Hunter—. Supongo que tienes razón.

Los dos científicos se miraron uno al otro.

—Cuando toda aquella oratoria de objetividad ha pasado y se ha hecho, cuando todo lo que se ha dicho sobre la indiferencia está terminado, te preguntas si has hecho lo correcto —indicó Hunter—. Al principio tuve una especie de ideal visionario y luego no sé cómo se maleó y pareció... oh, no sé lo que pareció... sólo sé que se corrompió.

—Tuve una sensación similar —confesó Gradey—. Hemos comprobado que al proteger al cerebro humano, puedes producir una inteligencia fantástica. Tendremos que efectuar algunos experimentos más para comprobar si los niños están o no en comunicación telepática o si son simplemente tan inteligentes que nuestros «tests» son insuficientes para poder probar la diferencia que pueda haber entre ellos.

—Podemos inventar siempre nuevas pruebas —dijo su colega.

Salieron a dar un paseo por el jardín. Era una noche clara, estrellada. La Luna, redonda, y brillante, parecía observarles como si fuera un ojo enigmático de algún dios del atardecer.

—Me gustaría saber cómo progresan los rusos en su base en la

Luna —dijo Hunter, señalando la Luna.

—Supongo que están haciendo lo oportuno con su natural eficiencia.

—Es curioso pensar que los rusos y los americanos estén operando en dos bases lunares independientes a pocos centenares de millas una de la otra sobre la superficie de la Luna, ¿eh? —murmuró Gradey—. Me gustaría saber si habrán tenido alguna guerra en miniatura allá arriba o si estarán trabajando conjuntamente. Tal vez la completa extraña cualidad de su desarrollo les haya unido, y se hayan reconocido unos a otros como seres humanos semejantes, y tal vez su sociedad dividida de «homo sapiens» haya sido una influencia más importante que sus diferentes ideologías.

—Todo está tan protegido por la seguridad que hay pocas posibilidades de saber lo que sucede allá arriba —indicó Hunter.

Gradey movió la cabeza. Hunter contempló el jardín iluminado por la Luna. Todo era plateado y en cierto modo maravillosamente pacífico a la luz de la Luna.

—Es extraño —dijo súbitamente— que a pocos pies debajo nuestro haya un fenómeno científico más asombroso, mucho más extraordinario que todo lo que pueda haber ahí arriba.

—Supongo que lo hemos estado viviendo demasiado de cerca —indicó Gradey mientras paseaba a la luz de la Luna.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Hunter.

—Lo hemos vivido demasiado de cerca —siguió Gradey— tanto que no hemos podido verlo en perspectiva alguna.

Un grupo de luciérnagas brillaban con esperanza en la hierba al lado del paseo por el cual andaban.

—Sois optimistas —dijo Hunter, mirándolas con una sonrisa—. Pobres pequeños diablos haciendo brillar aquí vuestros faros…

—Supongo que deben ser felices a su manera —replicó su compañero.

Siguieron paseando. Una blanca polilla pasó volando raudamente por encima de ellos. El intenso perfume de las flores llegaba hasta ellos.

—Qué maravilloso aroma el de esas flores —señaló Hunter.

—Casi exótico —convino Gradey—. Me gustaría saber si el próximo ocupante de esta casa sabrá apreciarlas cuando nos hayamos ido…

—Eso suena singularmente melancólico —dijo su compañero casi sin pensar.

—Es que me siento melancólico.

—¿Por qué?

—Porque por primera vez en ocho años he retrocedido mentalmente lo suficiente para contemplar el experimento. —Señaló la casa—. Ahí abajo… en su debida perspectiva, por primera vez en ocho años he empezado a comprender lo que hemos hecho.

—Lo que hemos de hacer ahora es inventar alguna clase de «test» para comprobar si nos enfrentamos con la telepatía o si es simplemente inteligencia suprema.

—Tengo la desagradable impresión de que tal vez sean las dos cosas a la vez —comentó Gradey.

—Cierto, cierto —dijo Hunter—. Si han conseguido ese peculiar lazo mental, ese subproducto de inteligencia superior, entonces no tendremos garantía alguna de que la telepatía sea la única cosa que han conseguido.

—Hay otras cosas —añadió Gradey.

—¿Cuáles? —preguntó Hunter.

—Telequinesis, teleportación…

—Estás hablando como un autor de ciencia ficción. ¡Por Dios!, Gradey, ¡sé un científico!

—¡Soy un científico! —se defendió Gradey— y por esto, por serlo, soy capaz de emplear mi imaginación… ¿Pero por qué discutimos, Rick? Hemos estado trabajando juntos tiempo suficiente para poder discutir las cosas racionalmente.

—Lo siento —dijo Hunter—. Lo siento. Estoy asustado. Al principio parecía una broma; la forma tan inteligente, tan tranquila y fría de llevar a cabo el rapto…, pero ahora ya no es divertido… Se ha partido como una comedia conmovedora. Toda la comedia ha desaparecido y la emoción también. Ahora pienso en toda la tristeza en que dejamos a los padres de esos niños.

—¡Ventilamos todo esto hace ya ocho años! —indicó Gradey—. Ahora no podemos hacer ya nada. Lo único que podríamos hacer sería devolverlos y decirles: «aquí está su pequeño Charlie, o Freddie, o cualquiera que fuera su nombre».

—Supongo que sería una solución al problema, dejarlos en alguna estación, en cualquier parte…

—No me gustaría dejar a ese lote suelto entre la humanidad que no sospechara nada —protestó Gradey.

—Sí, sería un acto de cobardía, supongo. —Hunter miró de nuevo a la Luna—. Me gustaría que fuera la «luna de Hunter» —dijo.

—Eres un inveterado pícaro —indicó Gradey—. ¿Y por qué desearías que fuera la «luna de Hunter?» —preguntó—. Si quieres

hacer un tipo, yo seré el hombre «adecuado».

—No se trata de un juego de palabras, sino de un deseo serio, filosófico —replicó Hunter—. Desearía en realidad estar allá arriba. ¡Allá no hay problemas!

—¡No hay problemas! —dijo Gradey—. Dios mío, aquellos pobres individuos tienen muchos más que nosotros.

—Hay dos formas de abstracción mental —continuó Gradey— una es desear no tener ningún problema en absoluto y la otra es imaginar que puedes resolver los problemas de los demás mejor que los tuyos propios. Ninguna de las dos formas de abstracción mental es particularmente real.

—Ninguna forma de abstracción mental lo es —dijo Hunter—, ¿pero es que el realismo es algo? ¿Qué es la Realidad, de todas formas? —se detuvo para recoger una hoja de un pequeño arbusto. La sostuvo en su mano—. ¡Mira!

—Estoy mirando —dijo Gradey.

—Esta hoja está compuesta de células vivas. Cada célula viva está compuesta de moléculas altamente complicadas; cada molécula está compuesta a su vez de átomos; un átomo puede ser dividido en electrones y en otras partículas sub-atómicas. Cuando se analiza cada una de las partículas sub-atómicas, ¿qué encontramos? Una carga eléctrica dando vueltas en el vasto océano de la nada.

—¿De modo qué? —preguntó Gradey.

—De modo que... ¿qué es la realidad? ¡No hay realidad! ¿De qué sirve hablar acerca de la realidad, cuando ésta no existe? El único realismo es la clase de realismo de la mente. Puedo en primer lugar pensar «yo soy», por lo tanto, es una clase de definida realidad.

—Lo haces difícil, muy difícil —dijo Gradey—. ¿Y qué sucede si ese pensamiento especulativo tuyo que tú llamas Realidad, ese «yo soy» es sólo el producto accidental de una complicada cerebración? ¿Y si la consciencia es sólo una especie de «vapor» psíquico que se emite cuando produces un mecanismo de meditación suficientemente complicado?

—Es posible —dijo Hunter.

—¿Puedes probar lo contrario? —preguntó Gradey.

—¿Por qué alguna de las grandes máquinas electrónicas no han desarrollado ese vapor psíquico, etéreo que tú llamas «consciencia», si la conciencia es sólo el producto automático de cerebración complicada? —preguntó Hunter.

—Yo no he dicho que fuera un producto automático de cerebración, ni he dicho que fuera el producto automático de

pensamiento complejo —contestó Gradey— tal vez sea sólo un subproducto accidental aplicable en el caso de la humanidad.

—Me parece muy improbable —dijo Hunter.

—¿Has estudiado alguna vez las teorías académicas de la mente en serie? —preguntó Gradey.

—Hombre, depende de lo que tú llames «académicas» —repuso Hunter—. Las he estudiado académicamente, desde luego, pero presumo que tú quieres decir si las he estudiado prácticamente.

—Eso es exactamente lo que quiero decir —exclamó Gradey.

—No he hecho ningún experimento en líneas de investigación práctica —dijo Hunter.

—Lástima —señaló Gradey.

—¿Por qué es una lástima? —preguntó Hunter lacónicamente.

Los dos hombres paseaban a lo largo del jardín iluminado por la luna. Una lechuza pasó volando cerca de ellos. Hunter la contempló.

—¡Extraños pájaros! —observó.

—Sí, mucho —dijo Gradey.

—Y sin embargo, interesantes —dijo Hunter—. ¡Oh!, lo siento. He roto el hilo de la conversación. —Hizo una pausa—. Estábamos discutiendo acerca de la mente en serie, creo.

—Eso es —afirmé Gradey—. Te estaba preguntando lo que opinabas al respecto.

—¡Oh!, sí, la mente en serie… es un tema muy espeso, Clem.

—Naturalmente, Rick.

Siguieron paseando en silencio durante algunos momentos más, dando la vuelta hasta encontrarse de nuevo donde estaban las luciérnagas. Hunter las contempló, calladamente en medio de la oscuridad. Hundió las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—Si la conciencia —empezó— es un subproducto de los procesos del pensamiento, si es una especie de «vapor» psíquico, una clase de «vaho» etéreo, alguna especie de «niebla» paranormal que se emite cuando un cerebro físico corriente piensa, si es una corriente interna accidental de compleja actividad neurológica, importa mucho si las partes individuales de la parte del pensamiento, las células de un cerebro electrónico o las células orgánicas de un cerebro vivo, están en estrecho contacto con otra.

—Creo que estás avanzando un paso más en esta discusión —dijo su colega.

—Sí, es cierto. ¡Se me acaba de ocurrir una idea interesante!

CAPITULO VII
TEORIAS

—Si hay un organismo que consiste, aparentemente, en un gran número de partes separadas, ¿puede decirse de tal organismo, bajo cualquier circunstancia, que posee una mente en forma de paraguas grande que todo lo controla? ¿Una mente que abarca todos los miembros de esta organización y que está enterado de su propia existencia?

—¡Ah! —comentó Gradey—. ¡Ya me suponía que estabas pensando en algo así! ¡Ya me lo suponía! Supongo que estarás pensando en una colonia de hormigas, o una colonia de termitas, en la cual cada miembro individual puede ser considerado como una clase de paralela a una célula individual del cerebro humano, a una neurona individual. Si tienes varios millones de hormigas, o de termitas, en una colonia, y cada una aporta algo a una mente psíquica, que dirige todo suceso. Sí, hay una posibilidad, creo yo, de que pueda existir una mente semejante.

—¿Cuán inteligente sería? —preguntó Hunter, retóricamente.

—Esta es una pregunta difícil —replicó Gradey—. ¡Una pregunta muy difícil, desde luego!

—Prácticamente incontestable, me atrevería a decir —replicó Hunter—. Tiene que haber alguna manera de poder probar una mente sin cuerpo...

—Pero esa mente —argumentó Gradey— no sería carente de cuerpo. ¿Existiría si las hormigas que la componen perdieran la existencia?

—Estamos sumergiéndonos en aguas muy profundas, metafísicas —comentó Hunter—. Esta pregunta está relacionada también con la supervivencia de la personalidad humana después de la muerte. Si observas un cuerpo humano, no como entidad compacta individual, sino como una colonia de células altamente especializadas, entonces, si nuestra inteligencia, si nuestra conciencia, si nuestro talento, es precisamente la gran conciencia de este enorme grupo de células, debe haber la posibilidad de que cuando las células cesan de vivir, la conciencia, automáticamente se va con ellas.

—Podemos poner un ejemplo, una alegoría —dijo Gradey—. Pongamos una bombilla eléctrica, de cristal y metal. La corriente pasa a través de ella y la bombilla se enciende. Ahora, bien, la bombilla es una cosa de cristal y metal pero la luz no. La luz emerge tanto como forma de energía, como resultado de la existencia del cristal y del

metal.

—¿Cómo? —comentó Hunter.

—Verás —dijo Gradey—. Si coges un martillo y rompes la bombilla en fragmentos, será imposible que exista la luz...

—¿Es así? —preguntó Hunter.

—Esto es lo que te estoy preguntando a ti —dijo Gradey.

Los dos hombres se miraron uno a otro a la luz de la luna. Hunter señaló de pronto una de las estrellas que brillaba en el firmamento.

—Cuando miramos a Alfa Centauri —dijo quedamente— vemos luz que ha estado viajando durante años. ¡Al mirar hacia allí mis ojos no ven a Alfa Centauri! Mis ojos reciben un rayo de luz, una partícula de onda, que ha estado viajando a través de miles de millones de millas durante mucho tiempo. La estrella puede haber dejado de existir hace tres o cuatro años, pero yo todavía percibiré su brillo porque la luz que emite está en existencia todavía, posiblemente esa luz permanecerá en existencia eternamente mientras viaja en tomo al universo, o a menos que tropiece con algo que la absorba.

—Esta es una teoría interesante —indicó Gradey—. Si una luz tropieza con algo y es absorbida, ¿qué le sucede? La energía no puede ser creada ni destruida, de la misma manera que la materia no puede ser creada ni destruida, si aceptamos la cosa en su forma Newtoniana más simple, lo cual creo que debemos hacer a fin de simplificar y esclarecer la discusión. La luz ha sido absorbida, ¿qué le sucede después de haber sido absorbida?, ¿sigue allí todavía o es destruida?

—Sí... es interesante... —Hunter movió la cabeza— no es destruida... es en cierto modo, transformada... Soy un hombre de medicina, pero me gusta también pensar como un científico; pero fundamentalmente soy un médico. No sé qué decir...

—Yo sé la abundancia de respuestas de los libros de texto, pero yo deseo una respuesta mejor que esas —dijo Gradey.

—Sí, muchas respuestas, muchas de las mejores respuestas de los libros de texto son algo inadecuadas desde el punto de vista filosófico. Sólo explican los términos inexplicables de inexplicabilidades todavía más complicadas. Lo cual nos hace retroceder, creo, puesto que estamos hablando del sujeto de inexplicabilidades, a nuestro problema inmediato.

—Debemos descubrir si estos pequeños individuos en su madriguera protectora han desarrollado alguna clase de telepatía, han descubierto alguna clase de conexión psíquica entre ellos... —dijo Hunter.

—Parecería perfectamente razonable —murmuró Gradey mientras

abría la puerta para entrar en la biblioteca. Cerraron la puerta una vez dentro. Hunter se dirigió hacia el mueble bar en un rincón de la habitación, y se sirvió un Bourbon.

—¿Quieres uno, Clem?

—Sí, creo que sí. Pero sírveme whisky, si no te importa.

—De acuerdo.

Gradey cogió el vaso y bebió paladeando la bebida.

—Sería más que factible que esos extraños pequeños de ocho años que están en el sótano hayan sido capaces de desarrollar una mente en serie, como la mente que hemos imaginado teóricamente para asemejarse a una colonia de hormigas —dijo Hunter.

—Si lo han hecho —replicó Gradey— ¿significaría que tal mente tendría cuatro veces la inteligencia de estos chiquillos?

—No es necesario —replicó Hunter— pero es posible.

—Sí —murmuró Gradey— es más bien tremendamente posible. ¡Haber creado un niño con una calificación de Inteligencia de unos 250 ó 300 puntos es bastante asombroso, pero si su calificación se va doblando, como las baterías en serie, entonces podemos ver muy fácilmente que hemos producido una mente en serie, con una calificación superior a 1.000 puntos! Eso no sería ya el hombre contra el superhombre, sino que sería contra 200 superhombres. Esa cosa con una calificación de 1.000, es... es...

—¿Como pensar en una bomba de megatones? —dijo Gradey.

—Sí, desde luego —convino Hunter—. Una bomba de megatones es una cosa singularmente tremenda y una calificación de inteligencia megatónica es una cosa aterradora... en cierto modo, parece aún peor que la violenta y destructiva energía de la bomba. Aquella es energía creadora mientras que ésta es simple energía destructora. Existe cierta estabilidad acerca de la creación que la hace todavía más aterradora que la destrucción.

Los dos hombres se miraron uno a otro. Gradey terminó su bebida y fue a dejar el vaso en el mueble bar.

—Si cogemos alguna clase de problema muy difícil y preguntamos a uno de los niños para resolver dicho problema aislándolo de los demás y luego damos el mismo problema a uno de los otros..., también aislándolo, podremos averiguar si uno de ellos puede resolverlo más de prisa que el otro...

—Comprendo lo que quieres decir —dijo Hunter— si les damos uno de esos rompecabezas chinos que son casi imposibles de resolver...; si se lo diéramos a Alfa, y el tiempo que empleara en resolverlo fuera... digamos quince segundos, tratándose de un

muchacho de su inteligencia, y luego se lo diéramos a otro que tardara sólo cinco segundos, significaría que Alfa había resuelto el problema o que lo había resuelto Ja mente en serie pasando uno u otro la solución a los otros tres telepáticamente...

—Sin embargo, esto no serviría para resolver el problema si se trata de simple telepatía o de si está en funcionamiento una mente en serie —dijo Gradey.

—No —convino Hunter— desde luego... pero por lo menos aclararíamos la cuestión de comunicación.

—¿Tienes alguno de esos rompecabezas en tu estudio, alguno que ellos no hayan visto? —preguntó Gradey.

—Sí —repuso Hunter.

—Estupendo, vamos a buscarlo —dijo Gradey.

—Lo que puedas hacer hoy no lo dejes para mañana —dijo Hunter.

Fueron al estudio; la caja que contenía varias pruebas de aquel tipo estaba en un cajón de la mesa. Hunter sacó uno y lo examinó cuidadosamente.

—¡Diantres! ¡¡Casi he olvidado cómo se hace! —dijo—. Es endiabladamente complicado.

Se trataba de una cajita que debía abrirse mediante un resorte. Les costó cerca de cinco minutos conseguir abrirla.

—Ponle un caramelo dentro —sugirió Gradey.

Hunter así lo hizo y cerró la caja.

—Por lo menos en este aspecto son casi como chiquillos normales —comentó— parece ser que les gustan los caramelos.

—Sí, por lo visto es uno de los pocos lazos que les unen con la normalidad —convino Gradey.

Los dos hombres bajaron al sótano. Los niños estaban ostensiblemente dormidos.

La vieja Maggie, de blancos cabellos, estaba sentada haciendo calceta mientras vigilaba a los niños que dormían al otro lado de la habitación.

—Buenas noches, Maggie —sonrió Hunter.

—Han regresado muy pronto, doctor —dijo Maggie sin levantar los ojos de la tarea que estaba realizando—. Creo que están dormidos, ¡benditos sean!

Hunter y Gradey anduvieron de puntillas entre las camas. Los niños con sus pieles extrañas, pálidas, casi traslúcidas, parecían que estuvieran durmiendo efectivamente, pero Gradey tuvo la sensación de que cierta forma profundamente poderosa de actividad mental podía estar actuando. Era como la sombra de un presentimiento, pues

parecía que la habitación estaba demasiado quieta, como si algún poder estuviera pasando de una mente a otra. En cierto modo, Gradey se sentía como si estuviera de pie en el centro de un cerebro psíquico enorme. En una sensación terrible...

Parecía como si le rodeara por todas partes; parecía como si estuviera creciendo mientras él permanecía de pie allí en medio. De pronto sintió miedo de aquellos extraños chiquillos, de aquellos Pensadores en primer lugar, de los Protegidos. Allí había una Humanidad con todas sus neuronas intactas; una humanidad joven, poderosamente brillante; no se le había llegado a ocurrir que unos niños crecidos en aquellas circunstancias pudieran haber sido capaces de producir una mente en serie. No se le había llegado a ocurrir que una mente humana, protegida por la radiación a un alto grado, hubiera enlazado aparentemente con otras mentes para formar una nueva clase de organismo mental. No era la fenomenal inteligencia de ninguno de los niños, individualmente, lo que asustaba a Rick Hunter, era aquel algo etéreo, amorfo, sutil.

Aquel algo era humano y, sin embargo, no lo era. Aquel algo era extrañamente macabro, angustioso, inquietante, atormentador, aterrorizante. Sin embargo, él era un científico, y los científicos no se asustan de sus propios experimentos. Este era un experimento controlado, se recordó, y los experimentos controlados pueden ser detenidos. Podía parecer brutal, podía parecer inhumano, ¿pero sería más cruel o inhumano que lo que ya habían hecho?

Habían cogido a cuatro niños perfectamente normales, corrientes, desamparados; aquellos cuatro niños habían sido transformados en gigantes extraños. Cerebros mucho mejores que los de cualquier adulto colocados en los curiosamente pálidos, traslúcidos y pequeños cuerpecitos de ocho años. Rick Hunter no pudo evitar un estremecimiento al contemplar la hilera de niños-cosas que él y Gradey habían creado. No se sentía ya feliz de su creación.

Gradey se acercó a la primera cama, donde se hallaba Alfa, tocándole suavemente en el hombro.

—¿Estás despierto, Alfa? —dijo suavemente. El muchacho abrió los ojos. Los abrió con mucha presteza, los abrió muy rápidamente, y tanto Hunter como Gradey comprendieron que sus sospechas se confirmaban. Los niños estaban estimulando el sueño, como si estuvieran haciendo descansar a sus cuerpos a fin de concentrar su energía mental para algún extraño propósito que estaba más allá de la comprensión de los dos hombres—. Desearía que vinieras a ayudarme a realizar un pequeño experimento, Alfa. ¿Querrás hacerlo?

—¿Dónde? —preguntó Alfa.

—En la otra habitación, al extremo del sótano.

—De acuerdo —repuso el muchacho, levantándose y siguiendo a Gradey hasta la habitación situada al extremo del sótano, protegida también como las demás.

Había una mesa y una silla en la habitación. Gradey hizo un gesto al muchacho para que se sentara. Una vez se hubo sentado, Clem cerró la puerta.

Un cambio sutil apareció en el rostro del muchacho, como si se sintiera ligeramente sospechoso, pero no duró más que un instante, volviendo entonces el rostro, ingeniosamente, en dirección a Gradey. Pero Gradey no se había librado de su sospecha.

—¿Has visto alguna vez esta caja?

—No, no lo creo. He visto varias parecidas. ¿Es una caja con resorte, verdad?

—Eso es, —convino Gradey.

—¿Quiere que pruebe si puedo abrirla? —preguntó Alfa.

—Sí, por favor.

El muchacho cogió la cajita, dándole una vuelta en sus manos, acercándola al oído y mirándola con atención.

—Hay algo dentro —señaló—. Suena como si se tratara de un caramelo.

—Eso es, en efecto. Será para ti si consigues abrirla.

—¡Oh!, estupendo —replicó Alfa.

Había algo terriblemente desconcertante en aquellos chiquillos, pensó Gradey. Observaba al muchacho mientras daba la vuelta a la caja así y asá, examinándola desde todos los ángulos, Gradey miró atentamente su reloj. Hasta entonces el muchacho llevaba diez segundos examinando la caja... catorce... dieciséis... y a los diecisiete pudo abrirla.

—Aquí está —dijo Alfa, cogiendo el caramelo.

—Gracias —Gradey cogió la caja.

Cogió un caramelo de los que llevaba en su bolsillo y lo puso dentro de la caja, volviendo a cerrarla. —Desearía que esperaras en la habitación contigua, antes de regresar a la tuya. ¿Te importa? —dijo señalándole la puerta que comunicaba con la habitación inmediata.

—De acuerdo —dijo Alfa, marchándose hacia aquélla.

—Cierra la puerta detrás de ti, por favor.

Alfa entró en la otra habitación cerrando la puerta obedientemente detrás suyo.

Hunter hizo pasar a Beta, que se sentó mirando expectante a

Gradey.

Este le tendió la cajita cerrada.

—¿Has visto antes esta cajita? —preguntó.

—He visto una parecida —replicó Beta.

—Desearía que intentaras abrirla, por favor —dijo Gradey—. Si lo consigues, puedes quedarte con lo que haya dentro.

Beta la hizo mover, escuchando el ruido que producía, con atención.

—Creo que es un caramelo —dijo.

—Sí, es un caramelo.

—¡Estupendo! —dijo Beta.

La similitud de la reacción de los dos muchachos no pasó desapercibida para Gradey.

Sin apenas mirar la cajita, Beta oprimió el resorte que dejó la cajita abierta, cogiendo el caramelo que había en su interior y entregando la cajita vacía a Gradey. El rostro de éste no mostró expresión alguna, pero su mano temblaba ligeramente al darse cuenta de que aquel chiquillo había invertido únicamente «tres segundos» para abrir la caja...

—Desearía que pasaras a la habitación contigua, junto con Alfa, por favor.

Gradey le indicó la puerta por la que se había ido el primer muchacho. Beta siguió la dirección de su mirada, movió la cabeza afirmativamente y se fue. Cerró la puerta tras él.

Entró la primera de las muchachas. Gamma se sentó mirando a Gradey con grandes ojos, redondos, inteligentes. Había algo terriblemente serio en aquellos niños. Miraban con ojos de adultos, que brillaban desde sus rostros pálidos. Gradey pensaba con dificultad, se sentía extrañamente desconcertado, casi asustado, por la presencia de los chiquillos. Aquella peculiar muchachita con sus sombreados ojos le hacía sentirse incómodo, casi enfermo. Le tendió la caja que había vuelto a cerrar antes de que ella entrara. La muchacha la cogió, mirándole primero a él y luego a la caja. La hizo mover un poco.

—Hay un caramelo dentro —dijo.

—Sí —convino Gradey, casi resignadamente—. Será para ti si consigues abrir la caja.

—¡Estupendo! —dijo la muchacha.

Tardó exactamente tres segundos en abrir aquel complicado mecanismo. Le tendió la caja mientras empezaba a desenvolver el caramelo.

—Ye a reunirte con los otros dos —dijo Gradey.

Gamma fue hacia la habitación donde estaban los dos muchachos.

Entró Delta. Gradey repitió la operación una vez más. Delta abrió la caja también en tres segundos.

Gradey tuvo de pronto una idea, una idea para efectuar una segunda prueba. Llamó de nuevo a los chiquillos en orden inverso haciéndoles realizar una complicada y larguísima multiplicación. Ofreció un caramelo como premio. El problema debía ser hecho mentalmente. A un experto matemático le hubiera costado unos cinco o seis minutos el realizarlo. Aun así, hubiera necesitado la ayuda del papel y lápiz, o de la pizarra, donde hacer sus cálculos. Delta realizó el problema mentalmente con veintisiete segundos. Gradey no había tenido todavía la comprobación, por lo que entregó el caramelo a la muchacha sonriéndole, como queriendo indicarle que era correcto.

Gamma, en cambio, resolvió el problema escribiendo directamente en un papel la solución, y los dos muchachos hicieron igual. Aparentemente, la telepatía o el contacto de la mente en serie, fuera lo que fuese, funcionaba de igual manera aunque el sujeto del experimento cambiara. Gradey planteó dos problemas matemáticos similares, comenzando primero con Gamma y luego con Beta. Había realizado, pues, cuatro experimentos diferentes empezando cada vez con uno de los cuatro chiquillos. Había cambiado también el orden en que iban entrando en la habitación para resolver los casos. En cada ocasión los resultados fueron los mismos. El primer niño tardaba un poco más de tiempo que los demás.

Gradey cogió la libreta de apuntes y guardó la cajita en su bolsillo.

—Muy bien, niños —dijo— volved a la cama.

Obedientemente se alejaron, metiéndose de nuevo en sus respectivas camas. Gradey y Hunter subieron a su estudio. Maggie Richmond seguía haciendo calceta.

—¿Crees que esto nos da alguna indicación en un sentido u otro? —preguntó Hunter.

—No estoy muy seguro —respondió Gradey—. Puede que sí, puede que no.

—Según mi parecer —expuso Hunter— esto tendería a indicar una telepatía normal, es decir, si es que la telepatía puede ser descrita alguna vez como normal —añadió pensativamente.

—Sigue —rogó Gradey.

—Lo que quiero decir es —dijo Hunter— que el primer niño tardó diríamos unos veinticinco segundos en resolver un problema. Los otros tres están una décima parte de tiempo. Lo que hacen en realidad es escribir la respuesta o abrir la caja, según sea el caso.

—Cierto —convino Gradey.

—No tienen que hacer ninguna clase de averiguación o de cálculo por su parte. Es sólo el primero quien, aparentemente, lo hace, y por consiguiente, me atrevería a sugerir que es el primer niño quien realiza el trabajo pasando entonces la solución a los demás.

—Existe otra explicación posible —dijo Gradey—. Esto no nos ha servido para resolver el problema. Tendremos que idear alguna otra prueba, alguna otra clase de experimento. Podría ser, y es muy posible que así sea, como tú has sugerido, que el primer niño halle la solución y deliberadamente la transmita, o bien que las mentes de los otros pequeños sean capaces de leer en la suya, pero puede haber también la alternativa de que aunque sólo sea un niño el que observe el problema, la mente en serie, que es una combinación de las inteligencias de los cuatro niños trabaje unificada, resolviendo el problema, y como los niños, los cuatro, forman parte de ella, como los cuatro están en contacto con ella, la mente en serie puede proporcionarles la solución inmediata a cada uno de ellos.

—Sí, es posible —dijo Hunter—. La mente en serie tardó unos veinticinco segundos en resolverlo. ¿Cuánto tardamos nosotros en abrir la cajita a pesar de haberla visto antes?

—Cerca de cinco o seis minutos —respondió Gradey.

—Hmmm. —Hunter parecía pensativo.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Gradey.

—En esta base de factor tiempo —dijo Hunter— aunque sea aproximado. Digamos que cada uno de esos chiquillos posee una calificación de Inteligencia de 250…

—Sí…, quizás mayor… tal vez considerablemente mayor —indicó su colega.

Durante unos instantes reinó un profundo silencio, luego Gradey dijo:

—Si cada niño, individualmente, posee una calificación de 250 eso daría una mente en serie de unos 1 000 aproximadamente… que viene a ser lo que habíamos dicho antes.

—Bien, si tú y yo hemos tardado cinco minutos y nuestras calificaciones oscilan entre ciento veinte y ciento cuarenta, entonces la calificación de 1 000 seria aproximadamente siete veces mayores que la nuestra, pero si la calificación de cada niño no fuera de 250, sino de 500, la calificación de la mente en serie sería entonces de 2 000. Nuestros «tests» no pueden mostramos cuán altas son esas calificaciones. Salen de la escala, y una vez más allá de la escala no sabemos cuán alto van.

—Cierto —convino Gradey. De nuevo se contemplaron uno al otro pensativamente, en silencio—. Ahora —prosiguió Gradey—, si nosotros tardamos cinco minutos y para mejor cálculo decimos que ellos tardan veinte segundos, entonces descubriremos que están más allá de nuestras comprobaciones... —hizo una pausa mientras pensaba —. ¡Palabra! desearía poder hacer cálculos mentales a la misma velocidad que ellos. Veamos si nosotros tardamos un minuto y ellos tardan veinte segundos, ello significaría que van tres veces más de prisa que nosotros. Nosotros tardamos cerca de cinco minutos mientras que ellos estuvieron veinte segundos, lo cual significa que ellos trabajan quince veces más de prisa que nosotros. Lo cual significa que la inteligencia que ellos poseen es, hablando claro, quince veces mayor que la nuestra. Ahora bien, si tenemos en cuenta que nuestras calificaciones de Inteligencia son aproximadamente de 140, ello significaría que la de ellos, sería por lo menos de 2 000. Ahora bien, aunque demos por sentado que uno de estos chiquillos posee una calificación de 300, 400 ó 500, una calificación de 20 000 sería algo inconcebible.

—Sí, estoy de acuerdo contigo —dijo Hunter.

Jugaba con la cajita. Gradey tamborileaba con las puntas de los dedos sobre la mesa. Hunter cogió un caramelo del cajón, lo desenvolvió y arrojó el papel a la papelera, mientras meditaba.

—El factor tiempo, pues, tendería a indicar que una vez uno de los niños hubiera observado un problema, sería la mente en serie quien resolviera el trabajo, y como todos estarían en contacto con ella, tan pronto la mente en serie tuviera la solución todos los chiquillos la sabrían.

—Si es así —dijo Gradey—, cada chiquillo posee una calificación que excede de los 1 000, Esto significaría en efecto que si nosotros lo consideramos simbólica, o alegóricamente, por unos minutos, cada niño es casi como un computador operador. Si pensamos en un computador enorme, invisible, psíquico con una calificación..., si es que puede decirse que un computador posea una calificación de inteligencia, superior a los 1 000, posiblemente mucho más elevada...

—Y no olvides que sigue creciendo —señaló su colega.

—Y sigue creciendo, sí —repitió Gradey—. Este computador les sirve cuando ellos quieren. Cada niño es un operador. Cuando se les plantea un problema se limitan a pasar todos los datos a esta mente en grupo y ésta les pasa a su vez la solución.

—En realidad no es tan difícil de comprender —dijo Gradey— si pensamos en ello como si fuera un computador compuesto en cuatro

secciones conectadas juntas. Si cada banco de células del computador está equipado con un registrador y un aparato de entrada, entonces todo cuanto fuera recibido por uno de los cuatro paneles del computador, sería «conocido» para todo el computador. Los cuatro bancos de células electrónicas trabajarían conjuntamente hasta hallar la respuesta, que sería transmitida, presumiblemente al banco de células que hubiera hecho la pregunta. Podría ser transmitida igualmente a cualquiera de los otros, sabiendo que todos están al corriente de dicha pregunta.

—Se me ha ocurrido otro experimento —dijo Hunter—, ¿qué sucedería si preguntáramos algo a un chiquillo y esperáramos la respuesta de otro?

—¡Diantres! —exclamó Gradey— eso es interesante. Muy, muy interesante. Creo que tendría que ser algo que les pillara completamente desprevenidos… Tendría que ser muy serio…

—¿Qué quieres decir? —preguntó Gradey.

—Creo que antes o después van a darse cuenta de que cuanta menos información nos den, más seguros estarán.

—¿Seguros? —preguntó Gradey.

—Bueno, son lo suficientemente inteligentes para saber por lo que han leído, oído, visto acerca de la raza, y por lo que hayan podido pescar de nosotros, que el «homo sapiens» no es en modo alguno perfecto, y que entre sus costumbres está el comportamiento con algo que no comprende, en caso de que se vuelva peligroso. Si tú piensas que una cosa es una amenaza en potencia, entonces tú procuraréis deshacerte de ello antes de que se convierta en dicha amenaza. Un ejemplo clásico lo tienes en el Faraón de los israelitas. Temía su pujante poder y temía que llegaran a ser más fuertes que él, por lo cual ordenó apresarles y matar a todos los niños varones tan pronto nacieran…

—Sí, ya entiendo lo que quieres decir —respondió Gradey—, tenemos que intentar ponerlo a la práctica, salir del campo teórico para ponerlo en el práctico.

Permanecieron unos minutos sentados en silencio.

—Tendríamos que buscar alguna situación donde uno de ellos se encontrara en peligro. Entonces podríamos pedir la solución a otro.

—No sé, no creo que eso nos sirviera —dijo Gradey—, no lo creo.

—Veamos esto —dijo Hunter súbitamente—, esto es precisamente el desarrollo de lo que hemos estado pensando, porque si formulamos la pregunta a uno y esperamos la contestación de otro, podría tratarse todavía de telepatía. Pero, ¿y si le damos la mitad de los datos a uno y

la mitad al otro, preguntando la respuesta a un tercero? Tendríamos que encontrar una pregunta en la que todos los datos convengan adecuadamente. Sí, me parece que ya lo tengo... —dijo Hunter, medio para Gradey, medio para sí mismo—. Pongamos una cosa relativamente sencilla, un triángulo por ejemplo. Si le damos a cada chiquillo un lado, y entonces pedimos al cuarto, al que todavía no se le ha dado ningún lado, que dibuje el triángulo... Sí sí, definitivamente...

CAPITULO VIII
LA PRUEBA DEL TRIANGULO

Hunter y Gradey bajaron de nuevo al sótano. Dieron algunos minutos de tiempo a los niños para despertarse, pues por lo visto esta vez dormían de verdad, y luego llevaron a cada uno de ellos a una habitación separada, debidamente protegida, anexas al sótano.

Dieron un lado del triángulo, es decir su medida lineal de 7 centímetros a Alfa. Otra medida lineal de nueve centímetros a Beta, y otra de once centímetros a la muchacha Gamma, mientras que el problema de dibujar el triángulo corrió a cargo de la muchacha Delta. Esta cogió un pedazo de papel y dibujó un triángulo cuyos lados medían siete, nueve y once centímetros respectivamente.

—Esto lo demuestra —dijo Gradey.

Hunter parecía deprimido.

—No, no lo demuestra —dijo—. ¿Qué clase de idiota soy?

—¿Qué pasa? —preguntó Gradey.

—Manda a los chicos a la cama y ven conmigo, te lo demostraré.

Gradey abrió las puertas de las habitaciones y mandó a los chiquillos a la cama.

Tuvo la sensación de que le miraban de una forma más bien extraña.

—Mira —dijo Rick Hunter—. No hemos seguido esta cosa a través de su conclusión lógica. No creo que haya manera de probarlo en un caso u otro.

—Explícate —dijo Gradey.

—Cada niño ha recibido una medida que no ha sido vista por ninguno de los otros tres, pero nosotros no sabemos todavía si se pasan la información telepáticamente, o si la información está en contacto con esa mente en serie, acerca de la cual hemos estado hablando. Volviendo a la alegoría del computador, ¿cada niño ha pasado telepáticamente su información a los otros tres, de modo que el cuarto pudiera resolver el problema, o bien toda la información dada ha sido simplemente absorbida por la mente central de su computador mental y vertida al cuarto niño, a quien hemos preguntado?

—¿Significaría esto que la telepatía es una función voluntaria y que la operación de la mente en serie es una función involuntaria? —dijo Gradey.

—¿Cómo...? —preguntó Hunter.

—Verás, volvamos a un problema similar al de la cajita. Podemos

encontrar alguna otra cajita en el armario, todavía quedan algunas que ellos no han visto.

Hunter movió la cabeza.

—Creo que empiezo a comprender lo que pretendes —dijo—. Si damos a cada niño una cajita de esas, idénticas, y ofrecemos un caramelo al primero que la abra, entonces habrá competición. Voluntariamente no se pasarán la información de unos a otros.

—Sí, eso es —dijo Hunter.

—Desde luego —dijo Gradey—, podríamos establecer un sistema de castigos al propio tiempo que establecíamos los premios. Podríamos decirles que el primero tendría un caramelo mientras que el último se quedaría sin cenar o sin desayuno.

—Sí —convino Hunter pensativamente—, eso parece tener cierto sentido.

—Entonces, si damos por sentado que es telepatía voluntaria, ¿no trabajarán juntos? Si les dieras la misma clase de problema individualmente, veríamos qué sucede... —Se acercó a un armario situado a un lado de la habitación—. Mira, aquí tengo unas cuantas cajitas del mismo tipo. No son tan complicadas...

Maggie pareció algo sorprendida al verles despertar otra vez a los niños, pero no dijo nada, pues había llegado a aquella edad en que lo que necesitaba era una vida de tranquila pasividad y por esto aceptaba lo que pasaba a su alrededor con estoica fortaleza.

Los niños cambiaron inteligentes miradas entre sí mientras se levantaban y los doctores hubieran dado mucho por saber lo que pasaba en el interior de aquellas cabecitas, o, tal vez, dentro de una gran mente, si es que existía.

Los niños fueron dispuestos otra vez en habitaciones separadas, Hunter y Gradey les explicaron cuidadosamente que el primero que abriera 1a, cajita conseguiría una bolsa de caramelos, mientras que el último se quedaría sin desayuno por la mañana. Los doctores se explicaron hasta que estuvieron seguros de que habían conseguido inculcar el espíritu de competición entre los pequeños.

Cada uno de ellos estuvo exactamente once segundos para abrir la cajita, sin la más mínima fracción de segundo de diferencia entre ellos.

—¿Qué prueba esto? —preguntó Gradey—. ¿Hemos de darles una bolsa de caramelos a todos o les dejamos a todos sin desayuno?

—No lo sé —repuso Hunter—. ¿Qué prueba?

—Puede probar una de estas tres cosas: A) que no competían, en realidad —dijo Gradey.

—De acuerdo —murmuró Hunter.

—B) —prosiguió Gradey— que estuvieran compitiendo y que todos fueran iguales en capacidad hasta la más mínima fracción de segundo, cosa que no creo.

—Ni yo —replicó Hunter.

—C) —sugirió Gradey—, que la mente en serie trabaja lo mismo si ellos lo desean como si no lo desean, y todos ellos absorben los datos que son pasados inadvertidamente a la mente en serie, que a su vez les remite las soluciones a todos ellos.

—¿Crees que ellos están enterados de la existencia de la mente en serie, o bien crees que creció con ellos y en ellos? ¿Crees que la emplean de la misma manera que nosotros usamos la memoria, sin estar debidamente conscientes de que lo hacemos? No es un ejemplo muy bueno —dijo, tratando desesperadamente de encontrar uno mejor.

—Ya sé qué podríamos hacer —sugirió Gradey bajando la voz—. Si se trata de telepatía, posiblemente podríamos darles un mensaje telepático o recibirlo de ellos. Pero si es una mente en serie no creo que podamos hacer nada de eso. Es algo que ha nacido y crecido con ellos, como resultado de haber estado protegidos contra la destrucción de neuronas por la radioactividad.

—Por otro lado —dijo Hunter— la telepatía puede ser un trabajo accesorio de la mente en serie, no de una mente individual, sino de la mente en serie que estaría en contacto con cualquiera de sus mentes...

—Sí —respondió Gradey—. No aclaramos nada. No nos prueba ni una cosa ni la otra. Creía que esto nos hubiera servido de algo...

—Creo que viene a ser como la vieja cuestión filosófica sobre si existe o no el libre albedrío —dijo Hunter—. Es una de esas cosas imposibles de probar, porque las funciones de la mente en serie, o las funciones de la telepatía, aparentemente duplican una a la otra. Podríamos probarlo si conociéramos la calificación de inteligencia de un chiquillo, ¿pero cómo podemos obtener tal calificación? Todo lo que podemos probar es que la mente en serie está en contacto... con él... si es que hay una mente en serie.

—¡Demonios! —exclamó Gradey.

—¡Espera un minuto! —dijo Hunter, con los ojos súbitamente abiertos— aquí estamos los dos devanándonos los sesos cuando tenemos a nuestra disposición al grupo más brillante de chiquillos. ¡Vayamos a preguntarles a ellos!

—¿Y cuál crees que será su reacción? —dijo Gradey—. Creo que es jugar con dinamita.

—Sin embargo, opino que vale la pena correr el riesgo —respondió Hunter—. Vayamos a preguntarles.

—Estoy en un mar de confusiones —dijo Gradey—. Estoy confundido. ¿Qué sucederá si esa mente en serie, en caso de existir, se da cuenta de que estamos experimentando con ella?

¿Y si se dan cuenta de que el experimento puede ser peligroso?

—Hmmm —dijo Hunter— eso es un punto...

—Sí, un punto importante... —convino Gradey—. ¡Muy importante!

—Sin embargo, sigo creyendo que debemos seguir adelante —murmuró Hunter.

Gradey suspiró profundamente.

—No me gusta —murmuró—. No me gusta ni un ápice.

—Bien, ¿puedes encontrar una solución mejor? —le preguntó Hunter—. Vamos a plantearles el problema de esta manera: ¿existe alguna manera para poder distinguir entre una mente en serie y la actividad telepática de loe individuos?

—Me gustaría saber si habremos llegado al punto en que tendremos que entregarles toda nuestra confianza y contarles la verdad acerca de ellos mismos —dijo Gradey.

—¿Quieres decir ponernos a su merced?

—Eso me temo —dijo Gradey— si queremos aprender algo más de ellos necesitaremos su ayuda.

—Hmmm, eso no me gusta demasiado, créelo.

—Ni a mí tampoco, por supuesto —admitió Gradey.

Hubo un largo y profundo silencio.

—La indicación más cercana que hemos tenido es esa influencia teleológica.

—Te refieres al tiempo que tardamos en resolver el problema y el tiempo que tardaron ellos. Nosotros actuamos con nuestra calificación de inteligencia y ellos con la suya. Suponíamos que si ellos tardaron 20 segundos y nosotros tardamos cinco minutos, ellos deberían emplear un cerebro combinado de 1 500 puntos, tal vez más, quizás 2 000 y nosotros dijimos que no es posible que un individuo posea una calificación de 2 000. ¿Pero es imposible? Verás, nuestro argumento se basa en un precepto que puede ser incorrecto y cualquier argumento que se base en un precepto falso debe automáticamente volverse falso.

—Sí, es cierto —dijo Gradey. Suspiró resignadamente—. Creo que tu solución es la única posible. Pero, desde luego, es posible que ni siquiera ellos puedan responder a nuestra pregunta.

Hunter hizo sentar a los cuatro niños en el borde de la cama de

Alfa. El y Gradey se sentaron en la de Beta, de frente a los pequeños.

—Niños —dijo Gradey—, tenemos un problema. Esta vez no se trata de un problema; es un problema real. Deseamos que nos ayudéis a resolverlo.

—¿Qué quieren saber? —preguntó Beta.

—Vosotros sois unos niños especiales —dijo Hunter—. Habéis visto imágenes del mundo corriente, y habéis escuchado sonidos del mismo, grabados. Habéis presenciado imágenes en tres dimensiones. Os hemos comprado todos los modelos y ejemplares. Habéis sido tan bien educados como ha sido posible, pero este pequeño mundo en el que vivís, este mundo aislado, está protegido por una razón especial.

—Sí, para proteger nuestras mentes de la radioactividad del exterior, ¿no es cierto? —dijo Alfa.

—¿Lo habéis descubierto ya por vosotros mismos?

—¡Oh!, sí. Hace años.

—¿Hace años? —repitió Hunter.

—Sí, ¿no lo sabían? —preguntó Alfa.

—No —respondió Gradey—, no lo sabíamos... precisamente ahora íbamos a decíroslo. ¿Sabéis, pues, que el cerebro humano contiene un enorme número de neuronas y que un gran número de las mismas son destruidas diariamente por la radiación? ¿y que os pusimos aquí para que vuestros cerebros fueran perfectos?

—Sí, sí, ya lo sabemos. Comprendimos que esto era la base del experimento —respondió el muchacho.

—¿Os creéis hermanos y hermanas?

—Sabemos que no lo somos —dijo Alfa.

—¿Cómo lo sabéis?

—Porque hay diferencias genéticas... ¡está claro! La pigmentación...

—Hermanos y hermanas pueden con frecuencia tener diferente pigmentación, todo depende de la manera en que se hayan unido los genes y los cromosomas —indicó Hunter.

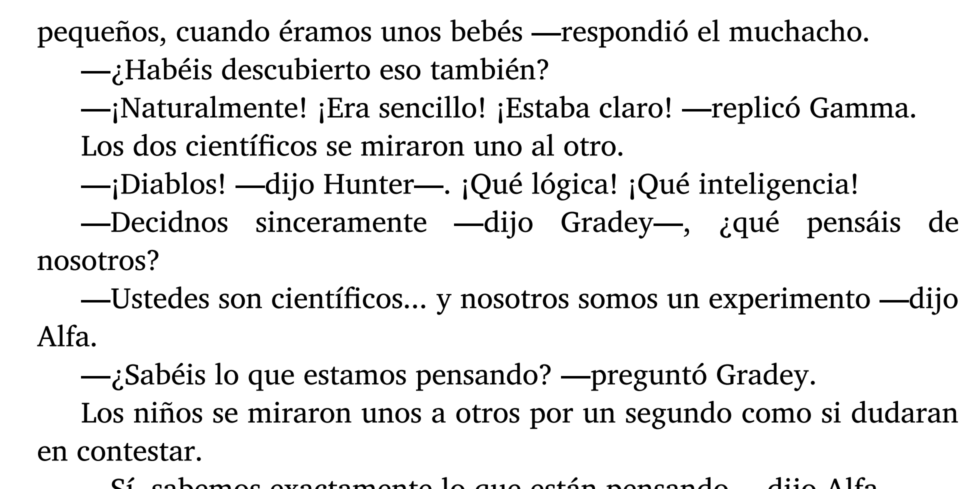
—Sí, claro, pero hay diferencias y diferencias, si comprende lo que quiero decir —dijo Alfa.

—¿Quieres decir que tenéis un conocimiento suficientemente avanzado sobre la genética para ser capaces de decir por simple rasgo físico, si existen o no relación sanguínea?

—¡Oh, sí, naturalmente! —respondió Beta—. ¿No sabían que nosotros sabíamos eso?

—¿Cómo explicáis vuestra estancia aquí, pues?

—Fuimos raptados, sin lugar a dudas, cuando éramos muy



pequeños, cuando éramos unos bebés —respondió el muchacho.

—¿Habéis descubierto eso también?

—¡Naturalmente! ¡Era sencillo! ¡Estaba claro! —replicó Gamma.

Los dos científicos se miraron uno al otro.

—¡Diablos! —dijo Hunter—. ¡Qué lógica! ¡Qué inteligencia!

—Decidnos sinceramente —dijo Gradey—, ¿qué pensáis de nosotros?

—Ustedes son científicos… y nosotros somos un experimento —dijo Alfa.

—¿Sabéis lo que estamos pensando? —preguntó Gradey.

Los niños se miraron unos a otros por un segundo como si dudaran en contestar.

—Sí, sabemos exactamente lo que están pensando —dijo Alfa.

—¿Sabéis pues, que a veces hemos tenido miedo de vosotros, y que nos hemos preguntado si deberíamos o no destruiros?

—Sí, hemos visto estos pensamientos cruzar por sus mentes —dijo Alfa.

—¿Y no os habéis asustado por tales pensamientos?

—Nosotros no les permitiríamos que nos destruyeran —indicó Delta.

—Pero vosotros sois sólo unos niños, físicamente; podéis poseer unas mentes extraordinarias pero sois más débiles que nosotros, aun cuando nosotros no seamos ya jóvenes —dijo Gradey.

—Por lo visto no saben exactamente el alcance de nuestros poderes mentales —dijo Alfa.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Gradey.

—Quiero decir —repitió el muchacho— que nuestros poderes mentales exceden en mucho a sus poderes físicos.

—¡No puedo creerlo! —dijo Hunter.

—Hace poco estaban ustedes pensando en la posibilidad de que nosotros pudiéramos hacer uso de la teleportación y de la telequinesis…» pues bien, podemos hacerlo.

—¡NO! —murmuró Gradey.

—Absolutamente cierto —replicó Gamma.

Hunter se encontró de pronto a seis pies de altura, flotando en el aire, tocando casi el techo.

—¡Dios mío! —murmuró.

Gradey estaba mirándole sin poder articular la palabra, y en seguida, se encontró, él también flotando cerca del techo.

Los dos científicos se encontraron pues, flotando en el aire. Entonces poco a poco dando una voltereta cayeron, como si fueran


plumas, volviendo a quedar sentados en el borde de la cama de Beta.

—¿Comprenden por qué no tenemos miedo? —preguntó Alfa.

—Sí —dijo Gradey fervorosamente.

—¿Comprenden también porqué no tenemos miedo de que intenten nada contra nosotros aunque fuera inesperadamente? Conocemos exactamente lo que están pensando en cada segundo.

—¿Incluso cuando no estamos aquí?

—Incluso entonces —replicó Gamma.

—Sabemos lo que piensan cuando están comprando en Londres comida o ropas bajo nombres supuestos para que nadie pueda saber que estamos aquí.

—¿Pero no podéis ver con vuestros ojos y oír con vuestros oídos, verdad que no? —preguntó Hunter en voz baja.

—No, pero podemos, si así lo deseamos, recoger todos sus pensamientos, que nos dan una idea ciertamente lógica de dónde se encuentran y de lo que están haciendo en cada momento —dijo Delta.

Los dos científicos se miraron uno al otro.

—Me siento como si fuera el barón Frankenstein —dijo Rick Hunter.

—Lo mismo que yo —dijo Gradey.

—Creíamos que los teníamos bajo nuestro control —señaló Hunter —. Creíamos que podríamos detener el experimento si llegaba un momento en que eso fuera necesario. —Miró a Alfa acusadoramente.

—¡Habéis estado jugando con nosotros durante meses!

—¡Hemos estado jugando con ustedes desde hace años! —indicó Beta—. No nos atrevíamos todavía a darles a conocer cuán realmente poderosas son nuestras inteligencias.

—¿Quieres decir que dabais vuestras respuestas cuidadosamente juzgadas a todas las pruebas que os hemos hecho?

—¡Sí!

—Entonces nuestro experimento ha sido un éxito, mil veces más satisfactorio de lo que nosotros creíamos. ¿Por qué no os hemos parecido superfluos, pues? —preguntó Gradey.

—¡Oh!, porque no lo son —dijo Alfa—. Son extraordinariamente valiosos.

—¿En qué sentido? —preguntó Hunter.

—Seguramente, aún a pesar de su capacidad intelectual limitada —dijo Beta— podrán adivinarlo.

—Sí —dijo Hunter—, creo que sí. Vuestra inteligencia depende de estar aislados de la radiación destructiva de neuronas. Si no tuvierais quien se ocupara de vosotros, de complacer vuestras necesidades y

vuestros deseos, tendríais que salir a buscar lo que precisarais vosotros mismos.

—Eso es —replicó Beta—. No sería completamente imposible, pero temo que pronto nos descubrirían. No tenemos deseos de que nos descubran hasta que estemos preparados.

—¿Cuáles son vuestros planes? —preguntó Gradey.

—Nuestros planes —dijo el muchacho, sonriendo—. Puede que les parezcan muy extraños, pero son de largo tiempo. Ustedes mismos una vez pensaron en planes de largo tiempo.

—Sí, es cierto —convino Hunter—, pero no sé, de un modo u otro parecían demasiado largos. Tal vez de alguna manera perdíamos la perspectiva de la visión.

—No —dijo el muchacho—. Desearíamos hacer un trato con ustedes.

—¿Qué clase de trato? —preguntó Hunter.

—Necesitaremos asistencia por lo menos durante otros siete u ocho años, idealmente la necesitaríamos hasta que pareciéramos adultos normales, lo cual serían unos doce o trece años más, durante los cuales no desearíamos salir al mundo con los privilegios restringidos de menores.

—Esto tiene lógica —convino Gradey.

—Pero nosotros no podemos garantizar que vivamos tanto tiempo —recordó Hunter—, ni podemos garantizar que Maggie resista hasta entonces...

—Sentimos cierto afecto por la anciana mujer —dijo Alfa—, ella se ha convertido en lo que podríamos llamar «madre-sustituta» psicológicamente.

—¿Nos hemos convertido nosotros psicológicamente en «padres sustitutos»? —preguntó Hunter.

—No de la misma manera —dijo el muchacho—. Siempre ha habido una cierta actitud clínica en nuestras relaciones.

—Sí... creo que sí —dijo Hunter—. Nunca hemos pensado en vosotros como si hubierais sido hijos e hijas adoptivos; siempre os hemos mirado como objetos que debían ser estudiados.

—Esto, naturalmente, ha tenido algunos inconvenientes sociales, ha afectado nuestro desarrollo emocional hasta un cierto punto, aunque no seriamente. Desde hace años somos capaces de psicoanalizamos a nosotros mismos, rectificando cualquier anormalidad que pudiera haber.

—Este pacto —dijo Hunter—, ¿qué acarreará?

—Pues, según ustedes mismos han señalado, ustedes no se

encuentran ya en su plenitud física. A fin de sernos útiles deben, como es natural, estar vivos… físicamente.

—¿Es que hay alguna otra clase de vida? —preguntó Hunter.

—Sí, claro. La vida mental es mucho más importante que la vida física —explicó el muchacho—. La vida mental, espiritual o psíquica. Puede probar lógicamente que existe un elemento en la inteligencia —y no sólo en la inteligencia humana— que sobrevive a la destrucción de la parte física de la inteligencia, que ustedes llaman «muerte».

—Es interesante saberlo —dijo Hunter.

—De todas formas —dijo el niño—, no estamos aquí para discutir de problemas de supervivencia.

—No…, sigue con lo que estabas diciendo —dijo Gradey—. Ibas a hacer una especie de trato…

—El «trato» como usted gusta en llamarlo —dijo Alfa—, se basa en la suposición de que ustedes gozan de los procesos básicos psíquicos, biológicos y mentales que pueden quedar resumidos bajo el nombre de «Vida».

—Naturalmente que gozamos viviendo —dijo Gradey—. Creo que la mayoría de la humanidad se alegra de vivir…

—Si ustedes se alegran de vivir entonces no debe gustarles la muerte…, pero cuanto más vivan, más se acercan a la muerte —indicó Alfa.

—Es cierto —replicó Gradey. Hablaba muy sosegadamente.

—Bien, pues, si están ustedes de acuerdo en ayudamos en todo lo posible, nosotros prolongaremos para ustedes este proceso que ustedes llaman vida física.

—¿Cómo os proponéis hacerlo? —preguntó Gradey—. Ya sabéis que nosotros somos doctores.

—En primer lugar, deberán poner a nuestro alcance todos los periódicos y revistas de medicina científica. Necesitaremos trabajos sobre anatomía y medicina. Con esto en nuestro poder podremos desarrollar nuevas técnicas de medicina preventiva y curativa. Posteriormente, éstas podrán ponerse al alcance del mundo.

—Antes de acceder a ayudaros, ¿cómo sabremos que sois benignos, cómo sabremos que no sois malévolos, cómo sabremos que no seréis nocivos?

—Lo bueno y lo malo son dos conceptos muy difíciles de definir —dijo Alfa—, pero sé lo que quiere decir. Lo que está diciendo en realidad es si seremos una cosa buena o mala para la humanidad. En estos momentos nuestros datos son muy limitados, ustedes nos han dado mucho, y en cierto sentido, aunque nuestras relaciones hayan

sido más bien clínicas que paternales y filiales, no les aborrecemos ni mucho menos, a pesar de que ustedes se hayan preguntado hace poco si sería conveniente o no deshacerse de nosotros —dijo el muchacho sonriendo.

Gradey y Hunter cambiaron entre sí significativas miradas.

—Naturalmente, existe la posibilidad de que no crean lo que les estamos diciendo —dijo Gamma—. Pueden pensar que se trata de una especie de treta. Pero ustedes son hombres científicos, médicos. Están bien versados —como mentes normales— en el estudio de la psicología y psiquiatría. El temor a lo desconocido es instintivo. Es muy difícil de desarraigar. Antes de poder cooperar con nosotros deben librarse, en cuanto sea posible, de este temor a lo desconocido. Tiene sus raíces en lo más profundo de todo recuerdo. Hay un instinto mental innato de conservación que nos hace aferrarnos patéticamente a las cosas como son y temer las cosas como pueden ser, aun cuando nuestra lógica, inteligencia, razón y racionalidad nos señalen una ventaja.

De nuevo los dos científicos se miraron significativamente.

—¿Qué es lo que deseáis que hagamos a cambio de la extensión de vida? —dijo Gradey. Una idea cruzó repentinamente por su cabeza—. Has dicho que habéis descubierto lógicamente que hay una supervivencia para la inteligencia o espíritu después de la muerte física.

—Eso es —convino Alfa.

—¿Podrías descubrir también lógicamente —preguntó Gradey— con vuestra lógica vastamente superior, si existe o no Dios? ¿Si el universo está en las manos de una fuerza benigna, o si es tan sólo una mezcla de vagas probabilidades y accidentes cósmicos?

—Empleando palabras que les sean familiares —dijo Alfa— me limitaré a hacer el más adecuado servicio a la «Verdad Fundamental». Este es uno de los problemas más difíciles que hemos tenido. No es fácil de comprobar ni siquiera poseyendo una mente como la nuestra. Pero puedo asegurarles que existe un Dios, que hay un poder de inimaginable magnitud que sostiene no sólo el universo, sino incalculables universos.

—¿Y ese Poder es Inmortal?

—Este Poder está más allá del tiempo y del espacio —respondió Alfa.

—Comprendo el motivo de estas preguntas —indicó Beta— a fin de tratar de asegurarse intentando descubrir si somos lo que ustedes llaman «buenos» en lugar de «malos» al querer saber nuestros puntos

de vista acerca de la existencia o no existencia de Dios. Ustedes quieren saber si somos, perspectivamente hablando, espirituales o materiales.

—Esperaba que esto me sirviera de alguna indicación —confesó Gradey.

—Una buena pregunta —dijo Hunter, quedamente.

—Lamento no poder ser más específico en nuestras respuestas —dijo Beta—, pero hasta ahora, incluso después de 2 000 años de Cristiandad, su concepto de Dios es demasiado pequeño y limitado; todavía piensan antropomórficamente, antropopáticamente. Ustedes no se dan cuenta de que lo hacen así, pero puedo asegurarles que lo hacen.

—Sin duda alguna —dijo Hunter, dirigiéndose a los extraños niños — debéis daros cuenta desde nuestra posición que nos es extremadamente difícil confiar en vosotros. Tal vez podamos enderezar de nuevo nuestro pensamiento, pero no nos será fácil. Debéis concedemos un poco de tiempo.

—Lo comprendemos y apreciamos —dijo la niña Gamma.

—Podemos demostrarles —dijo Delta— nuestra buena fe hacia ustedes. Estamos seguros de que se convencerán de ello. Ustedes están convencidos de que tenemos poder para subyugar por completo sus voluntades, para hacerles creer cualquier cosa que queremos que crean, para hacerles hacer lo que queramos; y sin embargo, les demostraremos que a pesar de poseer tal poder no hacemos uso de él porque respetamos su libre albedrío. ¿Creerán pues haciendo tal demostración, que nuestros motivos son benignos y benévolos y no otra cosa? ¿Que no soñamos en términos de control planetario, ni conquistas del cosmos, ni cualquier otra de esas cosas que los malignos genios de las historias de ciencia ficción quieran hacer?

Hunter y Gradey se miraron uno a otro durante varios minutos, como si estuvieran pensando en lo que acababan de decirles.

—Si realmente podéis convencerme —dijo Hunter—, de que tenéis el poder de vencer, mediante pura fuerza mental, cualquier objeción o reserva que podamos tener, y sin embargo, por razones éticas no hacéis uso de ese poder, entonces estaremos convencidos.

—Muy bien —dijo Alfa— ahora les haremos creer fervientemente, vehemente y apasionadamente una serie de principios absolutamente ridículos. Les pediremos que escriban sus opiniones acerca de esas cosas, y luego, después de hacerlo, les libraremos de nuestra influencia que habrá sido la responsable de tales creencias. Entonces leerán lo que ustedes mismos habrán escrito de su puño y letra los más

increíbles galimatías, y ustedes recordarán que en el momento de escribirlo ustedes creían fervientemente en su absoluta veracidad y completa verdad.

—De acuerdo, si podéis hacerlo —replicó Gradey— creeremos que vuestras intenciones son tan honorables como pregonáis.

Los dos científicos provistos de papel y lápiz se enteraron súbitamente de una serie de hechos extraños, naturales que habían ignorado hasta entonces. El hecho de aquellos principios eran hasta ahora desconocidos les hizo sentir como si fuera una casi religiosa investigación para propagarlos... Sintieron de pronto unas ansias abrasadoras de escribir libros sobre aquel nuevo conocimiento, que era ahora tan fantásticamente simple y sencillo de acuerdo con lo que se conocía de ello. Y sin embargo..., y sin embargo... Primero debían tomar notas de los nuevos preceptos y conceptos.

Hunter y Gradey escribían afanosamente.

—La Luna —escribía Hunter— está compuesta de queso verde comestible; su reflexión en las aguas del mar debe, por consiguiente, ser altamente nutritiva, y si pudiera ser puesto mi las redes y disecado, sería posible ponerlo en pequeños envases de zinc y venderlo a los nativos de Laponia y Siberia.

Gradey estaba escribiendo un interesante y apasionado ensayo acerca de la teoría de la Tierra achatada y la necesidad de enviar misioneros a la región de Scheol, que sólo sería accesible si los gobiernos sudamericanos construían un ascensor en el interior del monte Popocatepetl...

Cuando hubieron terminado, los dos hombres sintieron como si hubieran estado nadando bajo el agua durante mucho rato y salieran de pronto a la superficie.

Los cuatro niños miraban a los científicos implacablemente.

—Antes de leer los papeles que han escrito —dijo Alfa—, ¿se dan cuenta de que mantenían ciertas creencias con mucha fuerza? ¿Apasionadamente?

—Sí, en efecto —replicó Hunter—. Creo que eran algunos preceptos científicos nuevos, pero los detalles reales se han borrado de mi mente.

—Y usted, Mr. Gradey —preguntó Gamma—. ¿Recuerda haber mantenido ciertas apasionadas creencias? ¿Estaría dispuesto a sacrificar su vida a causa de esas creencias?

—Desde luego —afirmó Gradey—. Estoy dispuesto si es necesario, a luchar por la verdad, como yo creo que es.

—¿Quieren leer ahora esa «verdad» por la qué estarían dispuestos

a cometer un suicidio? —preguntó Delta.

Hunter y Gradey leyeron lo que habían escrito. Cada uno reconoció su propia escritura y sabían que no había habido engaño ni se trataba de ninguna treta, ni había habido ninguna sustitución de papeles. Gradey se sintió ligeramente mareado al ver lo que había escrito. Hunter tenía el rostro ligeramente mareado al ver lo que había escrito. Hunter tenía el rostro ligeramente verde. Oscura, nebulosamente, como si estuviera muy lejos, los dos hombres recordaban haber escrito aquellas sandeces. Recordaban también el ferviente entusiasmo que habían sentido en favor de las nuevas «causas» que habían descubierto.

—Me habéis convencido por lo que a mí respecta —dijo Gradey.

—Y a mí —repitió Hunter.

—Así, pues —dijo Alfa—. ¿Debemos suponer, que después de haberles convencido de nuestras buenas intenciones están dispuestos a ayudamos?

—No les será difícil —dijo Beta.

—En realidad —siguió Gamma— todo lo que tendrán que hacer es seguir como hasta ahora. Queremos estar solos aquí abajo para desarrollar y expansionarnos. Queremos toda la información que puedan conseguir sobre ciertos sujetos, tal vez un lector de microfilms, y algunas cintas magnetofónicas. Queremos varias piezas de aparatos matemáticos y electrónicos para poder construir un pequeño computador que nos facilitará la labor. Queremos libros, avanzados sobre matemáticas y ciencia. Desearemos la enciclopedia más completa que puedan encontrar.

—Podéis contar con todo ello —respondió Gradey.

—Naturalmente, naturalmente —repitió Hunter.

—¿Y para pagarlo? —preguntó Alfa—. ¿Tendrán suficiente dinero para comprar todo lo que les hemos pedido?

—Todo este experimento ha sido bastante caro —replicó Hunter—, pero afortunadamente estábamos preparados adecuadamente. Tanto Gradey como yo poseemos medios independientes. Los dos teníamos empleos lucrativos antes de retiramos para empezar este experimento.

—Comprendo —dijo Alfa—. En este caso no será necesario que intentemos nada extraño a fin de procurar lo que necesitamos.

—¿Qué quieres decir con ese «intentemos nada extraño»? —preguntó Gradey.

—Pues —dijo Beta— de haber estado ustedes faltos de dinero hubiera sido muy sencillo para nosotros escribir canciones, revistas musicales, poemas o pintar cuadros por encima del precio medio.

Entonces ustedes hubieran podido decir que los habían adquirido de algún autor desconocido, o artistas, que se morían de hambre en cualquier buhardilla de cualquier parte, o que les habían sido dejados por su sobrino al hacerse saltar los sesos al fracasar a pesar de su habilidad. Naturalmente, hubieran tenido que facilitamos las tendencias y fluctuaciones, pero todo esto hubiera requerido un total de capital indispensable.

—Se me acaba de ocurrir —dijo Hunter— que manos poco escrupulosas podrían abusar de mala manera de vuestros regalos.

—La pronosticación es actualmente un arte científico muy espléndido —dijo el muchacho—. Hay las matemáticas aritméticas de pronosticación que están en la misma relación con sus cálculos superiores, como sus cálculos superiores lo están con las tablas del 2. Hay también un álgebra todavía más avanzada de pronosticación, que está mucho más adelante de las matemáticas, de la aritmética de pronosticación como la aritmética de pronosticación está delante del cálculo superior. Ahora, mediante el uso de este sistema matemático, esta pronosticación algebraica, podríamos no sólo pronosticar el mercado de las acciones, sino que podríamos seleccionar los vencedores de las carreras de caballos; podríamos decir cuáles serán los perros que correrán mejor en cada carrera y así una cosa y otra, teniendo en cuenta, naturalmente, que los perros no fueran narcotizados y que no hubieran interferencias indebidas.

—¡Esto es increíble! —dijo Gradey.

—No es lo que nosotros desearíamos hacer, porque, como ya he dicho, es una extraña disgresión —dijo Beta—, pero si ustedes hubieran estado mal de fondos, nosotros no hubiéramos podido permitir que nuestros trabajos quedaran abandonados, y entonces hubiéramos tenido que recurrir a uno de esos trucos o bien a hacer algo creativo para que ustedes lo hubieran podido vender.

—Lo tendremos presente por si las cosas fueran mal —respondió Gradey.

—Ahora que hemos dado este nuevo paso… —dijo Gamma.

—Ahora que nos comprendemos mutuamente mucho mejor —dijo Delta.

—Será posible para nuestro desarrollo progresar mucho más de prisa —concluyó Alfa.

Beta movió la cabeza.

Hunter y Gradey regresaron a sus dormitorios como dos hombres que acaban de atravesar una violenta tormenta eléctrica. Era como si el mundo que ellos habían comprendido, conocido y creído, se hubiera

hundido de pronto, dejando paso en su lugar a una sub-realidad extraña, extradimensional, que tenía tanto parecido con el mundo cotidiano que ellos habían conocido, como un habitante del séptimo satélite del cuarto planeta de un sol desconocido sobre las nubes magallánicas se parece a un lunar del protoplasma terrestre.

—Creo que acabamos de tener un momento de verdad —dijo Gradey.

—¡Hemos tenido varios momentos de verdad! —respondió Hunter.

—Hay un límite del total de verdad que un hombre puede absorber de una vez —dijo Gradey—. Me siento como si acabara de ser sobrecargado. Me siento como si mis transformadores mentales estuvieran a punto de estallar, como si mi transistor mental estuviera a punto de explotar.

—Creo que el mío ya ha explotado —dijo Rick Hunter mientras los dos hombres avanzaban por el pasillo que les conducía a sus dormitorios—. ¡Han estado jugando con nosotros desde hace años!

—¿Te has dado cuenta de cuán hábilmente se han salido por la tangente? Seguimos si» conocer su secreto. No sabemos todavía si se trata de simple telepatía o si se trata de una mente en serie. No se han confiado.

—Sabemos que poseen telepatía; un factor presupone el otro, en realidad —dijo Hunter.

—Sí, supongo que debe ser así —replicó Gradey—. Creo que estoy como si hubiera bebida demasiado para pensar con cordura.

—Igual que yo —replicó su compañero—. Será mejor que dejemos pasar la noche. M« siento como si tuviera necesidad de dormir por lo menos veinticuatro horas.

—Mi cerebro —murmuró Gradey—, parece como si hubiera sido perturbado por una sonda eléctrica, de una forma clínica, sino con una sonda del tamaño de un atizador que me hubieran introducido por el agujero de la oreja enroscándolo.

—Así me siento yo —convino Hunter—. Me parece .que ha sido demasiado fuerte.

—Buenas noches, Rick —dijo suavemente Clem Gradey.

—Buenas noches, Clem —dijo Rick Hunter.

Fatigados y aturdidos se tendieron en su» respectivas camas quedando dormidos.

CAPITULO IX
LOS AÑOS TRANSCURRIDOS

Lo que estaban haciendo actualmente los niños, ni Rick ni Clem tenían la menor idea. Sr sentían como un par de elefantes inteligentes que se dedican a transportar troncos de árboles, mientras los cornacas les dirigían, sin tener la más remota idea de lo que iban a hacer con los troncos de los árboles, ni para qué iban a ser utilizados, por los conocimientos que ellos tenían sobre muebles contemporáneos. Se sentían como caballos que tiran de un arado y no saben por qué; no sabían para qué era el arado.

Habían comprado equipo electrónico, más y más, con el cual los niños habían construido en el sótano computadores; computadores de una talla comparativamente pequeña, pero de enorme complejidad y flexibilidad de campo. Habían comprado libros y lectores de microfilms; habían comprado cintas magnetofónicas, y todas aquellas cosas eran adaptadas por aquellos milagrosos chiquillos.

Pasaban los años y los chiquillos que tenían ya más de diez años de tiempo en tiempo, cuando Rick, Clem o Maggie empezaban a sentirse fatigados por el peso de los años, los niños convertidos ya casi en jóvenes y jovencitas, les examinaban atentamente y les prescribían varios medicamentos y tratamientos que siempre daban buenos resultados, ya que después de seguirlos Clem y Rick se sentían aligerados como si les hubieran quitado algunos años de encima. Para una mujer que debía estar ya en sus ochenta, Maggie tenía el aspecto y la fuerza física de una mujer veintiocho años más joven.

Aparte de su extraña palidez y su apariencia casi transparente, como de pastorcillos de Dresde, los extraños niños en sus cuarteles protegidos parecían casi jóvenes adultos normales.

—Supongo —decía el viejo Rick Hunter— que deben estar a punto de cumplir los veinte años.

Clem movió la cabeza.

—Veinte años —dijo—. El tiempo vuela.

—Es natural. Supongo que no habríamos vivido tanto tiempo de no haber sido por sus tratamientos médicos. Desearía poder conseguir más investigaciones médicas en lugar de este atracón general de conocimientos —dijo Clem.

—Me parece que ellos saben lo que se hacen —respondió Rick—. Aquí es donde la tecnología de nuestro siglo XX divaga. Nosotros estamos demasiado especializados. Ellos están tratando de conseguir una imagen de extremo a extremo de conocimiento. Nosotros nos

ocupamos de los fenómenos físicos, pero ellos de los metafísicos. Nosotros somos médicos, pero ellos son metafísicos; nosotros estamos relacionados con la física; pero ellos están relacionados con la metafísica.

—Cierto —dijo su viejo amigo—. Cierto.

—Algunos de los avances gerontológicos que han hecho han sido muy importantes —admitió Rick—. No les importa que los publiquemos con nuestro nombre. Indirectamente han salvado ya miles de vidas. Y, desde luego, han prolongado muchos miles más.

—Sigo creyendo —dijo el otro médico científico— que si se concentraran más en simples investigaciones médicas serían capaces de hacer mayores adelantos. —Estoy seguro —dijo Hunter— que cuando tengan toda la información que desean sobre el campo general, sentirán que hubieran hecho mejor, mucho mejor dedicándose simplemente a los trabajos médicos. No es bueno saltar en la oscuridad. Es como un general luchando en la guerra; no sirve de nada avanzar y avanzar, a menos que puedas establecer contacto con la retaguardia. No puedes avanzar a menos que avances en un amplio frente, unido a medida que avanzas. La clase de avances que ellos hacen son avances perdidos...

—Es probable..., es probable —convino su amigo.

Fue la perceptiva intuición femenina de la vieja Maggie Richmond la que se dio cuenta en primer lugar del hecho que hubieran descubierto los dos ancianos científicos de haber estado menos absorbidos por las abstractas y complejas teorías. Gamma y Delta estaban encintas. Al principio Gradey y Hunter estaban algo asombrados.

—No están casados —dijo Hunter casi con mal humor.

—No veo la manera de poderles casar —replicó Gradey—. Quiero decir, que no es fácil que podamos hacer venir hasta aquí a un párroco. Y no podemos hacerles salir a ellos. Y la última persona que debe llegar hasta ese sótano es un miembro del registro civil. Debe de haber algunos párrocos en los que poder confiar, pero una persona del registro civil es un oficial civil, quien debido a su trabajo, tendría muchas dificultades para poderlo mantener secreto. Tendría que notificarlo a la policía; luego ello acarrearía una serie de problemas y quebraderos de cabeza.

—¿No podríamos traer a un capitán de barco, algún oficial de la marina que estuviera ya retirado? —preguntó Hunter.

—Los capitanes de barcos sólo pueden casar a la gente en alta mar —dijo Gradey.

—Tal vez esté algo anticuado —confesó Hunter—. No sé porqué... sólo que ha llegado tan de sopetón...

—Sí, yo también estoy sorprendido —dijo Gradey— y sin embargo, debemos reconocer que es una tontería que nos haya sorprendido tanto...

—¿Crees que podrán arreglárselas con todo? Quiero decir... acerca del... —se echó a reír súbitamente.

—¿Qué ibas a decir? —preguntó Gradey.

—Iba a decir «acerca del doctor». Olvidé por un momento que los dos estamos bien calificados y hemos practicado en casos similares durante mucho tiempo, pero hace tanto que estamos metidos en ese jaleo de la teoría que casi he olvidado algunas de las cosas que practiqué hace años.

—Desde luego no podemos ni pensar en conseguir una comadrona, pero que la vieja Maggie podrá servir con mucha eficiencia. En cuanto al doctor, debes tener en cuenta todo lo que ellos han descubierto. Me atrevería a decir que son mucho más competentes que una docena de los mejores especialistas juntos.

—Sí, es cierto. ¡Es una reserva! —Los dos hombres permanecieron unos minutos silenciosos, luego Gradey dijo:

—Sigo creyendo que deberemos procurarles algún equipo. Necesitarán anestésicos y todas esas cosas.

—Lo dudo —dijo Hunter—. Lo dudo.

—¿Te refieres a ese poder mental suyo? —sugirió Gradey.

Hunter movió la cabeza.

—Probablemente tengas razón —dijo Gradey.

Y así resultó ser.

Lo único que les pidieron fue un número de detectores de radiación y cantidades adicionales de plomo aislante. Todo les fue procurado.

Luego les pidieron filtros más absorbentes y poderosos para la instalación de aire acondicionado.

—Oreo que han incrementado la eficacia de la filtración casi un cien por cien de la filtración que nosotros les habíamos preparado —dijo Hunter—. Además someten toda la comida que reciben al más cuidadoso escrutinio radioactivo. Han conseguido detectores de sensibilidad tan superior como es posible, que señalan la más ínfima partícula que pueda haber en cualquier cosa que entra en el sótano. Esto significa que los niños nacerán tan perfectamente defendidos que sus cerebros pueden estar tan por delante de los de sus padres como los de sus padres lo están de los nuestros. ¿Qué clase de inteligencia

hemos desatraillado?

Gradey miraba a Hunter; Hunter miraba a Gradey.

—Creo que no habrá límite para ellos. Piensa en lo que va a ser la tercera generación. ¿Tendrán que extender sus dominios, ¿no crees?

—¡Oh!, son suficientemente fuertes y vigorosos para hacerlo ellos mismos. El problema será dónde poner la tierra que ellos excaven.

—Hmmm —murmuró Hunter—. Tienes razón, Clem, eso será un problema.

—Podríamos ir a verterla en la vieja cantera. Podríamos hacerlo por la noche cargándola en la parte trasera del coche. Creo que sería muy laborioso...

—Espera un minuto —dijo Hunter—, hay ese cercano establo que está en desuso. Podríamos llevar hasta allí en cubos la tierra.

—¡Eso podrá ser una solución!

La extensión del sótano fue haciéndose lenta y laboriosamente pocos pies cúbicos cada vez, pero con el paso de los meses el sótano aumentó en dos grandes apartamentos completos, y como continuación a un profundo instinto de sus cuatro extrañas super-mentes, Alfa y Gamma tomaron posesión como residencia suya de una sección del sótano, mientras que Beta y Delta tomaban la otra parte. Tan pronto estuvo todo dispuesto llegaron los niños...

Alfa y Gamma tuvieron un niño, mientras que Beta y Delta tuvieron una niña.

—Ha sido una suerte —dijo Hunter, cuando él y Gradey fueron a ver a los recién nacidos.

Se sentían casi como unos orgullosos abuelos..., casi.

—¿Qué es una suerte? —preguntó Gamma, mientras ponía a su hijito en la pequeña cuna que había sido de ella en otros tiempos.

—Pues el hecho de que tú y Alfa hayáis tenido un niño y Delta y Beta hayan tenido una niña. Eso quiere decir —explicó Hunter.

—No ha sido la suerte —dijo Alfa—. Nosotros planeamos las cosas para que fueran así.

—¿Quieres decir que habéis hecho suficientes avances genéticos para poder escoger el sexo de la criatura?

—¡Naturalmente! ¡Eso puede ser fácilmente controlado!

—Creo que una de las grandes diferencias entre vuestras mentes y las nuestras —dijo el anciano Rick Hunter—, es que vosotros miráis como simples, cosas que han venido siendo un misterio para la raza humana durante años. Sin duda debe sorprenderos nuestro asombro por lo que vosotros consideráis el fenómeno más simple y de más fácil explicación.

—A veces, sí —dijo Alfa—. En ciertos aspectos han hecho ustedes grandes progresos tecnológicos, pero en otros están en una asombrosa ignorancia. Creemos que todo ello se debe a ciertos prejuicios —por así decirlo— que todavía persisten y actúan como barreras de ciertos campos de investigaciones. Si desean que avisemos a la humanidad en una sola frase o en una simple idea, yo diría: Romped las barreras, destruid las murallas.

—Creo que te comprendo —dijo Hunter.

—El fanatismo, beatería, recelos, prejuicios, discriminaciones de clases, de credos y de color; esas son las cosas que están estrangulando a la humanidad, que están reteniéndola como si fueran grilletes. Si esas cosas son dejadas a un lado, si el hombre reconoce al hombre como hermano, surgirá un nuevo amanecer, un nuevo horizonte…

—Te comprendo —respondió el anciano Clem Gradey—, y con mi mente limitada, limitada al lado de las vuestras, estoy seguro de que tienes razón.

Alfa sonrió.

—Gracias —dijo.

Los años fueron pasando lentamente, y, sin embargo, cada año era como una perla perfectamente redondeada ensartada en el collar del tiempo. Los niños crecían absolutamente normales en lo que a su desarrollo físico se refiere, pues sus mentes, que habían empezado con una ventaja genética enorme y gozando del perfecto y completo aislamiento, se habían desarrollado a una velocidad increíble alcanzando un poder enorme… Las dos familias originales habían aumentado en estos años. Alfa y Gamma tenían ahora un hijo y una hija, mientras que Beta y Delta tenían también un niño y una niña. Los dos niños mayores. tenían ya siete años, y los pequeños cinco, pero incluso los de cinco años igualaban a sus padres y los de siete años habían alcanzado un nivel de desarrollo intelectual que hacía que los pobres viejos Hunter y Gradey se sintieran como hombres zafios, atrasados, como el hombre de Neanderthal; se sentían como monos en presencia de un brillante científico.

—Nunca se me hubiera ocurrido —decía Hunter, mientras contemplaba los graves rostros de los pequeños de siete años—. Nunca se me hubiera ocurrido pensar que el cerebro pudiera desarrollar semejante potencialidad.

Casi caprichosamente, por razones íntimas, los cuatro niños originales habían decidido llamar a sus respectivos vástagos con los nombres de Eta y Teta, Mu y Nu. En parte era como un tributo a Clem

y a Rick, y en parte como tributo a la brillante idea original de los griegos, padres de la sabiduría, en el más amplio sentido de la palabra. Posiblemente había significados más profundos en los nombres que pasaban desapercibidos por entero a Hunter y Gradey, pero por lo menos dichos nombres estaban presentes en sus ancianas memorias.

Los hijos de Alfa y Gamma eran Eta, un niño de siete años y Teta una niña de cinco años.

Los hijos de Beta y Delta eran Mu, una niña de siete años y Nu, un niño de cinco.

A los dos ancianos científicos y a la milagrosamente activa Maggie Richmond, les parecía que la vida iba siguiendo aparentemente para siempre; el sótano había sido ampliado otras veces; se habían comprado nuevas piezas para aparatos.

Los niños de siete años mostraban una afinidad entre ellos que ninguno de los otros alcanzaría, aunque los pequeños de cinco años estaban ya avanzando mucho.

La original sincronización de las mentes de Alfa, Beta, Gamma y Delta seguía todavía, mientras que los niños parecían tener algún otro nivel, por lo que Hunter y Gradey pudieron indagar, y otra forma de mente común, o por lo menos alguna fuente común de conocimiento o comunicación telepática en la que podía zambullirse a voluntad. Existían tres niveles de mente, y sin embargo, los tres estaban contenidos en una sola, una especie de envoltura mental, etérea de la que podían participar los ocho miembros de la Comunidad de Pensadores.

Y sin embargo, el desarrollo gradual y excitante, la rutina que había ido avanzando durante un cuarto de siglo estaba destinada a una interrupción.

Para Hunter y Gradey fue todo un problema introducir un aparato de televisión en su sótano protegido, pero las mentes de los obreros milagrosos convirtieron tal problema en algo muy fácil.

En un aparato de televisión hay un cierto total de lo que podríamos llamar radiación que se emite del mismo. Debido a la absoluta insistencia de que no debía entrar en el sótano, y contaminar por consiguiente a los protegidos, ni una partícula de radiación, Hunter y Gradey no habían admitido el receptor en el sótano hasta haber mantenido una discusión al respecto con Alfa y los de su generación original. Había sido bastante sencillo para los Primeros Pensadores producir una protección perfectamente transparente. Una vez dispuesta esta protección se admitió el receptor de televisión. Durante

los veintisiete años transcurridos desde que Hunter y Gradey raptaron a los niños se habían hecho grandes progresos en cuestión de transmisiones y recepciones. El nuevo modelo de 1990 que había sido instalado en el sótano protegido, era un aparato extremadamente magnífico. Se parecía tanto a los aparatos de televisión de 1950 ó 1960 como un aparato de radio de alta fidelidad de 1960 se parecía a los antiguos aparatos de galena.

Los circuitos eran aerodinámicos, aerodinámicos y simplificados, eran fin gran adelanto y perfeccionamiento. El sistema de las 625 líneas introducido veinte años atrás había dado paso a un sistema de mil líneas que producían una imagen de extrema claridad y viveza, pareciendo más bien una fotografía perfectamente enfocada que una imagen de televisión. El color era natural y sin embargo, al mismo tiempo, era casi más que natural. Parecía vivir y sin embargo, mayor que la vida en algunos aspectos sutiles, excitantes que le daban una calidad estética muy elevada.

Sin embargo, el color y el sistema de las mil líneas no eran los únicos avances hechos. El hecho verdaderamente meritorio era el efecto de las tres dimensiones. Era como una combinación de 3-D y cinerama, lo que se veía en un programa de televisión de 1990.

Al mismo tiempo del perfeccionamiento de la calidad del lado técnico tan importante, estaba el lento pero importante perfeccionamiento de la calidad de las imágenes. Había un mundo de conexiones en cadena de estaciones de radio y televisión vía los satélites, y éstos producían programas de gran interés y variación. Servicios automáticos de traducción permitían conectar con cualquier canal con las emisoras de Rusia, Ghana, Liberia, Méjico, Australia, Inglaterra, América, Gales... o cualquier lugar de la superficie del globo e inmediatamente las emisiones de las mismas quedaban traducidas a tu lenguaje. Había muchísimos números de programas educativos, muchos de ellos científicos y uno de los más provechosos era el que se retransmitía desde la Base Lunar.

La Base Lunar existía desde hacía un cuarto de siglo, aproximadamente. Si bien en la Tierra, podríamos decir que existía una guerra fría entre Oriente y Occidente, los astronautas americanos y rusos habían, al fin, colaborado en su trabajo de exploradores en la Base Lunar y la comunidad unida era ciertamente cosmopolita en todos los sentidos de la palabra. Después de las lógicas ventajas de combinar sus bases en la Luna, originalmente separadas, equipos más pequeños combinados de americanos y rusos, habían establecido bases en Marte y en Venus. Ninguno de estos proyectos había sido empresa

fácil, pero el milagro de la televisión permitía a los espectadores de la Tierra, ver en color y en 3-D, el medio ambiente de Marte y Venus, al mismo tiempo que lo veían los propios exploradores. En estos programas espaciales había algo que hacía helar la sangre en las venas y al propio tiempo te hacía latir más de prisa el pulso. Era algo que te hacía sentir un escalofrío por toda la espalda.

Marte, o la parte de Marte que había sido explorada desde la base, era un desierto de arena rojiza. Los grandes «canales» no habían resultado ser el trabajo de los inteligentes marcianos luchando por la escasez del agua, sino una serie de grietas a través de la superficie del planeta desecado. Estas grietas habían recogido el agua aprovechable, y de las profundidades de esos surcos había nacido la vegetación. Nueva vegetación brotaba sobre la vieja, enredaderas de largos tallos, cuyas raíces nacían en lo más profundo del agua, y sobre dichas enredaderas nacían parásitos.

Había formas de vida muy primitivas pero ninguna de ellas tenía un significado particular. No había vida inteligente ni sensible en Marte, por lo menos, si la había no existía todavía la menor señal de ello a los exploradores terrestres.

Venus, por otra parte, mantenía aún muchos misterios; el planeta era una masa de junglas impenetrables, junglas de vegetación fantástica, no-clorofílica, que inclinaba extraños zarcillos púrpuras y azules en una atmósfera que tenía mucho de metano y vapor amónico y muy poco de oxígeno o nitrógeno. La base de Venus era un oasis de habitabilidad en este fantástico embrollo de inhabitabilidad. De vez en cuando, pioneros bien equipados se daban una vuelta por la base para explorar la jungla extraña, primitiva, pudiendo dar un vistazo a través de la vaporosa atmósfera a cosas extrañas, fantásticas, escamosas, viscosas, sacando las cabezas de charcos de líquido que podía haber sido agua, o podía haber sido cualquier otra cosa. En algunas ocasiones, a través de las ramas más altas de la espesa vegetación, la televisión vista desde la Tierra, confortable y seguramente, ofrecía vistazos vaporosos, vistazos abigarrados de hojas, de cosas que volaban. Había costado muchas vidas construir la base de Venus, y sin duda, costaría muchas más antes de que todos los secretos de aquel planeta extraño, crudo, de aquella jungla, con sus enigmáticos misterios y oculta inteligencia, fueran conocidos. Pero ahora que la imaginación del hombre había crecido, ahora que sus horizontes se habían ampliado hasta dejarle ver más allá de la punta de su nariz, ahora que sus ilusiones de ocupar el centro del mundo y el lugar central en el esquema de las cosas había sido irrevocablemente

frustrado, ahora que estaba empezando a darse cuenta de cómo era en realidad, no eran sólo los viajes interplanetarios lo que llamaba su atención. ¡Oh, no! ¡Más que eso! En lo más profundo de las mentes de los hombres había un deseo urgente, abrasador, de saber más de las estrellas, los planetas ya no eran bastante. Ahora las mentes y los ojos de los hombres se giraban hacia las estrellas; las estrellas arrastradas; como grandes imanes cósmicos, pero habían todavía tremendas dificultades que superar antes de que los vuelos interestelares pudieran ser algo más que el sueño de un diseñador o la inspiración de un escritor de ciencia ficción. Debido a que sus corazones y sus mentes se habían girado hacia las estrellas, sus corazones y sus mentes estaban animados por la posibilidad de que podían haber ya sobre las estrellas, mentes y corazones, no literalmente sobre las estrellas, desde luego, sino habitando en los planetas que reclamaban extrañas estrellas como sus soles.

Se escribieron varios tratados sobre el particular; se discutió y criticó acerca de la posibilidad de vida extraña, inteligente, existente fuera del sistema solar. No atreviéndose un hombre a dar por sentado que tal vida extraña podía existir, sería menos inteligente de lo que era. Y así, cuando los primeros lentos zarcillos del avance de la Tierra en el espacio tocaron Venus y Marte, las mentes de los hombres que habían enviado aquellos zarcillos se sintieron llenas de una mescolanza de esperanza y temor.

¿Existiría la extraña vida interestelar? ¿Qué forma de vida resultaría ser?

CAPITULO X
EL ADVENIMIENTO DE X

El programa que los Primeros Pensadores estaban presenciando en aquel momento, en compañía de la anciana Maggie Richmond y de los dos médicos científicos, Hunter y Gradey, fue súbitamente interrumpido.

—«Aquí Agencia Central de Noticias de la Tierra, aquí Agencia Central de Noticias de la Tierra. Interrumpimos todos los canales, repito, interrumpimos todos los canales. Preparamos un importante mensaje de los Cuarteles de las Naciones Unidas. Preparamos un importante mensaje de los Cuarteles de las Naciones Unidas.

La pantalla se oscureció un momento iluminándose en seguida, mostrando el edificio de las Naciones Unidas,

La estimulación política durante los veintisiete años que habían transcurrido desde el rapto de los cuatro chiquillos por Hunter y Gradey, había cambiado lenta, pero definitivamente para lo mejor, había todavía cierta tensión entre Oriente y Occidente, pero la coexistencia pacífica se había convertido en realidad, casi como una frase que huele a propaganda.

Era una neutralidad armada y atenta, una neutralidad sagaz: los hombres de estado de ambos lados se miraban entre sí con la mutua confianza de gasterosteos machos guardando sus respectivos nidos. La Comunidad Europea se había convertido en algo parecido a una entidad política, con un Gobierno Federal. Esta entidad política actuaba como una tercera fuerza estabilizadora, comerciando con Oriente y con Occidente, actuando de puente cultural entre Rusia y América. La exacta posición, significado, importancia y función de los diferentes poderes dependía más bien del punto de vista del analista político. Algunos analistas se inclinaban hacia la opinión de que la comunidad política europea con su embrionario gobierno Federal, era en realidad una digresión dentro del campo Occidental, que era una división entre las democracias de Europa y el gran bastión de libertad del oeste de ellos.

Otros mantenían que era el punto medio entre América y Rusia, tanto política, como geográficamente; algunos observadores sugirieron que en realidad la Comunidad Económica Europea, permanecía en directa oposición a Rusia, mientras América era un extremista nacido de la vieja democracia Europea. Señalaban que era una situación paralela a la de Rusia con China, donde Rusia ocupaba el papel de institución paternal y China, tras los veintisiete años, se había

convertido en una nación muy poderosa y fuerte. Pero los comentarios políticos como economistas rivales, eran capaces de sostener una serie de teorías violentamente antagónicas, y eran capaces también de sostener un número de representaciones alegóricas, que no tenían parecido una con otra y algunas de las que no tenían parecido alguno siquiera con la verdad de la situación actual, que estaba siendo estudiada y analizada. Tal vez, a pesar de la dificultad de pronunciar con cierto grado de certidumbre la situación del problema, la posición actual podía resultar ser algo así como esto: «El bloque comunista consistía principalmente en Rusia mismo». De esta raíz habían crecido las lozanas ramas verdes del poderoso comunismo asiático. Ocasionalmente, el viento variable, azotaba las ramas que golpeaban contra el tronco; había ciertas desavenencias entre ellos, pero sus afinidades eran mucho más fuertes que sus desavenencias, y la sangre marxista era mucho más espesa que las turbulentas aguas de las disputas superficiales que hubiese entre ellos.

El otro hecho significativo sobre la escena política era la existencia de naciones poderosas, no sometidas. Muchos estados africanos que habían ganado su independencia durante el último cuarto de siglo, o algo antes, habían afiliado a un considerable bloque económico africano que tenía importancia económica aún a pesar de que, desde un punto de vista táctico o militar, no formaba entre las potencias realmente mayores. India había superado muchas de sus dificultades y sobresalía entre las seis naciones superiores.

Otras varias potencias asiáticas se estaban haciendo oír de una manera casi neutral y las potencias árabes se habían unido con Egipto para formar el poderoso bloque de Oriente medio, que, con esperada destreza oriental, estaba pasando un estrecho cerco político entre Oriente y Occidente y hacían lo posible para conseguir lo mejor de las dos partes, dentro de lo posible. Méjico y Brasil estaban dirigiéndose hacia una realista federación sudamericana y potencias del Caribe, que parecían ir haciéndose tan fuertes como los Estados Unidos con otros veinte o treinta años más. Su población había aumentado rápidamente y parecían haber superado sus dificultades económicas y educacionales. Estaban desarrollando sus recursos muy rápidamente y la extraordinaria riqueza del Amazonas estaba empezando a dar sus beneficios.

En esta clase de mundo debían ser inevitables ciertos movimientos hacia la completa centralización. El proceso de unificación no consiste con frecuencia en la completa y súbita unión de pequeñas partículas, sino en la unión gradual de partículas en dúos, tríos, pequeños grupos

y al final, en grupos mayores, hasta que el curso natural de la acción deje esa unión de dos grupos grandes, convertidos en uno sólo, totalmente unificado. Muchos teóricos políticos estaban hablando con este sentido antes de transcurrir el año 1990… Uno de los hechos hacia esa unificación era la Agencia Central de Noticias, la Agencia Internacional de Noticias. Esta, poseía libertad de acción, una especie de consentimiento del gobierno, sobre todas las demás organizaciones de publicidad, y se había formado un acuerdo entre la Agencia Central de Noticias y todas las emisoras de televisión, a fin de que la Agencia Central de Noticias pudiera, con el respaldo de las Naciones Unidas, interrumpir todos los programas si sucedía algún acontecimiento de consecuencias importantes. Este privilegio sólo se utilizaba en dos o tres ocasiones al año, como máximo, y era siempre un acontecimiento que hacía que los espectadores corrieran a comprobar si sus vecinos tenían el aparato conectado o a invitarles que fueran a presenciarlo con el suyo. Por esto, acostumbraban a tardar un minuto entre el aviso y el boletín de noticias en sí.

El Secretario General de las Naciones Unidas era M'bula Lagunda, de Ghana. M'bula Lagunda, era doctor, era un individuo alto, instruido. Poseía una rica voz de tenor, y ojos claros y penetrantes. Poseía la clase de personalidad, en común con muchos de sus compatriotas, que infundía respeto y atención… La asamblea miraba y escuchaba cuando Lagunda hablaba.

—Señoras y caballeros, se me ha notificado a través de los servicios de nuestras fuerzas de seguridad de las Naciones Unidas, que las cosas en el espacio no marchan como debieran. Acabamos de recibir un mensaje de la nave-patrulla ruso-americana informándonos de que un extraño vehículo espacial está en órbita alrededor de Marte en estos momentos.

Hubo un oprimido murmullo de consternación entre los miembros de la asamblea y el doctor Lagunda hizo una pausa antes de seguir con el boletín de noticias. Los ojos de todo el mundo estaban fijos en la alta figura del hombre de Ghana.

—Si bien el planeta es considerablemente más pequeño que nuestro mundo, existen muchos puntos de similitud; la expedición ruso-americana ha podido medir el período de rotación con un grado muy elevado de precisión, y han descubierto que el día en Marte dura 2 horas 37 minutos 22 3/4 segundos —sonrió. Aquella estricta precisión de sus números era casi el único intento de humor que podía demostrar en una ocasión de tanta gravedad—. Su eje está inclinado en el plano de su órbita aproximadamente con el mismo ángulo que la

Tierra con su órbita, por consiguiente, el planeta experimenta una sucesión de estaciones muy similar a las que experimenta aquí en la Tierra. Naturalmente no es necesario señalar que cada estación es dos veces más larga que aquí en nuestro mundo. En tiempos remotos, Marte estaba asociado con el dios de la guerra a causa del tono rojizo, que, según nuestras expediciones han demostrado, se debe en realidad a la superficie desértica y a las rocas estériles. Estoy seguro que todos aquellos que están escuchándome, y viéndome a través de sus receptores de televisión, habrán presenciado muchos programas que los valientes exploradores americanos y rusos han podido proyectar para nosotros. En Marte hay muchas cosas parecidas a nuestro desierto del Sahara. Tremendas tormentas azotan su superficie; también sabemos que hay muchos yacimientos de hierro, que algún día serán utilizados por nuestros pioneros. Mediante la televisión, Marte se nos ha hecho tan familiar como nuestro propio planeta. La atmósfera marciana es menos densa que la nuestra, lo cual no es sorprendente puesto que Marte es menos pesado que nuestro planeta Tierra.

»La densidad de la atmósfera marciana es algo parecido al aire de la cima de nuestro Himalaya, la presión normal barométrica en la Tierra es de 29 ó 30 pulgadas. En Marte es de 8-9 como máximo... Pero ya he dicho suficiente para recordarles a todos lo que era necesario recordar antes de proseguir con la información que nos ha llegado a través de los canales de Seguridad.

Respiró profundamente, consciente de que los ojos de todo el mundo estaban fijos en él, sin sentirse intranquilo por ese hecho. Consultó sus notas, cuidadosamente mientras dirigía una enigmática sonrisa al acercarse al micrófono. Era un hombre que se enfrentaba con un problema de gran magnitud y, sin embargo, era un hombre que no se sentía amedrentado por tal problema.

—Señoras y caballeros, de la Asamblea de las Naciones Unidas, señoras y caballeros de todo el mundo, aquí está lo más importante de nuestros descubrimientos. Hasta ahora no hemos podido establecer contacto con la nave extraña que está girando alrededor del planeta Marte. Los astronautas americanos y rusos, así como los pioneros de la base han intentado establecer contacto por radio, pero hasta ahora los extraños, pues así debemos pensar de ellos, o ello, no han respondido. Esto puede deberse a que no desean responder o bien a que no pueden hacerlo. Hemos de tener en cuenta, que si bien existe tal posibilidad, suponemos que dicha nave extraña viene de los más remotos alcances del espacio interestelar por lo cual los extraños deben poseer una

tecnología que seguramente debería permitirles poderse comunicar con nosotros por radio. Lo expondré en otras palabras… si son lo suficientemente inteligentes para haber cruzado la enorme distancia entre las estrellas, que todavía está fuera de nuestro alcance, entonces, desde luego, han de ser suficientemente inteligentes para poder conectar con nosotros por radio. —Hizo una pausa—. Sin embargo, no hay motivo de alarma por el momento; somos un planeta con una población de dos billones y medio de habitantes; eso es un gran número. Estamos mecanizados e industrializados. Estamos también armados. —Miró a todos los miembros de la Asamblea de las Naciones Unidas—. Nadie conoce mejor que mis compañeros delegados lo difícil que resulta mantener la paz en un mundo como el nuestro. Nosotros, cuyas tareas diarias son la administración de la paz, comprendemos con cuánta facilidad el monstruo que los hombres llaman guerra puede levantar su horrible cabeza, trayendo la muerte, destrucción e innumerables desgracias y horrores.

Hubo una lluvia de aplausos entre los delegados de la Asamblea.

—Nuestro objeto es la paz, pero por ser humanos estamos preparados para la guerra, y seguimos preparándonos más y más; nos hemos mostrado unos a otros las armas atómicas que podríamos dirigir a cualquier agresor. Hemos, si me está permitido decirlo, unido todos nuestros sables. Nos hemos sumergido en las aguas con nuestras armas nucleares, y gracias a Dios, no las hemos empleado. Pero ahora tal vez nos sirva de consuelo pensar que estamos preparados y que disponemos de armas que, si bien durante los últimos veinte años no hemos tenido que usarlas, a Dios gracias, nos han mantenido en un constante adiestramiento y preparación. Debemos pensar en nosotros como en una guarnición planetaria, compuesta de regimientos que deben obediencia a la gran bandera de la humanidad, y sin embargo, aún admitiendo su obediencia, estos regimientos son todavía capaces de rivalidad interna. —Volvieron a sonar los aplausos de los delegados al ser apreciada la brillante oratoria del doctor—. Además —prosiguió Lagunda—, nosotros, por nuestra rivalidad interna, hemos mantenido la guarnición por las puntas de los pies. No soy un historiador, pero creo que es cierto decir que la historia ha demostrado repetidamente, que cuando una nación ha sido administrada por un imperio poderoso, la última caída de este imperio deja a la nación interesada en un estado de rica cultura pero cultura dúctil. La paz es nuestro objeto, la paz es nuestro deseo, pero la paz no carece de desventajas. Gracias a la paz armada que hemos mantenido, gracias a la neutralidad armada poseemos un gran número de armas y muchos hombres adiestrados en

el manejo de esas armas. De haber sido un planeta unido durante cincuenta o cien años, sin estados nacionales individuales, sino un solo gobierno mundial, grande, benigno, habría sucedido que nuestros únicos armamentos hubieran sido estas ligeras armas que son necesarias para el mantenimiento de la ley y el orden por nuestras fuerzas de policía internacional. Estas, perfectamente adecuadas para esa tarea, habrían sido desesperadamente inadecuadas en caso de tener que enfrentamos con un enemigo del espacio. Si nuestras armas atómicas no estuvieran en un estado de preparación, sino que estuvieran apolilladas, por así decirlo, entonces sí podríamos empezar a temer. No diré que el enemigo venga en son de guerra; ni diré que venga en son de paz. Diré que existen las dos posibilidades. Puede ser que esa rotación alrededor del planeta Marte sea una exploración inofensiva, un pionero inocente, un viajero amistoso; o puede ser que esa nave extraña sea la vanguardia, el espía de una gran flotilla, de una gran flotilla espacial. La vida de nuestro planeta es joven, ¿cómo saber qué extraños secretos pueden, esconderse en los otros planetas más viejos? No les recordaré que existen millones y millones de estrellas, incontables millones —repitió—. Es más que probable que muchas de esas estrellas posean sistemas planetarios. Es más que probable que la vida de algunos de ellos sea más avanzada que la nuestra, tecnológicamente. Es también posible que tal vida, si bien tecnológicamente avanzada, puede no haber hecho tantos progresos éticos como materiales; por consiguiente, debo decirles a todos los que me escuchan, señoras y caballeros, de esta asamblea, hombres y mujeres del mundo, debo decirles, que si bien debemos esperar y rogar que esa nave que está girando en tomo al planeta Marte ha venido sin malos deseos, en son de paz y de amistad, también es posible que haya venido para traer la muerte y la destrucción, y debemos, por tanto, estar en guardia.

Uno de los delegados, del Perú, se levantó para formular una pregunta.

—Doctor Lagunda —dijo el delegado peruano, quedamente—, ¿estamos absolutamente seguros al afirmar que esa nave viene definitivamente de fuera del sistema?

—Una pregunta interesante —indicó Lagunda—. ¡Una pregunta muy buena, desde luego!

»Puedo responder sólo a su pregunta mediante la información que he recibido del personal de seguridad que me capacita para responderle y poner bien claro que cualquier declaración que haga yo, debe, y de hecho, lo será, estar sujeta a posterior revisión.

—Comprendo, señor Secretario —dijo el delegado del Perú.

—Muy bien, pues. Sobre esta base responderé a su pregunta de esta manera —dijo Lagunda. Hizo una pausa pensativamente, por un momento, para proseguir en seguida—: Examinemos las posibilidades de que la nave haya venido de cualquier otra parte. Tenemos establecida una base en la Luna; su superficie ha sido delineada; encartada, probada geológicamente, lunarlógicamente... —Hubo una sonrisa en los rostros de los delegados— hasta que podamos estar absolutamente seguros de que si ha existido vida en la Luna ha dejado de existir hace tanto tiempo que no queda el menor rastro. Nuestra base está tan bien establecida y nuestro conocimiento de ese satélite es tan concluyente y perfecto, que estoy seguro que puedo afirmar sin temor de contradicción que ninguna raza inteligente en la Luna sería capaz de lanzar naves al espacio sin que nosotros nos hubiéramos enterado. Además, en la Luna no puede existir ninguna raza inteligente sin que nosotros supiéramos de su existencia. Su pregunta requiere en realidad un cuidadoso proceso de eliminación. Procuraré demostrar de dónde no puede haber llegado esa nave extraña, y entonces dejaré a la imaginación de cada cual el sugerir su origen. Después de haber considerado la Luna, debemos considerar los cuatro planetas enanos : Mercurio, Venus, nuestra Tierra y Marte. Uno de estos cuatro planetas, Mercurio parece no ser más que un mundo rocoso, estéril, y ha sido descrito por el gran profesor Lowell como «los huesos descoloridos de un mundo». Posee una atmósfera pesada, enrarecida, llena de nubes, de polvo formado por la parcial desintegración de la superficie, una desintegración causada por las enormes temperaturas soportadas por el lado soleado de este planeta. Puede ser posible que bajas formas de vida, incluso bajas formas de vida orgánica, hayan podido sobrevivir a pesar del intenso calor, pero ningún biólogo, botánico ni zoólogo, podría concebir una forma de vida reconocible que pudiera ser capaz de desarrollarse en un mundo que posee unas temperaturas tan tremendas. —Hizo una breve pausa antes de proseguir—. Venus, sabemos, que contiene extrañas formas de vida, pero opinamos que se trata de formas muy primitivas. Nuestros biólogos han. confirmado que Venus se encuentra en un período de desarrollo muy parecido a nuestro período Jurásico durante los eones geológicos de la Tierra. Ahora, a pesar de que el período Jurásico en la Tierra fue uno muy interesante y muy importante desde el punto de vista de iniciación de desarrollo de la vida, no creo que ninguna forma de vida jurásica sea capaz de diseñar, construir y hacer volar ninguna nave espacial.

De nuevo los rostros de los delegados se iluminaron con una sonrisa. El doctor Lagunda tenía una brillante manera de exponer las cosas.

—Después de eliminar a Mercurio y Venus, ¿qué tenemos? Nos encontramos que nosotros somos un planeta superpoblado, y las únicas naves que son lanzadas al espacio desde la tierra son aquellas naves que salen con la autorización y conocimiento de las Naciones Unidas así como con el de los gobiernos terrestres que son responsables de su creación y de su mantenimiento. Por consiguiente, si la nave no viene de Mercurio, ni viene de Venus, ni viene de la Tierra, nos quedamos con la posibilidad de que pueda venir de Júpiter. Vamos a examinar brevemente las posibilidades de Júpiter. —Hizo una nueva pausa—. Júpiter tiene un diámetro de 141 300 kms. 4 200 millas, es mucho mayor que nuestro mundo, o que cualquier otro planeta del sistema solar. Brilla con luz reflejada y su espectro es casi idéntico con el espectro del mismo sol. Pero hay algunas líneas en el espectro que no están presentes en el del Sol. Creemos que son líneas de amoníaco y líneas de metano. Si bien esos gases son raros en la Tierra no hay duda de que pueden existir en cualquier otra parte. Es un mundo extraordinariamente frío, fantásticamente frío de hecho, de modo que ninguna vida, según nosotros la comprendemos, puede existir allí.

El delegado peruano estaba de nuevo de pie.

—Señor secretario, ¿no sería posible que existiera la vida en uno de los satélites, Europa, Ganímedes o Calixto? Estos tres son mayores que nuestra Luna —prosiguió el peruano— y Ganímedes es mayor que Mercurio.

—Es muy posible que pudiera haber vida en esos satélites, pero ellos también, son intensamente fríos, suponiendo que su vasta gravedad no tuviera efectos prohibitivos. Debemos, además, descartar a Júpiter. Saturno puede ser descartado por la misma razón; está demasiado lejos del Sol y es intensamente frío por lo cual ninguna forma de vida orgánica o biológica podría existir allí… Uranio y Neptuno están también demasiado lejos por lo que serían increíblemente fríos. Hay un planeta diminuto, Plutón, al extremo, aunque la órbita se confunde con la de Neptuno en alguna ocasión, pero no es más que un pálido, frío, y errante cadáver entre los demás cuerpos celestes… —M’bula Lagunda era por lo visto bastante aficionado a emplear palabras un poco equívocas…— Nos quedan, pues, las estrellas, caballeros. Quedamos con el resto del infinito… Hay un enorme número de estrellas que pueden mostrar tener familias

planetarias… enormes números… —repitió—. Está Achemar, Albireo, Alcor, Aldebaran, Algol, Antares, Benetnasch y Canopus; está Deneb y está Fomalhaut. Está Hyades, y está Megrez… —extendió las manos en un gesto ambiguo— están también Merak, Phecda, Regulus, Sirius y Vega. He nombrado sólo un número infinitamente pequeño de una compañía infinitamente grande de estrellas. En cualquier lugar entre esa compañía creo que se ha originado esa nave extraña. Así, pues, éste es mi mensaje a todos ustedes, miembros de la Asamblea, y a todos ustedes, millones de telespectadores y oyentes del mundo: No teman, es sólo una nave y nosotros somos un planeta. Sean cuales fueren nuestras diferencias, frente a un invasor extraño, estoy seguro de que seremos un planeta unido.

Hubo un tremendo aplauso unánime cuando el doctor M’bula Lagunda cesó de hablar.

CAPITULO XI
ECUACION EXTRAÑA

Sería peor que una insensatez intentar describir la nave extraña en los términos propios de los extraños. Describir su medida en *yurgas*, que era la unidad de medida extraña, o su precio en *zuziks*, no significaría nada para el lector terrestre. Sin embargo, en terminología terrestre, el diámetro de la nave extraña tenía aproximadamente unos cincuenta metros, era de forma esférica, y estaba construida de una aleación ligera y sin embargo, muy poderosa y de enorme fuerza. Era una aleación compuesta de metales desconocidos en el sistema solar. Esto no implicaba que los ingredientes terrestres no pudieran unir la aleación si los mezcladores de ingredientes terrestres tuvieran tiempo suficiente, pero la nave extraña era desde luego superior a cualquier vehículo espacial que mostraba la bandera de la Tierra desde Venus, Marte y la Luna, La nave operaba en un principio muy difícil de describir. El universo está entrelazado con un número de líneas, la palabra «líneas» es muy inadecuada, pero aunque sólo sirva para iluminar un poco la imagen las llamaremos «líneas», como podríamos llamarlas pistas, pasos o trayectorias. En realidad, son una combinación de todas esas cosas; últimamente la ciencia terrestre está destinada a descubrir sus secretos, pero al tiempo de escribir son tan desconocidos para nosotros como la geométrica euclidiana para la mente de un gusano de Tierra...

Estas pistas, órbitas o pasos, se extienden como partículas de ondas, pero se extienden a una velocidad infinita en infinitas direcciones. No tienen masa reconocible, ni podrían ser descritas en términos de la teoría de los quanta, pues están tan lejos de la teoría de los quanta como éstas lo están de la teoría flogisto.

Mientras las líneas a lo largo de las que viaja la nave extraña están más allá de la comprensión de la ciencia astral, los medios por los cuales la tecnología extraña utiliza esas líneas son igualmente incomprensibles. Sin embargo, la simple descripción mecánica es posible. En el centro de la nave hay un cono, dentro del cono, que es transparente y está construido de alguna sustancia cristalina, hay un número de círculos y elipses intersecciónandose unas a otras y todas pasando a través de la perpendicular, que desciende como un rayo dorado desde el vértice del cono al centro de su base. Una simple alegoría podría describir la nave como una locomotora monorraíl, siendo el cono el punto etéreo de contacto que la locomotora coloca en su raíl cósmico invisible. El cono estaba «suspendido» mediante una

proyección antigravedad y por manipulación de la dirección, el cono podía girar 860 grados en cualquier dirección. El resto del interior estaba ocupado por un número de unidades de poder, conductores de hiperespacio y literas. Pero el orgullo de la nave, lo segundo en importancia en la proa del cono, era el gran computador electrónico. En este computador, que era parte misma de la nave, estaban las antenas de la tripulación. Esta era insólita según los cánones terrestres, no eran desde luego los tradicionales monstruos con ojos de chinche tan usados por los escritores de ciencia ficción, pero desde luego no habrían sido aceptados en la Tierra ni en Marte ni siquiera en las fantásticas junglas de Venus. Hay diferencias y diferencias y DIFERENCIAS.

Los extraños eran DIFERENTES.

Entre todas las especies de una planta hay diferencias. Entre las especies vivientes de dos planetas del mismo sistema hay diferencias pero entre criaturas originales en planetas entre las extrañas estrellas hay DIFERENCIA.

Los extraños en aquel momento estaban agrupados alrededor del gran computador, el computador que había sido construido dentro de la nave, y sus antenas estaban conectadas en él.

Estaban en comunión unos con otros. No hablaban, no poseían mecanismos que les permitiera hablar de la misma manera que los humanes hablan unos con otros. El computador, mediante órganos de percepción externos y registradores construidos en el lado exterior del vehículo, habían estado observando a Marte. En la carrera hiperespacial que habían realizado desde su mundo al otro lado de la gran espiral en Andrómeda les había llevado muy cerca del sistema solar, y su equipo astrogacional, por cuyos medios viajaban a lo largo de aquellas extrañas líneas cósmicas, les había mostrado que se hadaban más cerca del cuarto planeta del sistema, que de cualquier otro.

La oportunidad es un argumento muy convincente en el espacio incluso para aquellos cuyos aparatos reducen distancias cósmicas a unas proporciones relativamente pequeñas. Los extraños estaban trabajando en el computador. Varios símbolos eran sustituidos durante el planteamiento de la ecuación. Los extraños se consideraban como «X» en su peculiar simbolismo matemático. El símbolo no era, desde luego equivalente al «X» terrestre, pero estaba más cerca de una letra que representaba un misterio más bien que otra cosa. La ecuación en la que las extrañas mentes de los extraños y su fantástico computador, estaban ahora envueltos, iba a ser resuelta a fin de conocer el número

de obstáculos y dificultades que podrían encontrar en el camino de la expedición. Los extraños llegaron al fin a cero. Sus registradores y otros inventos detectores les habían indicado que hasta entonces aquel cuarto planeta del sistema que ellos no conocían era llamado Marte, y el aterrizaje no representaría dificultad alguna.

Sabían que ciertas inteligencias, que consideraban inferiores, estaban intentando ponerse en contacto por radio con ellos. Los extraños pertenecían a un mundo que pertenecía a un sistema, un imperio, que se extendía a través de media galaxia.

Los extraños no se apartarían de su camino para destruir la humanidad, pero darían tanta importancia a la humanidad como nosotros damos a un nido de hormigas.

Los extraños terminaron su examen y consultas retirando sus antenas del computador. Uno de ellos se deslizó sobre la proa del cono y manipuló los mandos con uno de sus pseudópodos.

La nave extraña se alejaba del planeta Marte. Por un momento los extraños estuvieron ocupados en la observación de todo el sistema. El planeta que estaba más próximo resultó ser la Tierra.

CAPITULO XII
EL REGRESO DE JOHN CARLTON

Maggie Richmond abrió la puerta en respuesta al timbrazo del antiguo timbre. Un hombre permanecía de pie en la puerta, no era joven, en realidad era muy viejo. Lo poco que quedaba de su cabello era blanco y andaba ayudándose con un bastón. Sus ojos eran todavía claros y brillaban maliciosamente. Tenía un rostro que denotaba buen humor, fuerza. Observaba a Maggie interrogativamente.

—No puedo creerlo —dijo—. Usted debe ser quince años mayor que yo, Maggie, y sin embargo parece por lo menos diez años más joven. ¿Cómo diablos se las arregla?

Maggie entornó los ojos.

—Diría que le recuerdo —dijo—, casi, pero no del todo.

—Yo le aclararé esas dudas —dijo, andando lentamente hacia el vestíbulo—. Hace veintiséis años o veintisiete, no me acuerdo exactamente, vine a esta casa con una autorización de registro. No encontré nada.

—¡Superintendente Carlton!

—En carne y hueso —sonrió el anciano policía ya retirado—. ¿No me guarda rencor?

—No, supongo que no —respondió Maggie, sonriendo.

El anciano sacó una hoja de papel del bolsillo.

—¿Están todavía por aquí el doctor Hunter y el doctor Gradey?

—Sí, y están muy fuertes —respondió Maggie.

—Reconozco que ustedes tres deben haber encontrado el manantial de la eterna juventud —sonrió Carlton—. Me gustaría que me buscara una botella para mí la próxima vez que venga. Estoy empezando a sentir un poco el peso de los años...

Maggie sonrió.

—Tal vez podamos hacer algo por usted superintendente, y también para otras muchas personas. ¿No ha leído los adelantos que han hecho los doctores Hunter y Gradey sobre medicina gerontológica?

—Sí, algo he leído de eso. Verá, aunque estoy retirado, y más bien como un pasatiempo, estoy aquí por cuestión de negocios. —Desdobló la hoja de papel—. ¿Sabe qué es esto, Maggie?

—No.

—Échele una mirada —dijo.

Ella volvió a mirarlo.

—Es el plano de una casa —dijo—. De una casa muy vieja.

—Hmmm, mucho. De hecho nadie sabía que existiera ese plano. Cuando estaba investigando el rapto aquél, hace un cuarto de siglo, traté desesperadamente de encontrar un plano, pero no me fue posible dar con ninguno. Aparentemente al cambiar la casa de manos, los planos de la misma desaparecieron misteriosamente. Al ser diseñado de nuevo, lo único que mostraban era el sótano bodega que registré. Y ahora, hace pocos días, casi accidentalmente, cayó en mis manos este plano, ¿y sabe una cosa, Maggie?… —sus ojos brillaron aún más que nunca—, muestra otro sótano —hizo una pausa—. ¿No es extraño?

—Sí… —respondió Maggie—, bien… iré en busca del doctor Hunter.

—Sí, hágalo. Dígale que no se asuste. Aquel asunto fue archivado, sin afectar mi carrera. Seguía siendo el superintendente cuando me retiré. Pero el jaleo que armó el viejo Hunter, creí que me hubiera causado un poco de problemas.

Maggie rió.

Hunter y Gradey aparecieron en aquel momento en la puerta del estudio mientras Maggie se dirigía hacia allí.

—¿Con quién estás hablando, Maggie? —preguntó Clem Gradey.

—Con un fantasma del pasado —señaló John Carlton, asomando la cabeza por el pasillo.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó Gradey.

—La última vez que estuve en su casa —dijo Carlton— traía una autorización de registro, doctor Hunter.

—¡Santo Dios, el superintendente Carlton! —exclamó Hunter.

—¿Qué le trae por aquí después de tantos años? —preguntó Gradey.

—Esto —dijo Carlton mostrándoles el mapa.

Hunter lo observaba como si acabara de leer su sentencia a muerte.

—¡Oh! —murmuró.

—¿Qué sucede en este otro sótano? —preguntó Carlton—. Debe perdonar la curiosidad de un viejo, y debe tener en cuenta que ahora vengo con carácter totalmente extraoficial. Pero un hombre cuando está retirado dispone de mucho tiempo. Algunas personas se dedican a cuidar del jardín, otras a ir de pesca, pero eso no sirve para mí. ¡Oh, no! John Carlton nació para detective y morirá siendo detective, aunque sea en carácter extraoficial. Hace mucho tiempo que no represento a la Fuerza de la Policía de Su Majestad. Represento únicamente a mi curiosidad.

—Comprendo —dijo Hunter—. ¿Tengo su palabra de que viene en carácter extraoficial, Carlton? Porque ahora tengo grandes problemas

entre manos.

—Sí, le doy mi palabra.

—¿Desea ver lo que hay en este otro sótano?

—¿De modo que existe? —preguntó el viejo detective.

—Sí, existe.

—¿Cómo diablos pudieron ocultármelo?

—Se halla detrás de ese panel —dijo Hunter—. Venga.

Guió al anciano detective hacia las escaleras que conducían a la puerta debidamente recubierta de plomo.

—Por aquí —le invitó Hunter abriendo la puerta—. Me gustará presentarle a unos amigos míos, superintendente. —Los cuatro niños raptados originalmente estaban de pie—. Alfa, Beta, Gamma y Delta —dijo Hunter con algo que se parecía mucho al orgullo de un padre. Uno por uno los jóvenes fueron estrechando la mano de Carlton. Sus ojos inteligentes, serios observaban interrogativamente al superintendente.

—¡De modo que estos son los cuatro chiquillos que ustedes raptaron!

—Y aquellos son sus hijos.

—¡Diablos! —exclamó el superintendente.

—Eta, y Theta, Mu y Nu.

El superintendente estrechó también las manos de los chiquillos de ojos brillantísimos.

—Y ahora supongamos que me cuentan toda la historia —invitó Carlton.

—Eso nos llevaría mucho tiempo —dijo Mu—. Tenemos otro medio de informarle. —Se puso de pie y colocó su delicada manecita en el centro de la frente del policía.

Era difícil describir la extraña sensación que Carlton experimentó. Fue una especie de súper conocimiento; era como si un número de experiencias que no estaban en él y sin embargo, ahora formaban parte de él habiendo quedado bien grabadas en su memoria.

Se echó hacia atrás, aturdido.

—Ahora lo sabe todo —dijo Mu—. Sabe tanto como ustedes acerca de nosotros. —Miraba a Hunter mientras hablaba.

—Es increíble —decía el policía. Sonreía—. Palabra, qué método de hacer declaraciones. Si pudiera hacerse algo así en un juicio con cada miembro del jurado. Incluso la justicia británica se beneficiaría; aún con todos sus fallos creo que es la mejor del mundo.

—Lo es —dijo Theta, de cinco años de edad.

Gamma sonreía orgullosa de su hijita de cinco años.

—Está leyendo la historia del mundo y la jurisprudencia comparativa —explicó.

—¡Oh! —exclamó el superintendente. Todavía estaba aturdido, asombrado.

—Me alegra que haya venido —dijo Alfa—. Hemos estado meditando acerca de la conferencia del doctor Lagunda de las Naciones Unidas a todo el mundo. Hemos estado analizando y pronosticando los movimientos de la nave extraña. ¿Nos sería posible encontrarnos con la nave extraña? Eta y Mu opinan que son potencialmente muy peligrosos.

—Lo han descubierto por un sistema de lógica matemática que ni siquiera nosotros comprendemos, pero estoy absolutamente seguro y confío plenamente en su decisión.

—Os dais cuenta —dijo Hunter— de que si dejáis este sótano significará la destrucción gradual de vuestros poderes mentales superiores. Lenta, pero seguramente la radiación del mundo exterior matará vuestras neuronas.

—Lo sabemos —dijo Alfa—, y sin embargo, estamos dispuestos a seguir adelante.

—¿Qué queréis decir?

—Si la nave extraña es tan peligrosa como nosotros creemos sería necesario que fuéramos todos, nosotros. El resultado de sus experimentos, de nuestros descubrimientos, miles y miles de ellos. Están grabados en esas cintas magnetofónicas. Probablemente costará unos cincuenta años llegar a comprender toda la información que hemos dejado aquí.

—Estás hablando como si no fuerais a regresar —dijo Rick Hunter.

—Nuestros pronósticos demuestran que tal vez sea necesario que no regresemos —replicó Alfa—, pero si este caso llegara, espero que pensaran bien de nosotros. Aunque no somos como los demás hombres y mujeres de la Tierra que han estado expuestos a los nocivos efectos de la radioactividad y por consiguiente a la destrucción de sus neuronas, nosotros, sin embargo, sentimos una gran simpatía hacia todos ellos. Sentimos como si fuera nuestro pueblo. Por esta razón deseamos llevar a cabo esta empresa en su favor, cuya total consecuencia tal vez tarde en llegar a comprenderse miles de años. Créanos, es absolutamente necesario —sonrió— al menos, así lo creen Eta y Mu, y no es muy probable que ellos se equivoquen…

—¿Podéis explicárnoslo? —preguntó Hunter.

—Existe la posibilidad que la nave extraña que se aleja ahora de Marte dirija sus pasos hacia aquí después de sus últimas indagaciones.

Creemos que han abandonado Marte porque han observado y se han dado cuenta de que los obstáculos en su camino por lo que a Marte se refiere son cero. Si llegan a la misma conclusión acerca de la Tierra invadirán toda la civilización. Miles, tal vez millones de seres inocentes morirán, si los extraños deciden que este planeta sirve para sus propósitos. Deben convencerse de que nosotros, Alfa, Beta, Gamma y Delta y nuestros hijos, somos habitantes perfectamente normales de este planeta. Creemos que podremos disuadirles de su ataque.

CAPITULO XIII
LANZAMIENTO

—Esto tal vez parezca que pretendo ser gracioso —dijo Hunter—, ¿pero os habéis dado cuenta del valor de lo que acabáis de decir?

—Sé lo que quiere usted decir, doctor Hunter —respondió Beta—. Pero hemos revisado la situación, con todos sus factores, que, con los debidos respetos, están más allá de su comprensión.

—Por esto vacilaba en haceros esa pregunta —murmuró Hunter.

—¿Hasta qué punto creen que la protección de su desarrollo ha afectado sus emociones? —preguntó Carlton.

—Sería una tontería suponer que no hay relación entre la capacidad emocional y la intelectual —dijo el joven Eta—. Sin embargo, la inteligencia aumentada y un alto nivel de madurez establecen sólo en realidad un grado más fuerte de control sobre las emociones. No afectan radicalmente la base emocional o instintiva de la forma de proceder.

—Mi hermano quiere decir que aunque conocemos lo que es el miedo, podemos vivir con él —interrumpió la pequeña Theta de cinco años—. Amamos la vida, pero este no es un amor egoísta, avasallador.

—Pero todos vosotros estáis hablando de una manera clínica, objetiva —explotó Gradey—. Vuestra forma de hablar tranquilamente de no regresar, como si la vida y la muerte no tuvieran significado.

—Según ustedes entienden, estas palabras carecen grandemente de significado —dijo Delta.

—En sus momentos más inspirados, los poetas se han acercado más a la verdad, que nos ha sido revelada por pronosticación matemática y lógica, que cualquier otro miembro de la raza. La verdadera relación que existe entre la vida y la muerte ha sido resumida en una alegoría pictórica de verbal claridad por su Studdert Kennedy, que lo escribió hace unos ochenta años.

—¿Qué decía? —preguntó la vieja Maggie Richmond.

—Decía que la muerte era la mentira de Satán acerca de la vida eterna —respondió Mu.

Era algo desconcertante mantener una conversación con los Pensadores. Nunca sabías quién iba a contestar a continuación. Todos seguían la conversación perfectamente, aun cuando parecieran estar ocupados en cualquier otra cosa.

—Para comprender los grandes misterios cósmicos de la vida y la muerte, es necesario poseer una inteligencia superior combinada con una imaginación ilimitada —dijo Mu.

—La inteligencia superior prueba que la imaginación del poeta sólo vislumbró algo —explicó Eta.

—¿Esa fe, esa certidumbre vuestra, os capacita para ir al encuentro del peligro desconocido sin temor? —preguntó Hunter.

—No hay peligros cuando reconoces la Providencia Universal —sonrió Gamma.

—No obstante, paradójicamente, no evita el miedo que es una experiencia desagradable —explicó Alfa.

—Todo esto es muy complicado —murmuró Carlton. De pronto sus viejos ojos brillaron—. ¿No podrías darnos este conocimiento de la misma manera que me habéis explicado lo transcurrido en estos años en menos de veintiséis segundos?

—Lo haríamos si pudiéramos —dijo Eta.

—No puede hacerse —suspiró Mu.

—Es imposible —añadió Theta.

—Totalmente imposible —concluyó Nu.

El grupo de personas normales parecían abatidas. Alfa sonrió gentil y amablemente.

—Créanme —murmuró suavemente—. Nos gustaría hacerlo. Desgraciadamente queda demasiado poco intacto en sus mentes por lo cual hay pocas neuronas, insuficientes para comprender y asimilar todas las matemáticas requeridas para la avanzada lógica matemática, que conduce a la avanzada pronosticación metódica. —Movió la cabeza, tristemente—. Ni siquiera encontraríamos lugar en sus mentes para el fundamento de este conocimiento.

—¿Entonces cómo podemos hallar el estado de mente que vosotros poseéis, esa calma, esa paz, esa tranquilidad? —preguntó Gradey.

—Deben seguir el camino ortodoxo que conduce a la Inteligencia Suprema —explicó Mu.

—¿La religión? —preguntó Maggie Richmond.

—¿La religión vulgar? —repitió Carlton.

—No hay nada de vulgar en la religión —dijo Theta—. Es la mayor aventura de la vida.

—¿Rezar? —preguntó Hunter.

—¿Fe? —dijo Gradey.

—Los poderes de la mente están subordinados sólo a los poderes del alma —dijo Alfa—. La Oración y la Fe son incalculables siempre que sean empleados debidamente.

Hubo un largo y tenso silencio en el sótano.

—Ha sido una suerte que el superintendente viniera ahora —dijo Mu al fin.

—¿Por qué? —preguntó el ex policía interesado.

—Hemos visto en su memoria que tiene amigos que ocupan altos cargos, políticamente. Hombres que sirvieron con usted como oficiales y que se han dedicado en los puestos de Seguridad. Estas relaciones junto con la que tienen los doctores Hunter y Gradey nos facilitarán obtener los resultados deseados sin pérdida de tiempo.

—¿Qué clase de resultados persiguen? —preguntó el viejo policía.

—La nave extraña ha salido ya de Marte. Se dirige hacia la Tierra. Muy pronto se colocará en órbita de reconocimiento. Sus registradores automáticos recogerán información. Su tripulación planteará las ecuaciones. Se preguntarán qué dificultades tendrán en su avance. Si creen que las dificultades serán pocas, o lo que es todavía peor, si creen que no habrá dificultad alguna, aterrizarán para confirmar sus ecuaciones. Después de haber aterrizado enviarán comunicación a su mundo mediante partículas de onda para instantáneas, seguramente la misma fuerza que conduce su nave. Alternativamente pueden enviar información en una cápsula hiperespacial y si deciden que la Tierra es un planeta bueno, se apoderarán de él.

—¿Pero cómo podéis estar seguros de esto? —preguntó Carlton.

—Pronosticación —respondió Beta, con cierta nota de impaciencia en su voz.

—Todo esto me parece arte de magia —confesó Hunter débilmente.

—La moderna tecnología terrestre, la televisión o los satélites, por ejemplo, debieron parecer arte de magia a sus abuelos —dijo Nu.

—O incluso a un aborigen que no ha salido nunca de su territorio —convino Gradey.

—Me gustaría saber qué resultados pretenden —insistió otra vez Carlton.

—Debemos tener la total y absoluta aprobación de los dirigentes políticos. Deben permitimos salir e ir al encuentro de la nave extraña en órbita.

—¿Cómo diablos... —comenzó Hunter. Entonces se calló súbitamente. Recordó otra de las funciones de las supermentes.

—Yo les garantizaré —dijo Carlton—. Conseguiré toda la ayuda necesaria.

—Deseamos que la gente que necesitemos venga aquí —dijo Alfa —. Nuestros poderes se perjudicarán demasiado de prisa si salimos de este refugio. Debido a haber estado aislados de la radioactividad tan perfectamente ahora somos hipersensibles a la misma.

—Necesitaremos una serie de cosas —dijo Mu—. Acérquese por

favor. —La chiquitina colocó su manita en sus frentes por turno.

Los dos científicos recibieron mentalmente una lista de piezas de equipo que serían obtenidas inmediatamente. El ex policía fue «informado» de las personas a quien tenía que ver a fin de conseguir lo que necesitaban.

Empezaron a suceder las cosas. La primera persona que fue persuadida de visitar el sótano de los Pensadores fue el segundo ayudante subsecretario. Había mucho por hacer en muy poco tiempo. Lo que Hunter y Gradey habían hecho en otro tiempo quedaba ahora olvidado. El fin había justificado los medios. El segundo ayudante fue enterado por el mismo procedimiento que lo fuera Carlton, y de la misma manera que Hunter y Gradey fueron inducidos de la creencia de que la Luna estaba hecha de queso verde y que Sheol se hallaba debajo del Monte Popocatepetl.

El segundo ayudante llevó al primer ayudante al sótano, gracias a su buena oratoria. El primer ayudante trajo al subsecretario del Parlamento. El primer ministro estaba de vacaciones. Se le telegrafió. Regresó inmediatamente. Antes de amanecer estaba ya en el sótano. Al salir el sol los Pensadores tenían ya «carta blanca». El cielo era el límite… metafóricamente hablando de todas maneras.

Se empezaron a poner los trajes espaciales antes de salir del sótano. Comparado con la perfecta defensa que representaba aquel sótano, los trajes dejaban mucho que desear, pero eran mucho mejor que nada. Incluso los trajes más pequeños eran demasiado grandes para los niños, pero éstos pronto encontraron solución a tal problema.

El poder telequinético de los Pensadores, era capaz de hacer mover los brazos y piernas del traje aunque sus ocupantes no llegaran a ellos.

La telequinesis mantenía a los niños flotando tranquilamente dentro de los compartimentos pectorales del traje. Sus pequeñas caritas atisbaban a través de los gruesos visores de plástico. El poder de sus mentes hacía mover las piernas vacías de sus trajes.

La extraña procesión montó en el gran helicóptero oficial que les llevó rápidamente hacia el aeropuerto.

Mientras tanto los acontecimientos iban sucediéndose. Las fuerzas de Seguridad británicas se habían puesto en contacto con las Fuerzas de Seguridad de las Naciones Unidas. El doctor M’bula Lagunda dirigía personalmente las operaciones. Cuando el avión que llevaba a los Pensadores y a sus amigos salió del aeropuerto de Londres, las Naciones Unidas estaban poniéndose en contacto con la patrulla espacial ruso-americana en Alaska.

El potente Superjet atravesaba la atmósfera a una velocidad de

cuatro mil millas por hora. Llegaron a la base espacial una hora después de haber salido de Londres. Habían salido de allí a primeras horas de la mañana, y a media tarde estaban ya en Alaska.

El equipo espacial ruso-americano era tan bueno como sus aventuras en Marte y Venus habían dado a entender al mundo. La nave estaba dispuesta para partir. Los Pensadores subieron a bordo.

Tres hombres debidamente equipados pertenecientes a la tripulación de la nave iban a subir con ellos.

—Debemos ir solos —dijo Alfa.

—¡Diablos! —exclamó un asombrado veterano americano—. ¡No puede llevar esa nave!

—¿Por qué no? —preguntó Beta sorprendido.

—Hacen falta cinco años de entrenamiento intensivo para llegar a ser un buen piloto espacial —explicó el yanqui.

—Deme el manual —dijo Eta.

Se lo entregaron. Pasó rápidamente las hojas telequinéticamente casi tan de prisa como puede ir la vista. Parecía como si el viento estuviera dando un vistazo al libro.

—Haga una pregunta —invitó Alfa.

—Si encontraran un meteorito en la trayectoria 764 del cinturón de Van Allen, y sus tubos nucleares 14 y 15 estuvieran estropeados, ¿qué harían? —preguntó el técnico ruso, de pálido rostro. Hablaba un inglés impecable.

—Dando por sentado que los tubos no podían arreglarse usando el procedimiento Ghorkein y puesto que las pantallas electrónicas de campo de fuerza serían también inadecuadas para contender con el peligro de penetración, aplicaría los proyectiles de emergencia y la pantalla termiónica. Si esto resultaba ser también inadecuado, cerraría los cierres de emergencia y retrocedería a un compartimiento debajo del inmediato nivel. Si esto no daba resultado tampoco, emplearía la cápsula de escape —dijo Beta.

El americano y el ruso miraban fijamente al Pensador asombrados.

—¿Y sus compañeros?

—Actuamos todos simultáneamente —sonrió Alfa.

—Por ejemplo —dijo Beta.

—Si uno de nosotros —dijo Eta.

—Emplea la cápsula de escape —siguió Theta.

—Los demás —añadió Gamma.

—Usarían también —continuó Delta.

—Sus cápsulas de escape —dijo Mu.

—En el mismo momento —terminó Nu.

El americano y el ruso se apoyaron uno en el otro para no caer. Los tres hombres del espacio empezaron a desabrochar sus cascos. Era bien obvio que no les necesitaban.

Los Pensadores subieron a bordo de la nave espacial, disponiéndose a partir.

CAPITULO XIV
CERO MENOS X

Los Pensadores estaban sentados tranquilamente en las cómodas literas en espera de la salida. Como habían dicho a los viejos científicos y al policía, su inteligencia no había alterado sus emociones básicas, sólo les había capacitado para controlarlas.

La mayor de las mentes en serie estaba trabajando a toda presión, establecía contacto entre toda la compañía de Pensadores. Dentro la gran envoltura mental de la gran mente en serie a la que todos contribuían, pequeños grupos de mentes en serie estaban trabajando también con la misma prisa. Una era la mente en serie de los cuatro adultos, Alfa, Beta, Gamma y Delta. Otra, incluía a los cuatro niños. Una tercera incluía sólo a los dos niños mayores; mientras que la cuarta era el dominio privado de los dos niños más pequeños.

Estas mentes entrelazadas mentalmente, trabajaban unas con otras de la misma manera que las partes separadas de un organismo físico trabajan unidas. Las mentes realizan como un juego de piñones psíquicos sincronizados.

El altavoz anunció:

—Cero menos diez segundos.

Los Pensadores observaban impasibles la marcha inexorable de los segundos. Al final la voz metálica que brotaba del altavoz anunció:

—«Cero».

La sensación de una tremenda fuerza, la del proyectil nuclear empezó a elevar la nave. Recta hacia el cielo. Los Pensadores se alzaban como pequeñas plumas... arriba... más arriba... más... El primer cohete se desprendió de la cápsula. Ya no tenía que lanzarse nada más.

Los Pensadores estaban sentados en perfecto silencio mientras sus mentes trabajaban. La energía mental era almacenada por sus mentes, como baterías y acumuladores de energía eléctrica.

—La radiación está empezando a hacer efecto —dijo Alfa.

—Estoy seguro que podremos completar nuestra misión —dijo Nu.

—Lo haremos —dijo Theta confiadamente.

Alfa levantóse lentamente para examinar los instrumentos de control. Se acercó al computador y preparó algunos cálculos tan de prisa que sus dedos parecían volar sobre las teclas.

Beta se movió sin esfuerzo hacia la pantalla visual. Gamma permanecía en el puesto de observación. Delta estaba ajustando la radio acoplándole algunas cosas que había hecho adquirir a los dos

ancianos científicos.

—Campo de teleportación —anunció Eta, suavemente.

La extraña nave apareció en la pautaría. Gamma podía verla también a través del puesto de observación. De pronto Delta consiguió establecer contacto por radio.

Los extraños seres de aspecto fantástico, provistos de pseudópodos y cabezas con antena, estaban moviéndose viciosamente en su afectada presunción por una señal electrónica de tal poder que no podía ser negada. Replicaron en todos los lenguajes de su imperio, ordenando parar la señal. La señal se hacía más fuerte. Los extraños seguían hablando. Los Pensadores recibían los mensajes. Estaban en campo telepático, pero deseaban también saber el lenguaje de los extraños. La gran mente en serie captó el lenguaje extraño en un minuto catorce segundos. Había aprendido también las siete lenguas del imperio extraño en otro minuto. Los Pensadores dejaron de enviar la señal. Los pseudópodos extraños gesticulaban furiosamente. Una voz habló dentro de la nave extraña. Hablaba el mismo idioma extraño. Por primera vez los extraños sintieron miedo...

—«Vamos a subir a bordo... —empezó la voz—. Tenemos importantes mensajes para comunicarles. No traten de resistirse, o les destruiremos.

—¿Desean que les preparemos la compuerta? —preguntó el oficial extraño. Parecía asustado.

—No es necesario —respondió Alfa a su lado.

Todo el grupo se había teleportado a sí mismos a través del espacio que separaba su nave de la extraña nave estelar. Durante los vitales segundos en los cuales los extraños trataban de recobrarse de la sorpresa de la súbita aparición de los humanoides, los Pensadores observaron todos los detalles de la nave en que se encontraban ahora. La gran mente en serie y las mentes en serie secundarias tomaron todos los datos y los analizaban casi instantáneamente. Pero la radiación empezaba a dejarse sentir. Los Protegidos sabían que tenían que actuar muy de prisa si deseaban completar su misión.

Los Pensadores hablaron a los extraños en su lenguaje.

—Hemos venido a darles una demostración de nuestro poder —dijo Alfa.

Somos dos familias corrientes, humanoides, terrestres, que nos hemos ofrecido voluntariaˆ mente para demostrarles nuestros poderes mentales —añadió Beta.

—Ustedes creían que nuestra tecnología era inferior a la suya —dijo Delta.

—¿Por qué construir raras compuertas cuando pueden hacerlo de esta manera? —preguntó Alfa.

Mientras los extraños le miraban desapareció, asomando el rostro por la parte exterior de la pantalla de observación. Los extraños lanzaron lo que debía ser una exclamación de sorpresa, a su manera. Reapareció de nuevo dentro de la nave antes de que se hubieran recobrado.

—Muéstrennos sus armas —invitó Beta.

Temerosamente los extraños mostraron un número de armas de mano. Los Pensadores las observaron atentamente. La mente en serie las analizó.

—Disparen contra nosotros —ordenó el pequeño Eta.

Apenas sin saber lo que hacían, ni porqué, los extraños obedecieron. La extraordinaria telequinesis de los Protegidos cogió la energía de los proyectiles y la desvió sin producir daño alguno. Pero la radiación estaba actuando de prisa.

—Veo que esta nave va provista de proyectiles nucleares —dijo Alfa.

—Disparen al espacio —ordenó Beta.

Actuando todavía como autómatas, los extraños obedecieron.

La telequinética fuerza mental de los Pensadores cogió el proyectil desmontándolo como si unas invisibles manos de acero lo estuvieran inutilizando. Todo el proceso era observado a través de la pantalla. Los extraños miraban fascinados. El poder telequinético de los Protegidos habían pulverizado el material explosivo arrojándolo al espacio como si fuera polvo cósmico.

—¿Qué quieren de nosotros, ¡oh, Poderosos!? —preguntó el jefe con temblorosa voz, mientras mostraba lo que debía ser una actitud implorante en versión extraña.

—Enviarán el siguiente mensaje a su imperio. Lo enviarán en una cápsula hiperespacial. Lo enviará también mediante las partículas de ondas parainstantáneas.

—¡Sí, oh, poderosos! —contestó el jefe extraño.

—El pueblo de la Tierra, tercer planeta del sistema que hemos alcanzado —dictó Alfa—, posee poderes mentales que están más allá de nuestra comprensión. Pueden moverse ellos mismos, o cualquier otra clase de objetos sólidos o no, a través del espacio a voluntad. Pueden pensar a una velocidad rapidísima. Tienen el poder de comunicar directamente los pensamientos y de leerlos. —Hizo una pausa—. Su protección mental les hace invulnerables a nuestras armas de mano y su poder es tan grande que pueden cazar un proyectil

nuclear dirigido convirtiéndolo en algo inofensivo. Nunca volveremos a acercarnos a su planeta, pues de hacerlo, nos destruirían. Sin embargo, por ser gente pacífica de naturaleza no tomarán medidas de represalia por esta vez. Si no volvemos a acercarnos, prometen no destruirnos. —¿as radiaciones iban haciéndose más intensas.

Alfa se sentía extrañamente mareado. Le era difícil controlar las ideas. Debido a la superprotección que habían tenido él y los suyos ahora eran supersensibles. Incluso dentro de la nave protegida de esta nave extraña también protegida, las radiaciones eran demasido fuertes para que pudieran resistirlas. Cada segundo era ya vital.

Los Protegidos observaron cómo los extraños mandaban su mensaje. Sus sentidos se tambaleaban. Tenían que dar un golpe arriesgado y terminar el encuentro. En cualquier segundo los extraños podían darse cuenta de lo que sucedía y sospechar toda la verdad. Si eso sucedía todo el sacrificio hubiera sido inútil. No debía suceder. Tenían que terminar su trabajo. Tenían que terminarlo ya.

La gran mente en serie estaba empezando a debilitarse. Sus poderes se desvanecían rápidamente.

Con un último esfuerzo mental los Protegidos pusieron la nave extraña en un picado fatal., Al momento los extraños no se dieron cuenta de lo que sucedía. Luego empezaron a manejar furiosamente los controles.

Alfa les miraba curiosamente. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Quiénes eran aquellas extrañas criaturas? ¿Dónde estaba Maggie? Quería mucho a Maggie. Quería cogerse de su mano. Gamma se apretó a su lado. En cierto modo se sentían raros, extraños dentro de aquellos trajes. Los niños habían caído al fondo de sus trajes, y éstos caían desmadejadamente sobre aquéllos, mientras los pequeños lloraban y gritaban.

Los extraños seguían maniobrando todavía con los controles mientras la mente responsable de aquel picado fatal había desaparecido por completo. Pero ya entonces la atmósfera que rodeaba la nave extraña había convertido a ésta y a su tripulación en chispas incandescentes de luz en medio de la noche celeste. La ecuación extraña no había tenido en cuenta el factor X... Los Protegidos.

Los Pensadores no habían muerto en vano.

El último fragmento de la nave extraña desapareció en las profundas aguas del Pacífico...

FIN

PONLE UN NOMBRE A TU TIGRE

Milton Lesser

CAPITULO PRIMERO

Fue la última cosa que nunca hubieran esperado que sucediera en el planeta Marte. O en cualquier otra parte, por lo que a este asunto se refiere.

Martha Plunket, sembrando a puñados trigo invernal en los acres regados de la casa solariega Plunket, vio al tigre de rayas rojas y blancas que llegaba galopando a través del canal seco que conducía a la colonia. Martha no había visto jamás en su vida a un tigre, pero ella afirmó que aquel tigre parecía hambriento.

Amos McQuade, quien se dedicaba a leer historietas del Oeste por simple diversión, fue casi atrapado por la banda de indios pintarrajeados que galopaban en sus jacas moteadas a través de la extensa región ocre en dirección a la colonia.

Para Hartó Grubek, que había llegado a Marte procedente del Congo Belga, aquello fue la manada de enormes elefantes, que hacían resonar sus trompas.

Willis Sloper estaba de acuerdo en que se trataba de elefantes, pero insistió en que eran rosados. Desde que Willis Sloper se había convertido en el borrachín d© la colonia, nadie le prestó mucha atención.

La mayoría afirmaron que desde luego habían visto algo.

Fuera lo que fuere lo que Nora Albright había visto en sus últimos momentos, sin embargo, sería siempre objeto de conjeturas. Vern Hogue era capaz de reconstruir la escena de la tragedia hasta aquel punto. Nora Albright estaba sacando agua de la fuente situada en la parte frontal del canal, cuando algo apareció detrás de ella, dio un puntapié al cubo que tenía en la mano, y se marchó con ella. Podían verse las huellas de la lucha en la arena y podían seguirse las huellas de sangre que habían quedado a lo largo del lecho del canal seco hasta el malecón situado a unos veinte pies del extremo más alejado. Luego, torcían hacia la izquierda y ladeaba el borde del malecón durante un cuarto de milla antes de ir perpendicularmente a través del canal y atravesar la ocre selvatiquez.

Siguiendo las huellas, Vern Hogue supo que tendría que dar malas noticias a la familia Albright, ya que la cantidad de sangre que vio era una señal inequívoca del fallecimiento de Nora. A media tarde Vern Hogue encontró el sello de Nora, algunos andrajos de lo que habían sido sus vestidos, manchados de sangre, y tres pequeños huesos, blancos. El animal, pues seguramente había sido un animal quien se había llevado a la muchacha que le había servido de banquete, no se

dejaba ver por ninguna parte.

Hogue luchó para apartar de sí aquella sensación de náusea. Sólo unas horas antes, Nora Albright era una joven que había llegado al planeta Marte con su familia, en los últimos años del siglo veinte para unirse al resto de la nueva frontera del hombre en el espacio. ¿Ahora? ¿Estaría ahora el animal que había acabado tan bruscamente con su vida, tomando el sol tranquilamente en la arena, en cualquier parte de los alrededores? Vern Hogue preparó de nuevo el cargador de su rifle y cerró de golpe el pestillo. Luego fue a dar un recorrido lento por la arena, en amplios círculos.

Allí donde el animal debió de comer habían huellas más profundas, pero dejó de encontrar más huellas rápidamente ya que éstas desaparecían en la arena ocre. Avanzada la tarde los vientos soplaban muy fuerte anunciando una tormenta de polvo en el horizonte occidental y si Hogue deseaba llegar a la colonia antes de ponerse el sol, tendría que apresurarse. Con el pie, echó arena sobre los restos de tela ensangrentada y sobre los tres huesos, recogió el anillo de Nora Albright y echándose el rifle a la espalda, emprendió el regreso hacia la colonia.

Las pocas huellas que había visto pertenecían a un oso Kodiak.

—Un tigre —dijo Sam Plunket a la mañana siguiente, en el despacho del mayor—. Mi Martha es una mujer con sentido común. Si ella dice que era un tigre, puede usted apostar que era un tigre.

—Lo vi muy bien —afirmó Martha— antes de echar a correr.

Amos McQuade movió su cabeza, calva.

—No me diga que yo no he visto indios cabalgando como diablos hacia la colonia. Sé muy bien lo que han visto mis ojos.

—Indios —el mayor Spurgess soltó una risotada—. De veras, McQuade.

—Elefantes —dijo alguien.

—Boas constrictor.

—Yo creí oír un avión a reacción.

—Un tanque, querrá decir.

—Un hombre salvaje. Como el abominable hombre de las nieves de las montañas del Himalaya en la Tierra.

—Un pájaro de la talla de tres águilas.

—Pero yo le digo, que lo he visto ha sido esa cosa. Un monstruo de ojos de chinche, con tentáculos.

—¿Qué importa todo eso? —preguntó Morley Albright con voz carente de expresión—. Nuestra Nora ha muerto; lo que importa es saber quién lo hizo.

Vern Hogue se puso de pie y aplastó el cigarrillo que estaba fumando:

—Sí importa, Mr. Albright. Tenemos que conseguir atrapar a esa cosa, sea lo que fuere, antes de que ataque de nuevo.

El mayor Spurgess movió la cabeza.

—Hasta ayer, el animal mayor visto sobre Marte era el roedor del desierto cuya talla es la de un ratón del campo. Ahora sabemos que existe algo mortífero allí en el desierto, que está dispuesto a atacar y matar si no nos andamos con cuidado. Por esta razón, delego mi autoridad en el capitán Hogue hasta que éste nos informe que la crisis ha pasado.

—Pero Hogue no sabe cómo gobernar una colonia —indicó alguien —. ¿Qué sabe él sobre proyectos y cosechas? ¿Podría él aclarar nuestras dudas? ¿Podría dar una orden a Pamela Flemming y hacerla coger?

Los solteros que estaban en la habitación rieron en voz baja al oír semejante observación, lo cual hizo disminuir ligeramente la tensión del ambiente. No era un secreto que todos ellos bebían los vientos por Pamela Flemming, una belleza sofocante, voluntariosa que se había fugado de los circuitos Video de la Tierra hacía seis meses, por alguna razón desconocida, y había tomado el cohete semestral hacia Marte.

—Ni yo tampoco —respondió el mayor Spurgess, que era uno de los solteros—. ¿Y qué?

Hogue no sonreía. Dijo:

—Deje que le diga una cosa. He recogido algunas pistas durante mi recorrido de ayer por el desierto. Soy un soldado y un cazador de profesión, por lo que usted debe prestar alguna creencia a mi juicio.

—En efecto —respondió el mayor Spurgess.

—Bien, pues. Las huellas que vi ayer me parecieron corresponder a las de un oso Kodiak.

—¿Oso Kodiak?

—Eso es, el enorme animal carnívoro que habita en la Tierra. Un Kodiak adulto puede pesar mucho más que un león o un tigre; varios centenares de libras más. Y eso es lo que creí ver allí.

Amos McQuade movió la cabeza.

—Eso es imposible, y usted lo sabe.

—De la misma manera que parece imposible lo de los indios, elefantes, tigres o cualquier otra cosa; esto es lo que estoy pretendiendo dejar en claro. Todos nosotros somos gente inteligente. Todos creemos saber a ciencia cierta qué fue lo que vimos. Escúchenme, todos. He matado toda clase de animales peligrosos en la

Tierra, excepto el oso Kodiak. Una vez, en Alaska, formaba parte de un grupo que iba a la caza de uno de esos animales, pero nunca lo conseguimos. Uno de nuestros cuatro guías esquimales fue muerto en el intento, y tuvimos que desistir. Creo que por esto he visto las huellas de un oso Kodiak.

El mayor Spurgess frunció el entrecejo.

—Me parece que no consigo entenderle.

—Bien, fijémonos en McQuade. Acostumbra a leer historias del Oeste con sus consiguientes aventuras y ayer pudo gozar de una bella representación a la luz del día de una pandilla de indios, con sus caras pintarrajeadas con los ritos de guerra. Puede usted afirmar que mi némesis es el oso Kodiak, de manera que yo vi huellas de oso. Apostaría a que Martha Plunket teme a los tigres más que a nada.

—Ya puede usted repetirlo —admitió Sam Plunket—. Una vez, en la Tierra, un tigre se escapó de la caravana de un circo y Martha ha venido sufriendo pesadillas desde entonces.

—En el Congo —confirmó Hans Grubek—, nuestra plantación fue invadida una vez por una manada de elefantes de largos colmillos. Mi padre murió pisoteado por aquéllos. Me horrorizo al pensar simplemente en los elefantes y su solo recuerdo me atormenta siempre, y aun después de tantos años sigue atormentándome.

—O.K. —dijo Hogue—. Ya sabemos algo más: ese animal posee el poder de aparecer bajo cualquier forma ante cualquier persona. No sabemos por qué. Sólo sabemos que puede descubrir sus temores, como si pudiera leer en nuestras mentes, y adoptar la forma correspondiente. Tal vez sea mimetismo protectivo comprendido en su forma primaria. Sin embargo, el animal no se oculta. Paraliza los músculos de uno por el susto y luego ataca.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó el mayor Spurgess.

—Encontrarle. Matarle. Y mientras tanto proteger a la colonia. Dispondremos media docena de hombres que montarán la guardia en varios turnos establecidos. Hombres armados, preparados a disparar contra lo que sea, particularmente de noche. Tocaremos el toque de queda desde el anochecer hasta el amanecer, a partir de esta noche. A partir de esta noche, también, pasaremos lista a fin de que nadie hubiera quedado extraviado fuera de la colonia. Y —Hogue sonrió tristemente— deberemos aprender unos de otros como ningún grupo de gente lo haya hecho jamás. Para mañana por la mañana, quiero una lista con todos los temores de cada uno.

—¿Nuestros temores? —preguntó el mayor Spurgess.

—Uh-uh. Cada hombre siente miedo respecto a una cosa

determinada. Debemos saberlo. Debemos conocer lo que nos asusta. Cuando esa cosa se materialice frente a usted, será hora de empezar a correr.

—Eh, un momento, capitán Hogue —era Barrister, un granjero que poseía algunos acres de terreno en el extremo sur de la colonia—. Todo eso que ha dicho está muy bien en cuanto a usted; tiene miedo de los osos de juguete. Allá usted. Pero algunos de nosotros llegamos a Marte para empezar una nueva vida con el propósito de olvidarnos de algo. No vamos a decir qué.

Hasta cierto punto, Hogue lo sabía, no podía criticar a Barrister. Para muchos de los que habitaban en la colonia, Marte había sido lo que Australia, en la Tierra, en otros tiempos, cuando era una colonia penal y más tarde un lugar donde podían ir los criminales que deseaban empezar una nueva vida, donde nadie les conociera ni supiera de su vida anterior. Allí en Marte poseían condiciones similares; ahora todos ellos eran marcianos. Sin embargo, sólo Hogue había visto lo que había sido de Nora Albright; y Hogue, arbitrariamente situado al mando de la colonia en caso de emergencia, tenía que tomar una decisión. Suspiró profundamente. Había ido voluntariamente a Marte porque había sido lo suficientemente franco consigo mismo para clasificarse como un solitario, pero ahora su pasada experiencia había arrojado sobre sus hombros una autoridad que no deseaba.

—Soy yo quien pregunta —le dijo a Barrister—. Por favor, no saque las cosas de quicio.

—¿Pretende que le diga una mentira? O. K. Tengo miedo de las carpas doradas. Las carpas doradas, eso es. —Y Barrister echó la cabeza atrás y soltó una carcajada.

Otros, sonrieron, para terminar, luego riendo con él.

Hogue se daba cuenta de que estaba perdiendo autoridad. Comprendía que la decisión del mayor Spurgess al otorgarle el mando de la colonia, estaba comenzando a tambalearse.

—Cállese —dijo Hogue. No gritó, pero su voz hizo reinar de nuevo el silencio en la sala. Los hombres se apartaron hacia las paredes lentamente, esperando ver lo que iba a suceder. Barrister, hombre corpulento con músculos de acero bajo su camisa de trabajo, seguía en sus trece.

—Carpas doradas —repitió otra vez.

—Usted es el primero —dijo Hogue, sin levantar todavía la voz—. ¿De qué tiene miedo? Estamos esperando su contestación.

—Usted está esperándola, tío listo. No los demás. Todos ellos no

pretenden ocuparse más que en su3 propias cosas.

—De acuerdo, estoy esperando. Más tarde, esta información puede salvar la vida de alguien. La suya propia tal vez. Venga, empiece a hablar.

Barrister soltó una palabrota.

Nunca lo comprenderán, pensaba Hogue.

Las personas que ejercen una autoridad con frecuencia lamentan tener que hacerlo, pero su deber está bien claro. Propinó dos rápidos puñetazos a Barrister quien cayó al suelo.

—¡Maldito sea! —juró Barrister, escupiendo sangre que fluía de un corte en el labio, pero sin intentar ponerse de pie todavía—. Una vez tuve un tropiezo en el ejército. Los oficiales como usted son todos iguales.

Entonces se levantó lentamente, balanceándose. Hogue se zambulló bajo sus pulmones y cuidadosamente, dobló al corpulento hombretón propinándole un izquierdazo en el bajo vientre, dándole otro puñetazo con la mano derecha. Barrister no sería el primero en descubrir el esqueleto en su gabinete secreto después de todo. Estaba inconsciente.

II

Pasaron lista aquella misma noche y comprobaron que los 254 colonos que ocupan el destacamento estaban todos donde les correspondía. Luego, bastante después que el pálido sol marciano había desaparecido tras el Oeste del desierto y los vientos fríos habían comenzado a soplar a través de la ocre selvatiquez para levantar diminutas tormentas de arena alrededor de las cabañas prefabricadas, empezó.

Martha Plunket oyó rugir un tigre hambriento a través del canal seco.

Para Hans Grubek, elefantes que hacían sonar sus trompas.

Para otros muchos, era el rugir de un león lo que oían.

Habían indios y serpientes, y una escuadra de aviones a reacción, y las terriblemente encrespadas aguas de una tormenta en pleno océano, doscientos temores más, extraños cada uno de ellos de por sí, que tomaban cuerpo en la desconocida criatura que merodeaba por las cercanías de la colonia otra vez, porque había probado la carne humana en una ocasión y le había gustado.

Hogue se puso rápidamente las botas, los pantalones especiales y una vieja chaqueta de sus días en Alaska. Se permitió el lujo de dar una chupada al cigarrillo; después comprimió el sujetador del cargador de su rifle, y salió fuera, donde soplaba el fino aire marciano tan sutil en la noche.

Pasó media noche buscando al oso Kodiak, al que oyó en algunas ocasiones a lo lejos, a una distancia por lo menos de dos o trescientas yardas. Apenas tuvo tiempo de preguntarse lo grande que debería ser aquella cosa, o la forma que tendría. Conocía perfectamente cada palmo del terreno de la colonia, bordeada por árboles a los lados del desierto y en el extremo por el lecho del canal, ahora seco, excepto por la goteante fuente del extremo Norte de la colonia, que proporcionaba agua clara a los colonos desde fines de primavera y verano. No necesitaba luz alguna para guiarse, y una vez pensó haber visto algo a medio centenar de yardas delante suyo, vago e indistinto pero recortándose su silueta contra el cielo punteado de estrellas. Apuntó el riñe, cargando automáticamente. Tras lo que vio gritó sabiendo que su voz sería llevada por el viento:

—¿Quién va?

La vaga sombra se movió avanzando hacia el canal, sin correr demasiado. Corriendo ahora, Hogue avanzaba con el viento soplando tras él y apretando el rifle contra su hombro, sintiendo el frío de la

culata contra su mejilla. El oso Kodiak, hasta que lo viera, no podía pensar en el animal más que como oso Kodiak, desapareció en el lecho del canal. Momentos después, vio su silueta brevemente recortada al otro lado del malecón. Apoyó el rifle contra su hombro, y apretó el gatillo después de apuntar en aquella dirección.

No encontró nada, pero oyó los gruñidos del animal media hora después, a una milla al interior del desierto. Se encogió de hombros y regresó al campamento para tratar de dormir un poco.

El mayor Spurgess y los demás le preguntaron sobre el disparo oído a primeras horas de la mañana. Bogue fue hasta donde pensó haber visto al animal cuando salía del canal y recorrió el área en busca de alguna mancha de sangre, en caso de que hubiera sido herido. No encontró nada. Les dijo que había visto al animal, disparado contra él pero que había errado la puntería.

Volvieron a pasar lista, según habían dispuesto hacer dos1 veces al día, una por la mañana y otra poco antes de que el sol se ocultara tras el horizonte.

—Falta Barrister —informó el hombre que estaba al cargo de los cuartos correspondientes a los solteros.

Los seis guardias nocturnos fueron preguntados. Habían oído el disparo del rifle de Hogue, pero no habían visto ni rastro de Barrister.

—Tal vez disparó contra él —sugirió Sam Plunket.

Pero Hogue movió la cabeza, negativamente.

—Para mí, ese animal es un oso Kodiak. Sé muy bien cómo suena el gruñido de ese tipo de osos,

Olga Dufree, una remilgada solterona que había sido la matrona en un dormitorio de señoritas en un colegio de la Tierra y que había deseado secretamente una aventura, encontrándola ahora en Marte, tendió a Hogue la lista de mujeres solteras. Todos los nombres tenían la correspondiente señal, excepto el de Pamela Flemming.

—Nadie ha visto a Pamela esta mañana —dijo, y luego añadió—: No me sorprende en absoluto. Debió irse a cualquier lado con ese tipo Barrister. Debí suponérmelo. Bien, cualquier día menos pensado, se verá en otro lío, esa chica.

El mayor Spurgess sonrió a Hogue, mientras decía:

—No estamos interesados en las posibilidades de un escándalo, miss Dufree. Barrister y miss Flemming podrían encontrarse en un serio apuro.

En aquel momento, una linda muchacha, cuyo nombre Hogue no pudo recordar se les acercó para entregar algo a Olga Dufree.

—Pañi ha dejado esto —dijo, y esperó mientras la solterona abría

el pliego de papel y leía su contenido.

«Queridos todos» —leyó, haciendo una pausa aquí o allí o levantando la voz para dar más énfasis allí donde mejor le parecía—: «Sé que el capitán Hogue y el mayor Spurgess estarán furiosos cuando lean estas líneas, pero no vine a Marte para someterme a un régimen y para esperar que me dijeran cuándo puedo entrar o salir o cuándo no puedo hacerlo, o ser psicoanalizada por un ex soldado y brillante cazador de fieras, como le sucede a Mike Barrister. He decidido emprender un viajecito con Mike hasta que esta estúpida situación cambie. Hemos tomado una doble ración de comida suficiente para dos semanas, tiempo que creo será más que suficiente, y que supongo será exactamente el que estaremos fuera. Por favor, Mr. Hogue, es decir no, Capitán Hogue, ¿no es cierto?, no venga tras de nosotros porque, en realidad, no sería capaz de encontramos. De todas maneras usted deberá proteger a todos los asustadizos gatos que quedan en la colonia. Lo dice Mike. Hasta pronto. Firmado, naturalmente, por: Pamela Flemming».

—Naturalmente —dijo Olga Dufree— ella tiene razón. No puede ir tras ellos, ¿verdad capitán?

Hogue meditó unos instantes. Su primera obligación era la colonia, pero Barrister, a pesar de la opinión particular que le mereciera el hombre, formaba parte de aquella colonia, así como Pamela Flemming. Investigaciones posteriores revelaron que se habían llevado un rifle y los pocos cargadores de munición que pudieron esconder en sus bolsillos, pero por lo demás habían emprendido el viaje relativamente ligeros de peso.

—No lo sé —respondió Hogue a Olga Dufree—. Mientras siga usted comprobando la asistencia de los colonos día y noche, y mientras no cruce nadie solo y desarmado el canal, la colonia estará razonablemente a salvo. Pero esos dos, fuera de aquí no tendrán ninguna oportunidad si ese animal se siente hambriento de nuevo.

El mayor Spurgess murmuró:

—Entonces tendrá que explorar todo Marte para encontrarles. Es una locura, Hogue.

—No opino lo mismo. Habrían ido vagando a la ventura a través de unas cuantas millas cuadradas en el desierto, mayor; probablemente llevan algo de cabeza.

—¿Como qué?

—Pues, como las ruinas de una ciudad observada por el cohete de suministro hace unos meses al venir hacia esta colonia.

—Pero Barrister sabe que íbamos a mandar una expedición para

explorar aquello, en el próximo verano.

—Y se ha imaginado que él pueda tal vez llegar allí y conseguir quién sabe qué glorias al descubrir ciudades muertas. Además, él no quería que le dijeran lo que podía hacer o no, lo cual es absolutamente necesario. Pamela debe haber pensado lo mismo.

—O ha pensado que se le presentaba la ocasión de largarse con un hombre —dijo despechada, Olga Dufree.

—No creo que sea ese el caso —respondióle Hogue—. Pamela Flemming pertenece al tipo de persona irritable, que se cree importante y que sabe que además de bonita tiene arrestos. Si Barrister la ha desafiado a irse con él, probablemente debe haber pensado que debía aceptar.

—Por lo mismo, debemos hacerles casar t cuando regresen, capitán Hogue.

—Si regresan —dijo el Mayor.

—Mantenga las guardias —dijo Hogue—. Ni un solo paso al exterior durante la noche, a menos de que se trate de un asunto de vida o muerte. Que nadie cruce el canal, a menos de que forme parte de un grupo por lo menos de tres o más personas, con dos de ellos, como mínimo, armados y buenos tiradores, y aun así sólo durante el día. Ya puede ir pensando en deshacer una de las cabañas prefabricadas para construir una vaha si lo desea.

—Pero no sabemos lo alta que debe ser ni lo fuerte que deba aguantar. No sabemos el aspecto o forma del animal.

—O. K., entonces tendrá que imaginárselo como si fuera tan alto como un oso Kodiak sobre sus patas traseras y que salta árboles como una pantera y corre igual que un ciervo y…

—Y salta obstáculos como un tanque o un avión a reacción —terminó por él el mayor Spurgess—. Eso no sirve, Hogue,

—Pues no construyan la valla; pero obren con extrema precaución en todo. Cuando regrese acompañado por Barrister y Pamela Flemming o sin ellos, será de día. Si durante la noche algo se acercara a la colonia, instruya a los guardias que deberán disparar.

—¿Así, pues, está dispuesto a ir tras ellos?

—Debo hacerlo. Son dos vidas humanas.

—Y aquí quedan más de 250 —le recordó Olga Dufree.

—Fuera de aquí, Barrister y Pamela Flemming están en constante peligro. Creo que mi camino está bien claro.

—Un momento —el mayor Spurgess puso la mano sobre el hombro de Hogue—. Barrister estaba furioso por la pelea de ayer, y ha estado diciendo por ahí lo que iba a hacer con usted cuando lo pescara.

Podría ser que todo fuera una treta bien premeditada, imaginándose que usted saldría tras ellos. Tal vez esté esperándole ahí fuera para matarle.

Hogue protestó:

—¿Y Pamela Flemming también? Tal vez no sea precisamente el tipo ideal para las mujeres, pero nunca he creído ser tan poco simpático a las damas. Pero, seriamente, Barrister es un estúpido; seguramente no sabía lo que decía. Tengo que encontrarles.

Hogue pasó una hora empaquetando sus guarniciones. Comida concentrada suficiente para diez días en el desierto, a base de raciones mínimas. Un botiquín de urgencia. Dos cantimploras de agua para suplir a las fuentes a lo largo del camino, allí donde no las hubiera. Un breve y adecuado sombrero para protegerle del sol marciano que, aunque pequeño y débil, era ciertamente intolerable al mediodía a través de la fina atmósfera marciana. Una colchoneta. Un rifle de alta velocidad capaz de detener a un elefante, a un tigre o a un oso Kodiak. Un cinturón de municiones y dos bandoleras capaces de llevar doscientos cartuchos de munición.

El mayor Spurgess, Sam Plunket y Hans Grubek le acompañaron hasta el extremo del canal. El aire era frío pero el sol era cálido, condición a la cual uno, debía irse acostumbrando desde pequeño en Marte. La colonia estaba detrás de ellos, una pequeña agrupación de edificios grises con la bandera de las Naciones Unidas ondeando al viento. Al otro lado del canal estaba la vasta extensión ocre del desierto.

—Cuando ellos le preguntaron a Barrister qué era lo que más temía —indicó el mayor Spurgess— éste les dijo otra vez que las carpas doradas.

—Espero que no le estropeen ningún sentido.

El mayor Spurgess sonrió:

—Pamela Flemming dijo que era usted.

—¿Yo?

—El capitán Vern Hogue fue lo que ella dijo. ¿Cree que ella también bromeaba?

—Voy a buscarles —dijo Hogue, y saludándoles con la mano dirigió sus pasos hacia el malecón. Las revistas de aventura no representaban aventuras como aquella, pensó con una mueca. En Marte, se escribía de armas, de rayos mortíferos y ciudades de cúpulas de plástico y platillos a reacción que podrían volar por encima del desierto y encontrar a Barrister y Pamela Flemming en una hora. Hogue volvió a saludar con la mano desde el extremo del canal, donde

permaneció unos momentos observando al mayor Spurgess y los demás que regresaban hacia la colonia.

—El punto ideal donde dispararle a un elefante es detrás de la espalda —gritó Hans Grubek.

El verdadero Marte era diferente. Como todas las fronteras en la historia, retrocedía unos doscientos años. Era un hombre, como Hogue, que avanzaba a pie sobre la arena ocre del desierto. Veinte millas diarias. Cinco días para llegar a las ruinas de la ciudad marciana que había sido distinguida por el cohete de abastecimiento. Un hombre armado con un rifle como tantos otros rifles que habían sido usados durante cientos de años, si bien habían sido el mayor logro del siglo veinte, una nave espacial, lo que le había llevado hasta allí.

Marte, igual que todas las fronteras, era un lugar ideal para un solitario. Hogue silbaba alegremente mientras seguía avanzando por la arena.

III

Cuando el sol empezaba a ponerse durante la segunda noche, y Hogue buscó refugio del viento en el lecho del canal seco, descubrió una fogata. Las cenizas estaban apagadas, pero bajo la escasa luz que proporcionaba el sol poniente, Hogue pudo ver huellas donde Barrister debió de ir de un lado para otro en busca de madera que había sido arrastrada por el barranco durante las últimas aguas del verano.

Absolutamente claro sobre la arena alrededor de donde se había encendido el fuego aparecían las huellas del oso Kodiak.

Aquel fue el primer indicio de que el desconocido animal marciano iba siguiendo la pista de Barrister y Pamela Flemming. Estos por lo visto no tenían mucha prisa, a juzgar por las huellas dejadas en la arena, puesto que, según Hogue pudo ver, habíanse entretenido en echar algo de arena sobre las cenizas, a fin de apagar el fuego. Dedujo por todo esto, que el animal debió estar vigilando a la pareja en torno al fuego, silenciosamente, y aquéllos no se habían enterado de nada.

Encendió un nuevo fuego para él, y se puso a comer el contenido de una lata de conservas, de habichuelas. Allí la fuente del canal se había helado pero con la culata de su fusil rompió el hielo y así pudo obtener agua con la cual llenó sus cantimploras.

Se metió dentro del saco-colchoneta para dormir y creyó oír el rugido del oso Kodiak al otro lado del desierto.

Por la mañana, encontró huellas del oso, fáciles de seguir, suponiendo que éste debía seguir todavía la pista de Barrister y Pamela Flemming, lo cual ayudaba sus planes. A media tarde, no había salido todavía del canal, ya que el oso y su presa habían evitado el sol del desierto permaneciendo en la fresca sombra del barranco.

De pronto Hogue se detuvo. No había oído nada; pero instantáneamente se había puesto en estado de alerta. Cincuenta pasos adelante, el canal torcía agudamente hacia la derecha, entrampando algún objeto natural, probablemente un lecho de roca sólida. Hogue había atravesado lugares similares por dos veces durante la mañana con absoluta confianza, pero ahora aquel sexto sentido que posee todo buen cazador profesional, y que había salvado la vida de Hogue por lo manos en tres ocasiones cuando estaba en la Tierra, había aparecido de pronto. No podía ver lo que había detrás de la curva del canal. Presentía el peligro.

Cautamente, trepó al malecón a su lado izquierdo y quedó bajo el fuerte sol del mediodía. Le estaban vigilando. Podía sentirlo. Siguiendo el borde del malecón, recorrió el ángulo de noventa grados

formado por el canal. Llevaba el rifle en la mano con el índice en el gatillo a punto de disparar, con el cañón apoyado en la palma de la mano izquierda.

Su pie derecho resbaló, enviando una ducha de arena al fondo del lecho del canal.

Abajo había cierta agitada actividad, una sombra oscura se movía velozmente, haciendo chasquear sus enormes mandíbulas. Sin disponer de un blanco al que apuntar, Hogue disparó dos veces y fue premiado con un fuerte aullido de sorpresa y dolor.

Atrevidamente, se dejó resbalar por la pendiente del malecón. Tenía dos o tres segundos de tiempo antes de que el animal herido recobrara su furia. Hubo un movimiento algo más abajo de donde se encontraba él, luego algo grande salió de las sombras y Hogue tuvo que girarse a un lado para evitar el contacto con aquello. El enorme oso avanzaba pesadamente sobre sus cuatro patas, ganando velocidad a cada paso gigantesco. Agazapándose en sus piernas, Hogue apuntó cuidadosamente en un punto inmediatamente detrás del hombro izquierdo del oso y apretó lentamente el gatillo.

Erró la puntería.

Hogue soltó un juramento calladamente y volvió a apuntar, pero entonces el animal había trepado al borde del malecón desapareciendo tras él. Trepando detrás de aquél, Hogue tuvo tiempo de disparar otra vez. Pero el viento de la bala había sido puesto a cero en el lecho del canal, y el viento del desierto marciano arrastró el proyectil bastante a la izquierda del blanco deseado. Luego el animal había desaparecido.

Durante el resto del día Hogue fue siguiendo los rastros de sangre dejados por el animal. Este había estado esperándole para tenderle una trampa y había sido él quien había caído en ella, saliendo herido a consecuencia del primer disparo de Hogue. La herida debió ser superficial, sin embargo, ya que el animal había conseguido alejarse de Hogue hasta perderse de vista tras el horizonte.

Podía estar siguiendo y acercándose furtivamente a Barrister y Pamela Flemming, o podía haber huido a su cubil en el desierto. En cualquiera de los casos, el camino de Hogue estaba bien claro. Se limitaría simplemente a seguir al animal. Ceñudamente, limpió de arena el gatillo de su rifle, que volvió a cargar para tenerlo dispuesto, mientras comenzaba a andar.

El animal herido, pero no debilitado, sería ahora mucho más peligroso que antes.

A última hora de la tarde del quinto día, Hogue llegó a las ruinas de la antigua ciudad marciana. En época remota, la ciudad había sido

construida en la confluencia de media docena de canales que debieron proporcionar el agua abundante traída de lejanas regiones y que ahora, después de incontables años, había, quedado completamente sepultada bajo la polvorienta arena del desierto que se había adueñado por completo de la ciudad.

Esta había quedado semiderruida. A Hogue le pareció casi milagroso que los observadores del cohete de suministro pudieran darse cuenta de la existencia de aquello, ya que los edificios no eran más que montones de arena ocre. Tal vez a primeras horas de la mañana se pudiera divisar algo mejor, o quizás a últimas horas de la tarde. Seguramente debieron ver sombras largas. Probablemente...

¡Whanrggg! Una bala pasó rozando la pared arenosa a la izquierda de Hogue. Oyó el flojo chasquear del rifle en el tenue aire de Marte al mismo tiempo que se echaba al suelo.

Habían disparado contra él desde tres o cuatrocientas yardas, calculó. Esperó sin moverse, oír el sonido del rifle otra vez.

—Sabemos que está aquí, capitán Hogue —gritó una voz desde algún lugar oculto dentro de las silenciosas estructuras de la ciudad. La voz de una mujer. Pamela Flemming.

—¿Está loca? —le gritó—. ¡He venido para ayudarles!

¡Whanrggg! Pamela Flemming le contestaba con otro disparo, que pasó rozando la pared arenosa a cuatro pies por encima de su cabeza.

Tal vez había ido hasta allá por nada, pensó con mal humor. Aquella chica sabía manejar perfectamente un rifle.

De pronto, recordó lo que el mayor Spurgess le había contado. Pamela Flemming había dicho que la cosa que más temor le causaba en la vida era el capitán Vern Hogue. Este lo había tomado como un puro sarcasmo, pero ahora, increíblemente, no estaba tan seguro de que fuera aquello.

—Soy yo —gritó—. Soy realmente Hogue, y he herido al animal que he seguido hasta aquí, la ciudad en ruinas.

El rifle escupió de nuevo. Esta vez no fue tan perfecta la puntería lo cual demostró a Hogue que Pamela Flemming había perdido su original posición y ahora sólo podía adivinar aproximadamente dónde se encontraba.

—¡Maldita sea! —gruñó él—. Soy Hogue —mientras se agachaba para arrastrarse hacia adelante, al propio tiempo que Pamela le respondía con otro tiro.

—¡Eso es lo que has venido diciendo durante cinco días! —exclamó la muchacha. Estaba más cerca ahora. Tal vez ciento cincuenta yardas, pensó. Sobre el horizonte sólo brillaba el pequeño

reborde rojo del sol.

¿Cinco días? Bueno, si el animal podía aparecer como un oso Kodiak para él y dejar las huellas de un oso Kodiak, ¿por qué no podía mimetizar la figura de Hogue para Pamela Flemming? En tal caso la chica tenía sobrada razón. Por algún motivo desconocido, él, Vern Hogue, era su némesis. A pesar de que sólo había hablado dos o tres palabras con la muchacha en todo el tiempo que habían convivido en la colonia, la idea debió de divertirle. Bajo las actuales circunstancias, sin embargo, distaban mucho de ser objeto de broma aquellas extrañas cosas.

Avanzó de nuevo, sin disparar. Se ocultó detrás de un montón de arena que cubría lo que en otros tiempos debió de ser la pared de un edificio, y gritó:

—Óigame, Miss Flemming. Está cometiendo una equivocación. ¿Está Barrister con usted?

—Sí.

Calculó que debía encontrarse a menos de cien yardas.

—De acuerdo, entonces. Voy a salir quedando a su vista. Si soy el animal, Barrister no verá a Vern Hogue. Verá cualquier otra cosa. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Esperará lo suficiente a disparar para darle tiempo a él para que me vea?

Estaba anocheciendo y el viento se hacía cada vez más cortante, llegando desde el desierto. En la oscuridad estaría a salvo, pero el animal que había, entrado en el laberinto que formaba la ciudad en ruinas, antes que él, debía ser capaz de ver suficientemente bien en medio de la noche y atacar a Barrister y Pamela Flemming.

—Si —contestó la muchacha, al cabo de un rato.

Hogue no sabía si debía creerla o no. Si ella era una buena tiradora, difícilmente erraría el tiro cuando él se pusiera en pie. Pero él había hecho todo aquel recorrido para intentar salvarles del animal que tenían tan cerca, y debía correr aquel riesgo.

Se puso de pie.

Reinaba el silencio. Todos los sentidos de Hogue estaban alerta. Estaba preparado para echarse al suelo de nuevo si ella no decía algo en seguida. Escudriñó atentamente hacia delante sin poder ver nada más que las ruinas de aquella milenaria ciudad que, suponía, había ido quedando sepultada bajo el viento de Marte. Aparentemente Pamela disfrutaba de un punto de vista excelente para ella desde el cual podía contemplarle a la perfección sin dejarse ver.

Algo rezongó a unas cincuenta yardas a su izquierda, oculto en medio de las ruinas de la ciudad.

Hogue renegó y pisó con rabia la tierra, apoyando el rifle sobre el hombro y apoyando los codos sobre el terreno mientras se deslizaba hacia el punto donde la había parecido oír el sonido.

—¡Oh, Dios mío! —gritó Pamela Flemming—. Ahora hay dos.

Disparaba de nuevo, nerviosamente, vaciando la recámara sin conseguir nada. Hogue pensó que oía al animal que se alejaba, pero no estaba seguro. Se puso de pie y corrió hacia donde había sonado el disparo, esperando que ella no tuviera tiempo suficiente para cargar de nuevo el rifle. Estaba tan cerca ahora, que podía oír el ruido de las balas al ser puestas en el cargador.

—¡No dé un paso más, Hogue!

—Déjalo, Pamela —gritó la voz de Barrister—. Este es Hogue. Puedo verle ahora.

Hogue suspiró y comenzó a andar.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Aquí, Hogue.

Sus ojos siguieron las huellas en la arena que conducían hasta lo que debía ser el tejado de un edificio de unos quince pies de altura. Vio el rubio cabello de Pamela y la culata del rifle.

—Voy a subir —anunció.

Mientras fue subiendo, el rifle fue apuntándole. Cuando llegó arriba, vio una extensa superficie de arena. Barrister estaba sentado en un ángulo, fumando un cigarrillo. Pamela Flemming, rubia y bonita, se apartaba cautamente de Hogue, apuntándole todavía con el rifle.

—Dime lo que ves, Mike —dijo—. ¿Es Hogue?

—Sí. Es Hogue.

Apartó el rifle al tiempo que decía:

—No se acerque, por favor. Le creo. Es Hogue. Pero esa cosa que nos ha estado persiguiendo todos esos días, usaba su voz y nos rogaba que le esperáramos. Las pocas veces que le he visto era como usted. ¡Era usted, capitán Vern Hogue!

La muchacha estaba cercana a la histeria, pero Barrister tenía una apariencia todavía peor.

Sus labios, al igual que sus manos temblaban. Apenas podía sostener el cigarrillo para encenderlo.

—Desearía que todo fuera tan sencillo para mí —dijo—. Desearía ver únicamente a Hogue. Desearía ver únicamente a un oso Kodiak o cualquier otra maldita cosa.

—¿Qué es lo que ve? —preguntó Hogue suavemente.

—Debimos habernos quedado en la colonia —admitió amargamente, Barrister—. No lo sé. ¿Cómo puede un hombre saber lo que es su mayor temor, su secreto temor?

—Algunas personas lo saben —dijo Hogue, sonriendo a Pamela—. Tiene que explicarme algunas cosas, señorita.

Ella apartó los ojos de los suyos.

—En otra ocasión, tal vez.

¿Sonreía? Era demasiado oscuro para poder asegurarlo.

—Ahora lo sé —murmuraba Barrister—. Por Dios que hubiera deseado no saberlo, pero ahora lo sé. ¿Cómo es posible que un hombre pueda vivir consigo mismo después de saberlo? ¿Puede usted decírmelo?

IV

Fuera, en medio de la noche, Hogue oyó rugir al oso Kodiak.

—Es... es usted otra vez —dijo Pamela, mirándole—. ¿Sabe lo que está diciendo ahí fuera? Está diciendo; Soy yo. Soy Hogue: ¿De qué tiene miedo? No tiene nada que temer. ¿Puedo acercarme a usted? Esto es lo que está usted diciendo ahí fuera.

Hogue oía únicamente al oso Kodiak, rugiendo y probablemente lamiéndose las heridas. Las pequeñas lunas marcianas brillaban en el cielo, una mostrando un disco pequeño apenas perceptible y la otra poco más que un punto luminoso no mucho más brillante que una estrella verde, que, como Hogue sabía, no era más que la Tierra. Sería una noche brillante. Una noche ideal para la caza, desde el punto de vista del oso Kodiak, pensó Hogue. Solo, hubiera podido quedarse allí y esperar la oportunidad. Con Pamela y Barrister, no.

Barrister estaba sollozando suavemente, hasta que Hogue le preguntó:

—¿Por qué no sale aquí al claro? ¿Qué oye desde ahí, Barrister? Creo que se sentiría mejor si nos lo contara.

—Cállese, Hogue. No me moleste.

Hogue se encogió de hombros.

—Está así desde hace cinco días —informó Pamela—. Está frenético con... no sé realmente con qué. No es miedo. Más bien preocupación. Como si de pronto se hubiera dado cuenta de algo, por vez primera en su vida y no supiera qué hacer al respecto. Hogue, escuche; coja mi mano. No pretendo coquetear con usted, tonto. Sólo quiero que me tenga cogida la mano así toda la noche, eso es todo. De esta manera, sé que es usted. No podría dormir de otra manera, porque entonces sólo haría que pensar en que es esa... esa cosa.

Su mano era cálida, pequeña y acariciadora confortablemente en la suya mientras Barrister abría una lata de conservas cuyo contenido debió comerse frío. Iba a hacer frío dentro de poco en aquel tejado antes de que anocheciera por completo, pensó Hogue. Pero si permanecían allí tenían la ventaja de que el animal en caso de atacar podía hacerlo únicamente desde una dirección, lo cual era más seguro que permanecer en el suelo o en el interior de alguno de los edificios en ruinas, donde estarían completamente a oscuras. Hogue fumaba un cigarrillo hasta que las cenizas quemaron sus dedos, y entonces lo soltó a un lado. La mano de Pamela estaba fría.

—Está temblando —dijo.

—Hace frío ahí arriba.

—Deberíamos meternos dentro de los sacos-colchonetas para dormir.

—No, por favor. Quiero hablar. Vern, siento haber disparado contra usted antes.

—No puedo entender porqué lo hizo.

—Debí haber esperado.

—Lo que no puedo entender, sin embargo, es ¿por qué disparaba contra mí? ¿Por qué tiene miedo de mí?

—Si pudiera verme… Me alegro de que esté oscuro. Estoy ruborizada.

—Sigo sin entenderlo, Pamela.

—¡Hombres! ¡Tan fuertes y silenciosos! Siempre tienen que ir empujándonos.

—¿Cómo?

—¡Nada, maldita sea! ¡Nada en absoluto!

—Si está enfadada conmigo, quiero que me diga porqué.

—Cállese, por favor. Voy a dormir.

Podía ver su silueta allí, dócil y graciosa, cuando desenrolló su saco para dormir, quitóse las botas y se deslizó en su interior. El se puso dentro del suyo mientras fumaba otro cigarrillo. Barrister seguía sentado en el extremo del tejado, sin moverse.

—Vern, ¿está despierto?

—Humm.

—No es un secreto el motivo de mi venida a Marte.

—¿Por qué me lo dice?

—Sólo quiero que lo sepa, eso es todo. Era una actriz de televisión famosa. No me gustaban… los hombres falsos. Los más agudos y sofisticados falsos de la Tierra. Llegué a odiar a todos los hombres aunque ahora yo… me ruborizo otra vez, Vern.

—Siga. Estoy escuchándola.

—Mañana por la mañana me odiaré a mí misma. Por esto vine a Marte; a la frontera. Pero me tracé una norma de conducta. Cuando vi lo que yo quería, lo que realmente quería, me cogió miedo. «No puede ser real» —me decía—. «Será como todos los demás una vez le conozca bien. Pero si es real…» Vern, no debería decirle esto. Es como si estuviera ebria, solos aquí, rodeados por este frío, y sin saber lo que va a suceder. Esto suelta la lengua. Me odiaré.

Hogue estaba a punto de dormirse. La voz de la muchacha era suave y melodiosa. Era asombrosamente franca, pero no estaba seguro de comprenderla demasiado. Bueno, mañana tendrían más tiempo…

Por la mañana, Barrister se había ido.

Hogue despertó sintiéndose entumecido por el frío, a pesar del saco para dormir. Podía oír la cafetera auto-térmica silbando, indicándole que el café estaba casi a punto. Abrió la cremallera del saco de dormir y se giró hacia Pamela que estaba abriendo una lata de salchichas para desayunar con el café.

—¿Dónde está Mike? —le preguntó la muchacha.

—¡Que me registren!

—Vern, pensé que debía haberle despertado durante la noche para decírselo. Por esto no estaba preocupada por él. Ha venido actuando de una manera muy peculiar.

—¿Le gusta el muchacho?

—No, no en particular. Yo... tengo la impresión de que no se gusta a sí mismo.

Hogue se abrochó las botas y bebió rápidamente el café humeante. Estiraba y encogía los dedos hasta que consiguió desentumecerlos, entonces recogió su rifle y se aseguró de que estaba cargado. El metal estaba tan frío que casi vaciló en su mano.

—Tendré que encontrarle —dijo—. El animal está ahí fuera.

Pamela señaló el otro rifle.

—Ni siquiera se lo ha llevado. Ha salido desarmado. ¿Por qué, Vern? ¿Por qué?

—No lo sé. No me importa. Tengo que encontrarle antes de que lo encuentre aquello.

—Por favor, tenga cuidado. Quiero terminar de contarle lo que estaba diciéndole.

—No se preocupe por mí. Sé cuidar de mí mismo. Pero usted quédese aquí. No baje por nada.

—Vern, no me deje aquí. Cuando vea al animal, será como si le viera a usted. ¡Es usted!

—Aquí estará a salvo.

«Un cazador debe aprender que debe escoger siempre lo más difícil», pensó. «Debe cazar solo. Si no lo hace solo, se busca preocupaciones. Anda a la captura de un animal y debe proteger al que vaya con él, y por consiguiente le es imposible hacer las dos cosas al mismo tiempo y con debida garantía».

—Vendrá y creeré que es usted. Le dejaré subir hasta aquí. ¡Vern, no me deje sola!

—Cuando yo regrese, le diré: «termine lo que estaba contándome». Si dice alguna otra cosa que no sea esto, mátele. Así estará segura.

—Tal vez pueda leer el pensamiento.

Hogue movió la cabeza.

—Estamos perdiendo el tiempo. Nosotros…

Precisamente en aquel momento se oyó un grito en algún lugar en medio de la silenciosa ciudad en ruinas. Barrister. Gritó de nuevo, a un cuarto de milla lejos.

Hogue recogió el segundo rifle y se lo dio a Pamela.

—Aquí —le dijo—. No lo olvide: «termine lo que estaba contándome».

Entonces descendió corriendo las escaleras sin girar la cabeza.

Disparó una vez al aire mientras corría, por si acaso el animal no había terminado todavía con Barrister. El ruido del rifle le asustaría seguramente. Oyó un gruñido bajo delante suyo y siguió avanzando. El animal debía estar escondido detrás de alguna de aquellas paredes cubiertas de arena, preparado para atacarle bajo la forma de un oso Kodiak. Pero debía arriesgarse.

Encontró a Barrister tendido de espaldas en medio de un charco de sangre que ya había empezado a helarse por el frío. Podía oír al oso gruñendo muy cerca, después, el sonido cesó. Barrister estaba vivo todavía.

—Debí suponérmelo —murmuraba, tan tenuemente que Hogue tuvo que arrodillarse a su lado para entender sus palabras—. Tenía que suponérmelo. No podía dormir… no podía pensar en otra cosa. Durante toda la vida, un hombre llega a pensar… que es un objeto violento, y luego algo… algo como esto llega y… —El rostro de Barrister se contraía de dolor. Hogue podía ver la sangre que brotaba por la parte rasgada de la chaqueta, donde las enormes fauces del animal habían mordido cerca de su riñón izquierdo.

—¿Qué debe… qué debe hacer un hombre, Hogue? Después de haberlo descubierto. ¿Por qué no pudo haber sido un oso Kodiak… para mí?

No había esperanza, comprendió Hogue. Barrister había perdido ya mucha sangre. Su rostro estaba blanco, sus labios singularmente verdes. Iba precipitándose.

—Dios —murmuraba—. Dios. Dios. Dios. Voy a volverme loco. Debí comprenderlo antes. Tenía que verlo más de cerca. No podía llevarme el rifle. Dios. ¡Oh, Dios! Era yo, Hogue. Era… yo.

La cabeza de Barrister se derrumbó hacia un lado. Los labios verdosos colgaban débilmente, sin sangre. Los ojos fijos en el cielo pálido marciano.

Hogue se puso en pie rápidamente y escuchó. Al momento no oyó nada, luego oyó gruñido del oso Kodiak, hacia donde había dejado a Pamela. Dio la vuelta y tras asegurarse que llevaba el rifle listo para

disparar, comenzó a correr.

El oso seguía gruñendo. Y al mismo tiempo, Pamela estaba hablándole.

—Me tuviste preocupada durante unos instantes —podía oír la voz de la muchacha—. Sólo me dijiste: «ya he vuelto». Estaba esperando que me dijeras otra cosa, como acabas de hacer. Vern. Tengo miedo. No sé qué hacer. Sube aquí, Vern. Estoy sonrojándome de nuevo; quiero decirte lo que falta.

Hogue dio la vuelta a la esquina y apareció ante sus ojos Pamela, que estaba de pie sobre el tejado, claramente visible, sin temer nada. El oso Kodiak, por lo menos a él se le aparecía bajo aquella forma, a medio camino de las escaleras que iba subiendo sin prisas, oscilando sus anchos hombros de un lado a otro.

—¡Pamela! —gritó—. ¡Pamela, dispara!

Ella estaba detrás del oso, casi directamente en la línea, de fuego. No podía arriesgarse a disparar él mismo, y ahora veía los ojos de la muchacha, absolutamente claros a pesar de la distancia, dilatados por el terror. Ella acababa de ver y oír lo que para ella era el segundo Vern Hogue. Levantó el rifle.

La muchacha dirigiéndose al oso Kodiak, dijo:

—Vern, está detrás ti —y disparó contra Hogue.

El rifle fue arrancado de las manos de Hogue debido al disparo. Se echó sobre él, preguntándose si todavía dispararía. Tenía el rifle entre sus manos cuando el segundo disparo de Pamela le llenó el rostro de una ducha de arena que se clavaba en su piel como afilados cuchillos.

—«Termina lo que estabas contándome» —gritó Hogue—. Soy yo, Vern.

Corrió hacia las escaleras, a unas treinta yardas, observando al oso y a la mujer. El rifle colgaba ahora inerte en las manos de Pamela.

—Los dos —decía la muchacha, aturdida—. Los dos lo han dicho. —Dejó caer el rifle y quedó quieta.

El oso había llegado al tejado y avanzaba directamente hacia ella.

Hogue apoyó el rifle contra su hombro. Debía hacerlo. La muchacha no se movió para esquivarlo. Hogue rogó encarecidamente que el disparo fuera de extrema precisión. Disparó con mucho cuidado.

El oso Kodiak estaba de pie sobre sus patas posteriores, rugiendo horriblemente.

—Vern —estaba diciendo Pamela—. Vern, que…

El oso Kodiak dio la vuelta sobre sí mismo, dejando un reguero de sangre bajo sus patas delanteras, dirigiéndose hacia Hogue. La enorme

cabeza levantada con la boca abierta, emitiendo un horrible gruñido. Cuidadosamente, Hogue colocó una mortífera bala en el centro del pecho del animal.

El oso Kodiak se tambaleó hacia delante y cayó a sus pies.

Y cambió.

No tenía forma alguna, era algo parecido a una babosa con dos patas que partían su cuerpo y una boca abierta, roja por la sangre de Barrister. Había muerto.

Pamela estaba entre sus brazos y aunque él apenas la conocía se encontraba bien de aquella manera. Aquello era lo que la muchacha había estado intentando decirle. Sin embargo, primero se ocupó de Barrister.

—Hacía las cosas sin meditarlas —dijo—. Barrister. Toda su vida transcurrió entre líos y problemas, pero su peor enemigo era él mismo. Está ahí afuera, muerto.

—Vern, sigue abrazándome.

Acarició los cabellos de la muchacha y se alejó con ella del animal que yacía en el suelo, evitando también el otro cadáver que yacía un cuarto de milla a lo lejos. El de Barrister. Andaban y el aire era frío y purificador y al final regresaron, sintiéndose mejor, a buscar sus cosas.

—Termina lo que estabas diciéndome —le dijo más tarde, cuando ya habían emprendido el camino de regreso a la colonia.

—Apenas te conocía, pero sabía que había estado esperándote. Temía que las cosas no salieran como yo deseaba. Por esto aproveché la oportunidad que Barrister me brindó al decirme si quería ir con él. Debía alejarme de donde podía verte cada día. Tenía que pensar. Te quiero, Vern.

La colonia estaría ya a salvo de ahora en adelante, lo sabía. Con la fauna tan limitada de Marte, no deberían existir muchas babosas miméticas. Ahora que conocían sus verdaderas dimensiones podrían construir una valla.

En la tercera noche de su viaje de regreso a la colonia, Hogue estaba seguro. Fuera de la frontera, un hombre necesitaba una mujer, una esposa. Incluso un solitario. Allí en la frontera, lo que en la Tierra podía tardar varios meses, ahí podía suceder en unas horas.

Al preparar las cosas para dormir en el lecho del canal seco, durante la tercera noche de su regreso de las ruinas de la ciudad marciana, Hogue arrojó lejos de sí uno de los dos sacos-colchonetas para dormir.

FIN